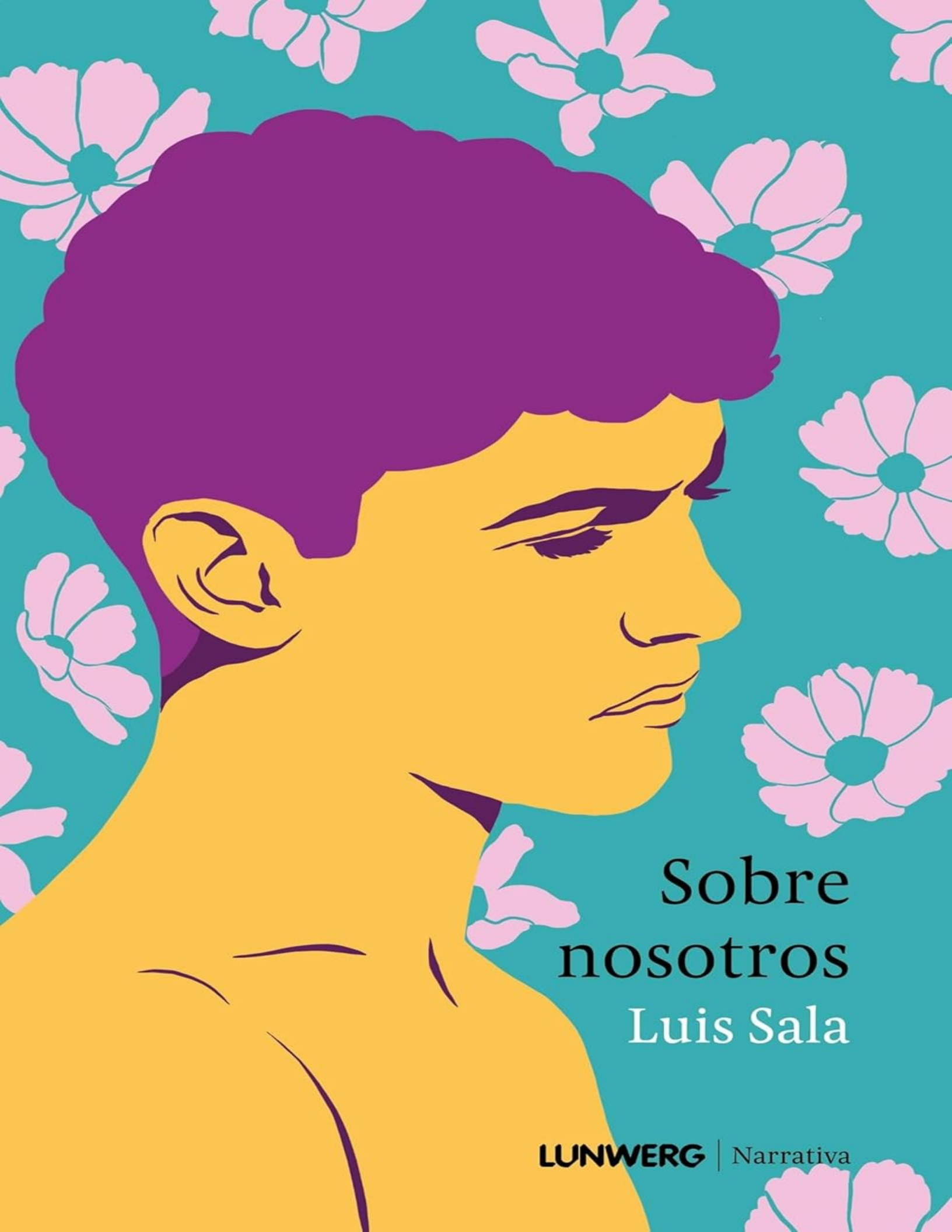

Sobre
nosotros
Luis Sala
LUNWERG | Narrativa

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

PREFACIO

SOBRE MÍ

PRÓLOGO. EN UN AVE A MADRID

Primera parte. Nosotros. De abril a diciembre de 2022

- CAPÍTULO 1. CUANDO TE CONOCÍ
- CAPÍTULO 2. CUANDO EMPEZAMOS
- CAPÍTULO 3. CUANDO TODO ESTABA BIEN
- CAPÍTULO 4. CUANDO ME LO CONTASTE
- CAPÍTULO 5. CUANDO NOS QUITAMOS LAS CORAZAS
- CAPÍTULO 6. CUANDO TE FUISTE
- CAPÍTULO 7. CUANDO ME VI SOLO
- CAPÍTULO 8. CUANDO ME FUI

Segunda parte. Primera persona del singular, yo. De enero a julio de 2023

CAPÍTULO 9. SOBRE LLEGAR
CAPÍTULO 10. SOBRE VOLVER A LA CIUDAD Y OTROS PROBLEMAS

POSFACIO. EL AVE FÉNIX

Créditos

SOBRE NOSOTROS

Luis Sala



A todos aquellos
que han vivido ser la indefinición de otro

El amor nos vuelve buenos. No importa a quién amemos,
tampoco importa ser correspondidos o si la relación es duradera.
Basta la experiencia de amar, eso nos transforma.

ISABEL ALLENDE

PREFACIO

SOBRE MÍ

Siempre digo que los miedos nos vuelven humanos. Sin ellos seríamos mucho más inconscientes de lo que ya somos y, a pesar de paralizarnos en muchas ocasiones, son necesarios. Yo tengo muchos, diría que muchísimos, pero no cambiaría ninguno.

Mis amigas y yo siempre reflexionamos mucho al respecto. Tenemos miedos que siempre acaban siendo parecidos. El miedo al fracaso laboral, en una relación; a no saber qué camino tomar ni por qué tomaste el anterior; a vernos en el mundo adulto con zapatos de niño, demasiado pequeños para usarlos, pero sin que los de los otros nos ajusten porque nos quedan demasiado grandes... Al final, siempre llegamos a un miedo común: la muerte.

A todos nos atemoriza morir. Es inevitable, sé que a ti también. Sé que tú, que lees esto, también te pasa. Pero he reflexionado mucho y, con el paso de los años, he llegado a la conclusión de que ese no es mi mayor miedo. Tampoco el de mis amigas.

Mi mayor miedo es, sin duda, sentirme solo. La soledad no deseada me atormenta. La vida no está hecha para estar solo. Basta con mirar las cremalleras traseras, el acto de doblar las sábanas o hacer una cama doble. Son cosas para dos.

Recuerdo mi adolescencia como un momento complicado que acabó tornándose en mi contra sin que nadie lo hubiese potenciado. Fue entonces cuando, por un compañero de clase, detonó en mí que

me gustaban los chicos. Me ponía nervioso que me mirase, que me hablase o que directamente se sentara a mi lado. Me era imposible no hacerlo. Jamás pasó nada, solo quedó en un primer amor fallido. No hubo con él primeros besos a escondidas ni manos entrecruzadas por los pasillos, como hacían mis compañeros heterosexuales con sus parejas. Por no haber, no hubo *nada*.

Cuando descubrí que era homosexual, mi primera reacción fue negarlo. Tenía que negar que eso me estuviese pasando y recluirlo en mis adentros. He de añadir que jamás, absolutamente nunca, nadie de mi clase se metió con mi condición sexual. Si lo pensaban, nunca hicieron ningún comentario despectivo al respecto.

Debe de ser así siempre, pero me parece necesario comentarlo. Digamos que eso me hizo pensar que el mundo se había educado de una manera más tolerante, con menos odio que el que vivieron generaciones anteriores. Qué iluso.

Tampoco se hicieron, ni se han hecho jamás, en mi casa, comentarios despectivos hacia el colectivo. De eso siempre puedo y podré presumir. Aun así, sin ningún tipo de odio a mi alrededor, me recluí en mí mismo. Hasta tal punto que un día exploté, y nunca debí haberlo hecho. Me encerré en mí mismo. Llevé esa carga en silencio, como si hubiera algo que ocultar, como si fuera un secreto que no debería salir a la luz. Y fue precisamente ese silencio el que, con el tiempo, se fue haciendo insoportable. Un día, todo explotó. Y, aunque sé que no debí dejar que llegara a ese punto, no pude evitarlo. Todavía me arrepiento. Pero a veces, la presión interna no encuentra otra salida.

No sé si era el miedo a la soledad o a ser un incomprendido, pero esa época me marcó. El aislamiento que uno mismo se impone es quizá la peor forma de estar solo, porque se alimenta de las inseguridades más profundas y, en lugar de afrontarlas, las fortalece.

Puede que fuese la falta de referentes en el colectivo o el miedo a mostrar mi verdadero yo, porque quizá era el primero que no me aceptaba. ¿Cómo puede ser que se nos pase eso por la cabeza antes que expresar quiénes somos? ¿Por qué el odio lo pudre todo? ¿Por qué debemos tener miedo a expresar qué o quiénes somos?

Nadie merece vivir con miedo. Por nada. Ni por amar. Ni por ser. Eso sí que debería ser ilegal. Como seres humanos elegimos amar, pero no por ello deberíamos sentir nuestro amor como un acto de valentía, si no como un reflejo natural del ser humano y su naturaleza. La vida es demasiado bonita para vivirla desde la butaca. Tenemos que ser los protagonistas de nuestra película hasta que el final nos calle y nos encierre en la oscuridad.

Veo que el mundo cambia y avanza día a día, y la esperanza aumenta cuando veo a mis sobrinos con las uñas pintadas, por ejemplo. No tienen más de tres años, pero se definen y me parece maravilloso. Ellos no ven algo femenino ni masculino en un esmalte de uñas, como hacemos los adultos, solo ven color, y a ellos les encantan las catarsis de color.

Yo también me las hubiese pintado de pequeño, pero seguro que me habrían tachado de maricón. Me lo habrían gritado en el patio, me lo habrían susurrado en la cola del comedor y, seguramente, lo habrían referido aquella vez que un niño me pegó. Ya ves tú, por pintarme las uñas. Pero sí, me hubiesen llamado maricón, y en aquel momento eso era algo que no me apetecía nada. Y ahora, por falta de costumbre, ya no me las pinto. Puede que sea por eso o porque sigo teniendo miedo a llevarlas de colores por si eso genera rechazo en los demás.

Sin embargo, la esperanza que siembran en mí mis dos sobrinos se desvanece y se convierte en polvo cuando veo las noticias. Muerte, odio, desolación y homofobia se ven expuestos allí a diario.

Y me revuelve. Porque me da miedo que mañana sea yo el que no regrese a casa. Ese miedo ha aumentado desde hace poco.

Antes no me daba miedo dejar a mis amigas lejos y volver a casa solo, siempre con un auricular puesto en un oído y con el otro alerta por si tenía que salir corriendo. Pero ahora me he dado cuenta de que ando con miedo cuando voy por una calle solitaria y de repente aparece un grupo de personas —que seguramente ni vayan a mirarme ni me den las buenas noches—. Me da miedo y me jode mucho tenerlo, no voy a mentir.

¿Por qué tenemos que volver a casa y escribir para decir que hemos llegado bien? ¿No debería ser lo normal? Vivimos con miedo provocado por el odio, que nos está afectando a todos los que no nos definimos como hombres blancos y heterosexuales. Los que no formamos parte de ese algoritmo somos la excepción. Nadie lo dice. Nadie lo comenta, pero somos su excepción. Desde que hemos dejado que el odio entre en nosotros, que penetre en la sociedad, lo hemos perdido todo.

A veces lo siento como una batalla constante. Vivir, existir, simplemente caminar por una calle oscura ya es un acto de resistencia. Porque nunca sabes cuándo ese odio, que tantas veces parece dormido, va a despertarse y volverse contra ti. No debería ser así, pero lo es. Llevamos ese miedo en los huesos, en cada mirada rápida que lanzamos por encima del hombro, en cada paso apresurado cuando la calle está demasiado vacía o, peor aún, demasiado llena de personas que podrían cuestionar lo que ven, lo que perciben de nosotros.

No debería tener que escribir un mensaje de texto al llegar a casa, decir «ya estoy aquí», como si mi simple existencia fuera una proeza diaria. Y, sin embargo, lo hago. Lo hacemos todos. Nos hemos acostumbrado a vivir con ese miedo silencioso, uno que va más allá

de lo que se ve en las noticias y se discute en las mesas. Está en la forma en que nos movemos por el mundo, en la manera en que, a veces, evitamos ser «demasiado visibles» y ponernos lo que nos dé la gana y actuar como nos plazca por miedo a ser «demasiado diferentes». Un miedo que tiene raíces profundas y que se alimenta de un odio antiguo, camuflado, que sigue encontrando formas de colarse en cada grieta de la sociedad.

Y sí, el miedo ha crecido. Lo noto cada vez que alguien me mira más de la cuenta, cada vez que escucho una risa ahogada detrás de mí. ¿Estarán riéndose de mí? En cada mirada que me echan por la calle. ¿Me mira porque me ha visto algo raro? ¿Debería acelerar el paso? Me jode que esa sea mi primera reacción, que la paranoia se instale sin aviso y se quede un rato más. Pero no es paranoia si se confirma que hay razones para tener miedo. Y eso lo sabemos bien quienes no encajamos en el molde de la norma: mujeres, personas racializadas, gente *queer*... Todos aquellos que existimos fuera de esa burbuja de privilegio.

El odio no es nuevo. Ha estado siempre ahí: en miradas, palabras, en susurros y gritos. Lo que ha cambiado es que ahora es más fácil que nunca para algunos expresarlo sin consecuencias. Redes sociales, discursos populistas, todo sirve para alimentar a ese monstruo. Mientras tanto nosotros seguimos caminando rápido, enviando mensajes al llegar a casa y tragándonos el miedo como parte del día a día.

No quiero vivir con miedo, sin embargo, es lo que tenemos, por ahora. Un mundo que nos obliga a mantenernos alerta, a medir nuestras palabras, a pensar dos veces antes de ser nosotros mismos. Un mundo que sigue viendo la diferencia como una amenaza. Un mundo que no entiende que hay pasiones y

situaciones que van más allá de los límites que hemos preestablecido.

No sé cuánto tiempo más aguantaremos esta situación, cuánto más podremos soportar antes de explotar como sociedad. Pero lo que sí sé es que no podemos seguir permitiendo que el odio dicte cómo vivimos nuestras vidas.

Soy un impostor. Miento. Siempre miento. Siempre mentí. Quiero amar, siempre lo he querido, pero jamás me había atrevido, y por eso almacené los mensajes de mis amores frustrados en una bandeja de entrada que nunca vuelvo a revisar. La razón es que no quería intentar amar. Pero recordad que soy un impostor y por eso siempre acabo mintiendo.

No puedo evitar ponerme nervioso mientras escribo esta historia. Cada recuerdo se clava como la bala de una pistola. Paso el día deambulado por casa, evitando acceder a mi memoria por si me duele demasiado. Quizá pretenda olvidar sin exteriorizarlo todo antes. Quizá siga siendo aquel niño al que no le gustaba ir al colegio porque se sentía, una y mil veces, el raro.

Revoloteo, busco cualquier excusa para evitar contar mi historia, para que mi Pepito Grillo no sea cruel al hablar como la voz de mi conciencia.

Me doy cuenta de que la herida no ha cerrado, quizá por eso todavía me cuesta amar sin prejuicios. Quizá por eso, durante años lo único que supe hacer fue acostarme con desconocidos para olvidar algunas cosas que no llegaban a sanar.

Pim pam, como dicen algunos. Aquí te pillo, aquí te mato. *Boom ciao*, como escuché en una serie. Te beso, pero no te siento. Por miedo, por el qué dirán, porque no llego a saber que te quiero. O quizá no lo quiera ni aceptar. ¿Te quiero? Mi yo adolescente aflora

cuando pienso en querer a alguien. Si-quieres-a-un-tío-eres-maricón. Y tú, un retrógrado, me repito cuando pienso en querer sin tapujos y no me atrevo.

Me he acostumbrado a vivir en mi urna de cristal, así que me sigue poniendo nervioso romper el molde y ser el culpable de que se salga el líquido en el que flota la nieve de la bola. Entrecruzar los dedos de la mano con los de otro chico por la calle me hace mirar en derredor y que un escalofrío me recorra espalda abajo. Cualquier deseo sexual siempre queda en la piel cuando estamos en público por el mismo miedo de siempre.

Quizá por ello escribo. Quizá solo sea libre cuando termine este manuscrito.

Cuando escriba el punto final, me habré librado de mis miedos a amar sin tapujos. Mis miedos a ser. Mis miedos a expresar quién y cómo soy. Y entonces seré libre, gracias a mi propio testimonio. Sin dolores. Sin escondites. Podré querer sin salir corriendo a la menor oportunidad.

Amar, ¡qué bonito verbo!

Seré libre.

Yo.

Soy un cobarde, nunca me enfrenté a nada ni a nadie. Siempre que pude, di la vuelta a la manzana para evitarlo. Ahora quiero dar la vuelta a la manzana de esta historia, pero algo me sujeta frente el ordenador. No quiero seguir escribiendo, me duelen todas y cada una de las palabras que se van plasmando sobre el papel. Parece que me las estén arrancando de las yemas de los dedos, porque no quiero seguir. No quiero que la herida se desgarre del todo, pero quizá tenga que volverla a abrir para cerrarla definitivamente.

Porque se lo debo a todos aquellos por los que no dije nada.

Porque me lo debo.

Porque merezco cicatrizarme.

A veces siento que no. Que no voy a sanar mis miedos. Las esperanzas del fin del odio se me diezman cuando veo en las noticias una manifestación en el centro de Madrid, en el barrio de Chueca, donde un grupo de manifestantes grita: «Fuera maricas de nuestros barrios». En ese momento, cuando el televisor me avisa de la cruel realidad, me dan ganas de volver entre las sábanas de mis padres.

Recuerdo que un día, siendo un niño, desperté atemorizado sin saber por qué. Fui corriendo a su cama y ellos me acogieron entre ambos. Esa noche se ha quedado marcada en mi memoria. Volvería a esos seis años, donde el único sitio en el que era plenamente feliz era en casa, porque mi familia es, sin duda, la que me ha aceptado desde siempre, y en algunos casos, sin haber los lazos de sangre. La familia se elige; yo tengo cuatro tíos, dos me vienen por nacimiento, pero los otros dos ante la ley no son nada. Pero ¿a quién le importa la ley si hay amor? La familia es tu hilo rojo, el que te une a aquellas personas con las que te volverás a encontrar, como cuenta la leyenda oriental.

A veces dejo de creer que mis hijos vayan a criarse en la cultura en la que me hubiera encantado vivir. Que van a poder jugar con Barbies y a llevarse las que yo no me atreví a la sala de espera del médico. Y que podrán pintarse las uñas de todos los colorines que les apetezca. Para mí, ya es tarde.

Ya no queda nada de aquel que no analizaba la sociedad, del que no juzgaba.

¿Intoxicado?

Espero que mi viaje interior consiga sanarme, y que sacar de dentro toda la basura que nos han echado encima me ayude,

mediante las historias, a seguir adelante sin mirar al pasado.

Mientras escribo me ha venido a la cabeza la conversación que mantuve con mi amiga Raquel. Era una de esas conversaciones de viernes por la tarde cuando ya has tomado la tercera cerveza. El caluroso verano quedaba lejos y la Navidad estaba cerca; un final de otoño frío y húmedo.

Mi amiga me dijo, muy seria, que para seguir adelante tenía que disipar los miedos que he enclaustrado en mi pecho. Le dije que estaba loca, que no tenía miedo.

— ¿A nada? —me preguntó, retirándose el botellín de cerveza de la boca.

Negué con la cabeza.

—Todos tenemos miedo a algo —me dijo completamente segura —. Hasta tú.

Cuánta razón tenía...

Debí haberte tenido miedo a ti y a tu caja de oscuridad. Esa que me regalaste y que, solo con el tiempo pude entender que era el mejor regalo. Porque si el odio lo pudre todo, a ti ya te había convertido en ruina.

Me encerraste en tu urna de cristal y yo me dejé, pero escribir fue la única forma que encontré de seguir adelante sin destruirme.

PRÓLOGO

EN UN AVE A MADRID

Imaginemos que empiezo a escribir estas letras mientras viajo en un tren rumbo a Madrid. Pongamos que me dirijo a la oportunidad de mi vida, pero que yo ya solo pienso en ti. En cómo me tocabas aquella noche y en cómo mi ropa cayó sobre el parqué oscuro de tu casa. En cómo te desnudaste tú, rápido y sin complejos, y cómo me lo hiciste a mí, lento, pausado, mirando lentamente cada pliegue de mi piel y haciendo que cada movimiento se guardara en tu retina y de ahí, a través del nervio óptico, se trasladara a tu cerebro para quedarse alojado en alguna extraña parte de tus recuerdos. En cómo te detuviste para besarme las estrías, las clavículas, los miedos. En cómo actué yo, un poco más rápido, sin tu parsimonia, nervioso y atrancándome en algunos sitios. Aquello fue el preludio de nuestra historia. Parsimoniosa y atrancándose. Todo aquel tiempo tratando de ganarle segundos al minutero que habíamos perdido. No se me olvida lo que me dijiste:

—Solo placer.

—Solo placer —afirmé yo mientras tu cabeza se volvía a hundir entre mis muslos y tu barba de tres días empezaba a hacerme cosquillas.

Siempre me dijiste que no te querías enamorar, pero luego parecía lo contrario.

Me viene a la cabeza cómo tu mano derecha empezó a reptarme por el torso desnudo buscando mi cuello y cómo, una vez lo alcanzó, provocó que contrajera el abdomen y apretara los dientes contra el labio.

Y ya no recuerdo nada más. Después de aquello, te tenía estirado a mi lado, boca arriba y con la respiración agitada; y yo, boca abajo, sobre las sábanas empapadas de nuestro sudor. Jadeaba sin poder tragar saliva mientras veía cómo te limpiabas el sudor de la frente y te apartabas el tupé moreno de las sienes. Y el aroma del perfume que me sorprendió horas antes volvió a mí en una mezcla de olor a transpiración y cítricos. Me dijiste que era de Saint Laurent. Nunca vi el frasco, tampoco quería. Solo deseaba que ese aroma que dejabas en mí no desapareciese jamás. Que impregnara tanto la memoria de mi piel que mi propio aroma desapareciese y me quedara oliendo a ti.

Imaginemos que, como ya he dicho, yo sigo en ese AVE que siempre huele a humanidad de viajeros anteriores y que me da bastante repelús. Digamos que yo, en las dos horas de trayecto que separan Alicante de Madrid si viajas en un tren de alta velocidad, tengo que contarte mi historia. Sin rodeos, ciñéndome solo a la más pura realidad. ¿Cogerías el tren del amor a sabiendas de que vas a estrellarte?

Los trenes de alta velocidad viajan a una media de doscientos veintidós kilómetros por hora. ¿Lo sabías? Yo, a pesar de tener uno de los corazones más fríos que conozco, cuando me empieza a palpitar no hay quien lo pare. Diría que viaja más rápido que el AVE en el que voy subido. Late. Late. Late. Siempre igual. Me encanta la velocidad. Ya me conoces, lo mío no tiene solución. Lo que suele pasarme es que al final del trayecto no tengo la estación de Atocha, sino más bien un precipicio junto al que debo de tomar decisiones

más allá de si cojo el metro o un taxi para llegar a mi hotel. Siempre igual. Al final, el asunto termina por torcerse y yo, que soy de tirarme, acabo arrasando con todo.

Soy un kamikaze que cuando se enamora podría romperse en cincuenta pedazos. Un kamikaze enamorado que siempre quiere rimarlo todo con un verso crucial, ávido por descubrir y sin poner ningún límite, siempre queriendo más, pero con tiempo de volverse a atrás. Siempre con fuego en el cajón mientras las heridas las provoca el mismo cañón. Heridas invisibles de carne de cañón.

Según la Real Academia Española, el término *kamikaze* se originó durante la Segunda Guerra Mundial para referirse a los pilotos suicidas de una unidad especial perteneciente a la Armada Imperial Japonesa que se lanzaban contra embarcaciones de la flota de los Aliados a finales de la Segunda Guerra Mundial. Estos ataques pretendían detener el avance de los Aliados en el océano Pacífico y evitar que llegasen a las costas japonesas. Con esta finalidad, aviones cargados con bombas de 250 kilogramos impactaban deliberadamente contra sus objetivos con el afán de hundirlos o causarles tantos daños que no pudieran regresar a la batalla. Los kamikazes rara vez salían airosos de su inmersión en el campo de batalla. Y a mí me pasa igual: me estrello sin darme cuenta, porque, al final, en el amor siempre hay uno que quiere y otro que se deja querer.

Siempre pienso en ti y en mí como kamikazes enamorados, pistoleros de sangre caliente que tienen que jugársela un poco sin que, en el fondo, ninguno de los dos sea tan valiente.

Una voz empieza a salir por la megafonía del tren y siento bajo mis pies que se mueve. La mujer que viaja a mi lado en el vagón de clase turista se pone los auriculares, y una música que desconozco

comienza a sonar en un compás de dos por cuatro. Empieza mi descenso a los infiernos...

Sería más fácil comenzar por la verdad que inventar historias que nos puedan alejar. A pesar de todo me da igual y voy a seguir creyendo que has vuelto a la ciudad. Todo empezó con un manuscrito. Podría decirse que las teclas de un ordenador portátil reventaron mi destino y me trasladaron desde un pueblo de la costa alicantina al barrio de Salamanca. Fueron muchas ciudades, muchas caras, muchos nombres y todavía más prendas. Pero entre todas ellas: tú. Fueron muchas cosas las que me llevaron a las teclas de nuevo. A este preciso momento.

Nunca he tenido claro nada. Ni tan siquiera si aquello que tuvimos pasó de verdad. El amor. Qué difícil es querer. Qué difícil es querer a quien a veces no nos quiere, y qué duro cuando nos quieren y no estamos preparados. Qué difícil es querer en tiempos difíciles, y qué desastre cuando se quiere y se deja de querer en tiempo récord. Qué complicado es el amor, ese sentimiento que nos hace volar y a la vez nos puede hacer caer. Qué difícil es amar cuando el corazón está roto, cuando las heridas aún están abiertas y el miedo al dolor nos paraliza. Qué triste es aferrarse al amor cuando no te quieren.

A veces queremos con tanta intensidad que nos olvidamos de nosotros mismos, nos perdemos en el otro y dejamos de lado nuestras necesidades. Otras veces nos cuesta tanto amar que construimos muros alrededor de nuestro corazón para protegernos, a expensas de que esos muros también nos impidan sentir. Y cuando se acaba... Qué duro es que termine lo que un día fue. Cuando las miradas, frente a frente, se desvían hacia otras mesas. Hasta que se decide dejarlo ir para, en un tiempo, volver a enamorarse y que te besen: una vez, para darte calor; dos, para perder el miedo; tres, suavemente, para que todo el ruido enmudezca y no escuchar nada.

Nunca he sabido empezar historias, pero es que la nuestra empezó sola.

Primera parte
De abril a diciembre de 2022

CAPÍTULO 1

CUANDO TE CONOCÍ

Un primer amor nunca está a la altura
de la imaginación desbocada que lo alimenta.

AYANTA BARILLI

Lo nuestro no fue un flechazo, ¿a que no? Yo no me enganché de ti en un bar o en un *pub* de primera línea de playa mientras tomaba un par de mojitos con mis amigos y uno de ellos me dijo que me girara porque alguien me estaba mirando. Tampoco lo hiciste tú en una de esas fiestas a las que íbamos, y en las que seguramente compartimos aire sin saberlo, en aquellos garitos a los que no he vuelto después de la pandemia que sacudió al mundo. Hace demasiado tiempo como para considerarla reciente, pero muy poco como para olvidarla. Habría podido ocurrir así, pero no sería nuestra historia, quizá sí una de las muchas que componen la película *Love Actually*, que sabes que me encanta. De todos modos, había posibilidades de que ocurriera, porque llegué a la conclusión de que tú y yo, a pesar de la edad, no éramos tan distintos.

Yo tenía veintidós años y unas ganas locas de que el mundo me absorbiera, de ver qué había más allá de los límites que yo mismo me había estipulado. Todo con miedo y prudencia, claro, pero siempre como los gatos: con curiosidad. Si el camino se bifurcaba en dos, ahí estaba yo para escoger el camino equivocado. Muerto de

miedo, quizá, pero matando la curiosidad que, incansablemente, me invadía.

Vivíamos cerca, frecuentábamos sitios similares, aunque en días alternos. Tú eras de sábados, yo de viernes. Me encantan los viernes, ya lo sabes. Quizá me gustan más que los sábados porque estos preceden al domingo, que para mí siempre ha sido un infierno.

Eras frío, cuadriculado, un tanto frívolo al principio —y al final, ahí es cuando se conoce a las personas—, y muy ceñido tras tu coraza de cristal; mientras que yo por aquel entonces era descontrol, pasión y desorden. Recuerdo que me gustaba sentir, todavía me pasa a veces, pero con un poco más de cabeza. A lo mejor es que me has dejado puesta tu coraza, la que impide que alguien entre en el interior tan fácilmente.

Te escribí un viernes por la noche en el que supongo que había un par de copas de más de por medio y que la valentía que rara vez tengo afloró de forma casi automática. Algo que a día de hoy todavía no sé explicar me impulsó a hacerlo. Debió de ser el algoritmo de Instagram, porque teníamos contactos en común, o quizá todo estaba orquestado desde algún confín del universo para que sucediera así, o tal vez porque ese día nos tocaba conocernos sin saber qué nos iba a suceder, a ti y a mí, en un momento dado, en un futuro cercano. Quizá sucedió porque, en verdad, ya había sucedido. ¿Te acuerdas de aquella terraza en la que coincidimos cuando todavía no éramos nadie ni nada para el otro? Cuando todo estaba bien. No nos hablamos entonces, todo quedó en nada, pero fue como si hubieras entrado ya en mí con la seguridad que desprendías, con el tono con el que hablabas y la risa que te caracterizaba. Debíamos de tener a alguien en común. No lo recuerdo bien, pero terminé sentado a la mesa de aquella terraza.

Tampoco recuerdo qué te puse en el mensaje ni cómo empezó la conversación, solo sé que no esperaba que me respondieras. Me parecías atractivo, pero no de la clase de guapos que no lo saben, sino más bien de los que lo tienen claro y por ello añaden una dosis de altanería al final de todas las cosas. Y después, fíjate tú, resultó que eras todo lo contrario. Sí, ahora tengo claro que, sin duda, hubo algún tipo de licor de por medio para que yo hiciera eso, porque si no, habría sido incapaz.

Una de mis muchísimas amigas —no intentes memorizar sus nombres, es imposible— siempre dice que soy más blando que la mierda de pato, y lo peor de todo es que tiene razón. Todo me afecta el doble que a ti, que estarás leyendo esto y puede que ni llegues a entenderme, pero ¿qué le voy a hacer? Llevo demasiado tiempo conteniendo sentimientos que destrozaron mi día a día como un tifón arrasa con todo a su paso. Quizá fue cosa del amor y yo, que siempre me había enorgullecido de no haber estado enamorado, finalmente lo sentí. El amor, un sentimiento irracional e inhumano con el que nos volvemos sumamente humanos.

Eras seco, quizá un poco cortado. «¿Quién es este y qué quiere?» Cuando nos conocimos y hablamos sobre nuestra primera conversación en redes sociales, admitiste que eso fue lo que pensaste de aquellos mensajes. Te tenía que sacar las palabras con cuentagotas para que la conversación no se terminara; no quería que te fueras tan rápido. Me gustaba hablar contigo, tus mensajes de voz en tono *mezzo* que tanto me atraía, tu chulería en algunas conversaciones, la precaución que tenías ante el desconocimiento de lo que me podía doler o no. Era normal, no nos conocíamos de nada y tú, por aquel entonces, me veías como un crío.

Una tarde de mensajes, justo antes de que decidiéramos vernos, me preguntaste mi edad. Yo te la dije sin ningún problema mientras

te preguntaba la tuya. Nunca esperé que me sacaras nueve años, pero tampoco me importó. Cuando empiezo a latir no hay quien me pare. Claro que, por aquel entonces, yo solo era kamikaze, lo de enamorado me llegó después.

Mensajes, mensajes y más mensajes. Todo el día, eran continuos. Siempre que miraba mi teléfono, había un signo de que habías estado por allí. No me tocabas, pero estabas más cerca de lo que me esperaba cuando te escribí aquel primer tímido mensaje. Tu boca no rozaba mi cuello, tampoco se enroscaba tu lengua en torno a él ni me lamía las estrías, pero te sentía muy cerca. Y eso se convirtió en hábito. No sé si a ti te pasó lo mismo conmigo.

Siempre he pensado que me engancho muy pronto a la gente, que el hábito se crea sin darme apenas cuenta. Quizá sea mi necesidad de sentirme querido. No quiero que pienses que no me siento así, para nada, me siento una persona de lo más afortunada con mi entorno, pero lo que sentí contigo fue distinto. No tengo claro si se puede llamar atracción a primera vista hacia una foto de las redes sociales, pero quizá sea la nueva forma que tenemos de enamorarnos las nuevas generaciones.

Mi abuelo, que hoy superaría los cien años, siempre contaba que, para que mi abuela se fijara en él, decidió ir a su casa y llevarle milhojas de crema. Pero tuvo mala suerte, se fue la luz y el tranvía en el que viajaba se quedó parado en medio de la calle. Terminó comiéndose las milhojas, y de ocho, creo que no quedó ninguna intacta para cuando la luz decidió volver. A mí eso no me ha pasado, porque, para que te fijaras un poco más en mí, te hice un dibujo digital que te envié de forma instantánea. Sin conocerte, sin apenas saber nada de ti, porque al final lo mío nunca ha sido lo de meditar las cosas. Me encantan ese tipo de despropósitos, ¿qué le voy a

hacer? Hay un dicho popular que dice que es mejor pedir perdón que permiso. En ese momento estaba yo por aquel entonces.

Aquel día salí de mi casa a toda prisa, cogí el autobús y me sentí como en una película de Hollywood. Lo que yo todavía no sabía era que para participar en el rodaje de *Love Actually*, primero tenía que saber actuar, y después interpretar un papel. Yo entonces no quería fingir nada. Tan solo quería dejarme sentir, dejarme fluir y que eso me arrollara como fuera. Lo que no sabía era que Alicante no es Hollywood, ni siquiera Palermo se puede comparar con mi ciudad. Aquí no hay papeles, solo gente que a veces intenta interpretar el suyo, y puede que sin éxito.

Era viernes. Quizá demasiado pronto para tratarse de un viernes; siempre se sale más tarde de casa. Yo venía de una relación *de viernes*. ¿Quién no ha tenido una relación *de viernes*? Las relaciones *de viernes* son relaciones *de viernes*. Te encuentras con la otra persona después del día, cenas, tomas algo —o *algos*— y terminas envuelto entre unas sábanas que no son las tuyas. Pero no hay solución en la vida cuando se juntan dos personas con gustos diferentes. Yo quería que aquello quedara en los viernes, él, toda la semana. Hay cosas especiales que debemos destinar a un día, porque forzarlas hace que terminen pronto. Yo sentía que no quería más, él ya se sabía el juego. Llegado el momento, cuando la gente opinaba sobre lo que tenía que hacer, yo hice lo que quise. Todo el mundo debería sentirse deseado como un viernes por la noche, como tres copas de champán, como si la habitación girara, como si el otro estuviera borracho de amor. En vaqueros o satén, porque en viernes eso no importa. ¿Puede haber algo más *sexy* que tirar una blusa blanca de satén sobre un suelo de parqué y que luego le siga una pelea por desabrochar los botones del *denim* que se resisten a

salir de su lugar? Veinticuatro horas no son suficientes para disfrutar de un viernes. Por eso, tras mucho pensarlo, decidí cortar aquello. Y volví a quedarme libre toda la semana.

Era viernes, un viernes cualquiera. Y lo único que yo tenía claro era que, sin saber a dónde iba, no quería otra relación *de viernes*. Había salido demasiado pronto de casa para llegar a la cita. Tres semanas hablando no eran suficientes para nada, pero sí para que el alacrán de la necesidad de verte fuese creciendo.

Recuerdo perfectamente qué llevaba puesto aquel día, al igual que me acuerdo como si fuera ayer de lo que llevabas tú cuando me tropecé contigo al llegar a al cine de aquel centro comercial frente al mar, lejos de la ciudad, medio envuelto en olor a palomitas dulces y mantequilla. Te vi justo delante de la tienda, rodeado de mil chucherías de colores y aromas tan diversos como nosotros dos: cítricos, algodón de azúcar, moras...

Yo llevaba esos pantalones que tantas veces me quitaste en el sofá de tu casa, con un jersey de cachemira negro de manga corta, todo rematado por unas bambas beis y una gabardina extralarga. Tú, unos pantalones chinos de un azul prusiano —para mí, desde hace un tiempo todos los azules son prusianos, no sé qué me pasa— y una camiseta *marinière* blanca y azul metida por dentro. Yo esos pantalones no te los quité nunca, de eso te encargabas tú para cuando me quería dar cuenta.

Al verme, te acercaste sonriendo con socarronería, como tan bien hacías. Estabas tenso, lo recuerdo. Te vi levantar el brazo derecho para buscar mi mano, y yo me apresuré a darte dos sonoros besos sobre tus mejillas cubiertas por una barba castaño claro de tres días. Y ahí fue cuando tu olor me sorprendió. Era cítrico, mucho más fuerte que el mío, diría que hasta con un toque oceánico y unos leves aromas de olor a verano, que empezaba a vislumbrar por el

horizonte. Respiré varias veces antes de que mi pituitaria se acostumbrara a tu aroma y ya no me quedara más que el recuerdo de tu olor.

Sabías jugar bien tus cartas. Aparentabas una tranquilidad que a mí no me salía. Después de nuestra breve presentación, empezaste a contarme algo que he olvidado mientras yo trataba de escanear el código de las entradas que llevaba en el móvil para que nos dejaran pasar. ¿Sabes esa ley de un tal Murphy que dice que, si algo puede salir mal, saldrá mal? Pues eso. Ese lector de barras no quería funcionar. Y mira que lo acerqué al panel de cuadrados rojos concéntricos, subí el brillo de la pantalla, cerré y volví a abrir. Lo hice todo, pero no había forma de conseguirlo mientras mi espalda se humedecía y una gota de sudor me resbalaba por la espina dorsal.

—¿Te ayudo? —me preguntaste conteniendo tu sonrisa socarrona.

Sabías que estaba nervioso y te encantaba provocar eso en mí; lo descubrí después en muchas ocasiones.

Levanté la cabeza de mi ensimismamiento y te sorprendí mirándome fijamente con esos ojos tan grandes que se llevan todo el protagonismo de tu rostro. Color verde claro con unos destellos marrones alrededor de la pupila, tan oscura como el azabache de la mía. Justo entonces, me sonreíste de la forma que sueles hacerlo, mostrando tus dientes, completamente alineados y un poco desgastados en la parte inferior por el paso del tiempo. Tus labios, perfectamente delineados, dibujaron esa arruga en la comisura que vería mil y una veces más.

Recuerdo que te di mi móvil para que lo sostuvieras mientras dejaba la mochila escolar de color granate en el suelo y me quitaba la gabardina de entretiempo, en un intento de que un poco de frío me rebajara el rubor que provocabas en mis mejillas. Entonces fuiste tú el que probó con el lector, pero tampoco funcionaba. Yo me reí de

ti, no disimulé, ni tan siquiera un poco, y eso hizo que te picaras. A día de hoy, todavía pienso que gracias a tu cabezonería fue posible aquella tarde de cine. Me pediste que te las enviara a tu teléfono, buscamos otro lector y, cuando me quise dar cuenta, estaba comiendo cerezas en la butaca del cine, a tu lado. Si alguien me preguntara el porqué de las cerezas, la verdad es que no podría contestar. Estaban en la puerta de la sala a la que entramos.

Me encantan las cerezas. Diría que es de las pocas cosas que me gustan del verano. Odio que haga calor, y todavía más los interiores con aire acondicionado, porque hacen que pierda la voz cuando menos me lo espero. Sé que cuesta de creer, pero yo salgo de fiesta en invierno y vuelvo con mi voz completa, pero si lo hago en verano, termina por abandonarme durante un par de días. Siempre me pasa igual y lo único que cambia en mis salidas es eso: el aire acondicionado. Pero las cerezas me gustan de verdad, quizá un poco más que las fresas y menos que los arándanos, que me encantan. Os invito a que los saboreéis, porque conozco a mucha gente que nunca los ha probado.

La primera vez que los probé debía de tener cinco años. En la quietud de un verano, en un rincón olvidado del jardín, descubrí por primera vez el sabor de los arándanos y las cerezas. Era un día de esos en los que el sol parece pintar todo de dorado y el aire huele a hierba fresca y tierra mojada tras una de esas tormentas de verano que deja el cielo completamente despejado. Con mi curiosidad insaciable, me adentré en el jardín de la casa del pueblo, un mundo desconocido y emocionante, porque al pueblo solo se va en verano. Allí, escondidos entre las hojas verdes y bajo la sombra de los árboles, encontré unos pequeños frutos de colores vibrantes. Primero probé un arándano: su sabor era una mezcla de dulzura y acidez, una explosión de matices que provocó que cerrara los ojos y

sonriera, y que dejó una marca en mi carácter. Un juego entre contrastes dulces y ácidos. Luego me atreví con una cereza. Al morderla, el jugo dulce y refrescante inundó mi boca, dejándome una sensación de felicidad y satisfacción. Aquella experiencia me marcó. Los arándanos y las cerezas se convirtieron en mis frutas favoritas, un recuerdo de aquel verano y de los que vinieron después. Un recuerdo de mi infancia. Cada vez que los pruebo, vuelvo a ser aquel niño en el jardín, descubriendo el mundo con ojos llenos de asombro y un corazón rebosante de sensibilidad.

Mientras comías cerezas, no parabas de hablar y los dientes se te manchaban con pequeñas y microscópicas gotas de un violeta oscuro cuando la piel de las cerezas reventaba contra ellos. Luego pasabas la lengua por ellos y las gotas desaparecían hasta que otra víctima volvía a tropezarse con tu boca. Recuerdo cómo esta se abría y, con un pequeño tirón, la parte comestible quedaba dentro y el rabito verde terminaba en el vaso, mientras tus labios, que no llegaban a ser ni finos ni gruesos, pero perfectamente delimitados del resto de piel, me seguían ofreciendo esa mueca amigable que adoptan cuando estás nervioso.

La película empezó a la hora prevista, pero era tan mala que me hubiera gustado que se retrasara o que no hubiera empezado. La elegí yo, claro. Tengo debilidad por el cine, en especial por esas películas que no elige nadie y que yo, a pesar de que sé que me voy a aburrir, decido ver. El que no lo sabía por aquel entonces eras tú, pero accediste a venir de todos modos. A veces me pregunto por qué me gusta ir al cine a aburrirme. ¿Es una manera de evadirme a otra realidad? ¿O quizá algo que conecta con mi yo infantil, que se aburría frente al televisor?

Cuando era niño, solía sentarme frente a la tele durante horas para ver programas que apenas entendía. No era tanto el contenido

lo que me atraía, sino la experiencia en sí misma. La luz parpadeante, el zumbido suave, la sensación de estar en otro mundo. Era una forma de evasión, sí, pero también una forma de conexión. Conectaba con una parte de mí que se sentía cómoda en la soledad, que encontraba consuelo en la monotonía. Nunca he sido una persona muy sociable. Se me da bien conectar con los demás como lo hice contigo, pero no me siento a gusto cuando la conexión se vuelve constante. Justo al contrario de lo que me sucedió contigo, que siempre quise más.

Como adulto, encuentro una sensación similar en el cine. No voy allí para entretenerme o para perderme en una trama emocionante. No me interesan las películas en las que pasan muchas cosas y reclaman una atención constante. Voy al cine para aburrirme, para sentarme en la oscuridad y dejar que las imágenes de la pantalla me laven. Para sentir la familiaridad del aburrimiento, la comodidad de la monotonía. Me pasa lo mismo cuando veo películas sentado en el sofá de casa. Me incorporo a medias, voy al baño, deambulo por otras habitaciones mientras la película sigue su curso y yo me la estoy perdiendo. Pero cuando decido volver a sentarme, ahí la tengo: dispuesta a aceptarme y a hacer que la entienda.

Es una forma de evasión, sí. Pero no es una evasión de la realidad, sino una evasión hacia ella. Hacia una realidad más simple, más tranquila, una realidad donde puedo ser yo mismo, sin las expectativas y las presiones del mundo exterior. En ese aburrimiento encuentro una especie de felicidad. Una felicidad tranquila, silenciosa, una felicidad que no necesita ser compartida o explicada. Una felicidad que simplemente es. Así que sí, me gusta ir al cine a aburrirme. Porque en ese aburrimiento encuentro una conexión. Una conexión con mi yo infantil, con mi yo adulto, con el mundo a mi alrededor. Y en esa conexión encuentro la paz.

Y en esa paz, por algo que desconozco a día de hoy, encajabas tú. En ese cine, con esa camiseta, con esos ojos.

El cine, para mí, es un santuario. Un lugar donde puedo dejar de lado las preocupaciones del mundo exterior y sumergirme en un estado de aburrimiento consciente. Es un espacio donde puedo permitirme ser pasivo, dejar que las imágenes y los sonidos me envuelvan sin tener que interactuar o responder. Este aburrimiento no es vacío, sino lleno de posibilidades. En el silencio y la oscuridad del cine, mi mente tiene la libertad de vagar, de explorar pensamientos e ideas que normalmente estarían ocultos en el bullicio de la vida cotidiana. Es un espacio para la introspección, para la reflexión, para el descubrimiento de uno mismo. Para descubrirte a ti.

En ese aburrimiento practico una especie de meditación. Es una oportunidad para estar presente, para estar en el momento. Para observar mis pensamientos y emociones sin juzgarlos, para permitir que fluyan y se desvanezcan como las imágenes en la pantalla. Así que, aunque pueda parecer contradictorio, ir al cine a aburrirme es, en realidad, una forma de buscar la plenitud, de conectar conmigo mismo, de entenderme mejor, de rebuscar en el entorno. Y en ese entendimiento encuentro una especie de liberación. Una liberación del estrés, de las expectativas, de las presiones de la vida cotidiana. Con los años he entendido que me gusta ir al cine a aburrirme, porque así es como encuentro la paz. Y en esa paz encuentro la felicidad.

La felicidad, para mí, no siempre ha sido algo fácil de definir. Al principio, solía pensar que era un estado de emoción desbordante, de euforia perpetua. Pero, con el tiempo, y quizá influenciado por esas tardes en el cine, he llegado a darme cuenta de que la felicidad puede ser algo mucho más sutil, menos estridente. A veces,

simplemente, el placer de la quietud, de un momento de paz en el que el mundo parece detenerse por un segundo y te permite ser, sin más.

Así fue como te encontré a ti, en esos momentos de calma. No en un instante de fuegos artificiales o grandes gestos, sino en la quietud de lo cotidiano. En la forma en que nuestras conversaciones, por más sencillas que fueran, me llevaban a rincones de mí que no conocía. O en cómo tu presencia, en medio del ruido de nuestras vidas, traía consigo un silencio que nunca había experimentado con nadie más. Quizá por eso me iba enganchando de ti sin darme cuenta, porque fue tan natural como esa paz que siempre había buscado, incluso antes de saber que la quería.

No fue el típico romance de película que se desarrolla con escenas dramáticas y momentos épicos. Más bien, fue como una de esas tramas que te atrapan lentamente, como la que estábamos viendo, que te dejan pensando mucho después de que los créditos hayan terminado. Una historia que no necesita giros inesperados ni finales impactantes para ser hermosa, porque su belleza está en los pequeños momentos, en las miradas compartidas, en los silencios cómodos. Recuerdo aquella tarde de cine y cómo tu brazo desnudo se rozaba contra el mío, y cómo hacía para que mi cuerpo se acercara a tu butaca y, en un descuido, nuestras pieles se tocaran. No quería forzar nada, pero quería tenerte cerca para que tu olor, que tantas sensaciones provocaba en mí, no desapareciera tan pronto. Lo deseaba tanto que de pronto mi dedo índice fue a dar con tu antebrazo y, suavemente, lo moví hacia arriba, luego hacia abajo, para luego deslizarlo hacia un lado; y vuelta a empezar. Vi que te mordías el labio cuando te iluminó uno de los destellos de la película.

—¿Te gusta?

—Me hace cosquillas, pero no pares —me respondiste mirándome mientras una leve arruga todavía no muy profunda se te dibujaba en la comisura de los labios.

Seguí así un buen rato, sintiendo cómo el vello se me erizaba mientras mi dedo ascendía y las venas se pronunciaban en el pliegue del brazo mientras bajaba. Cuando me cansé, me apoyé en tu hombro, pero no como lo haría con otras personas; dejé caer la cabeza sobre ti sin llegar a rozarte, pero dejando que sintieras que estaba allí. Tú hiciste lo mismo.

Luego nos fuimos a cenar a aquella azotea, justo al lado del cine, ¿recuerdas? Y ojalá me hubieras lanzado tu flecha envenenada en aquel momento, porque ahora desenvuelvo esos recuerdos que ya no puedo seguir fabricando y me rompo. Solo me quedan los dedos sobre el teclado y recordar aquel día en el que me salvaste, porque para cuando quise darme cuenta, ya estabas en todas partes.

Me acuerdo de las hamburguesas que pedimos como algo que no se iba a terminar jamás. Revolvías la comida en el plato y rebañabas la salsa amarilla que te pusieron en un bol mientras yo trataba de aparentar tu serenidad. He olvidado cómo era la hamburguesa, pero sí recuerdo que estuve muy a gusto. Hablamos de todo sin conocernos de nada. Yo te hablé de mis amigos, tú me enseñaste fotos de los tuyos. Abrimos en canal nuestros entornos con una complicidad que no sé bien de dónde surgió.

Me hablaste de tu trabajo de profesor. Te encantaba y se notaba en cada frase. Cada palabra era una pincelada en el lienzo de la mente, creaba imágenes vívidas y emociones palpables. Me dijiste que aquel día, en el aula, habías explicado la teoría de los números primos. Tu voz era suave, pero desprendía autoridad. Las matemáticas dejaron de ser solo números y se convirtieron en un baile elegante de patrones y relaciones.

Y luego estaban tus historias. Siempre tenías una anécdota para ilustrar un concepto. Como aquella vez que me contaste que hablaste de Fermat y de su famoso último teorema. Les hablaste a tus alumnos de su obsesión, de su búsqueda incansable de una prueba. Y cómo, finalmente, Andrew Wiles logró descifrar el enigma después de años de trabajo.

Yo era diferente a ti. Las matemáticas no me interesaban nada y, la verdad, solo quería perderme en mis escritos. Escribir, escribir y escribir, y publicar mi primer libro a finales de año. «Escribir, escribir, escribir.» Era mi mantra. Las palabras fluían como un río desbordante, y yo me sumergía en sus corrientes. Cada página era un mundo nuevo, un universo que creaba y exploraba. No necesitaba números ni fórmulas; mis herramientas eran las metáforas, los personajes y los giros inesperados. La vida misma me sorprendía escribiendo.

Éramos tan distintos a todos los niveles que parecíamos esos extremos que al final se tocan. Yo venía de la casa de la pradera, tú de una historia de crecimiento personal bajo los malos tratos; yo parecía un personaje de una película de Almodóvar, y tú habías crecido en un cuento chino sin ningún tipo de amor ni cariño, en el que el roce era escaso, el sentimiento de pertenencia inexistente y el amor, algo que trataba de florecer entre las espinas de un ramo de cardos. A pesar de nuestras diferencias, había algo que nos unía, una fuerza invisible que nos atraía el uno al otro. Tal vez era la necesidad de encontrar lo que nos faltaba.

Y, de pronto, empezaste a bostezar.

—Perdona, porque cuando empiezo no paro —me dijiste arrugando la nariz—, y no me has dejado dormir siesta.

La siesta: ese breve viaje de ida y vuelta a los brazos de Morfeo en el que recargamos sueños para el resto del día

Al principio, esas inseguridades que poco a poco irían saliendo, me hicieron pensar que te aburría más que un capítulo repetido de *Friends*, pero hiciste lo posible por aguantar mientras te contaba mis proyectos y te sonsacaba más historias sobre el colegio donde dabas clases. Hablamos de mil cosas y en todas notaba tu atención, a pesar de que muchas no las llegaras a entender. Pero eso no importaba. Tu mirada nunca se desviaba, tus oídos nunca se cerraban. Aunque las palabras fueran extrañas, aunque los conceptos fueran abstractos, estabas allí, presente, escuchando.

Era como si cada palabra que decía, cada idea que compartía, fuera un hilo que tejía un puente entre nosotros hecho de silencios cómodos, de risas compartidas y de miradas de entendimiento. Un puente que, a pesar de las diferencias y nuestras frialdades, nos unía, algo que lo descubrimos con el tiempo. En ese puente encontré un refugio. Un lugar donde podía ser yo mismo, sin miedo a que me juzgaran, sin miedo al rechazo. Donde podía compartir mis pensamientos más profundos, mis miedos más oscuros, mis sueños más locos. Y tú estabas allí, al otro lado del puente, escuchando, comprendiendo, aceptando.

Era como si estuviéramos en nuestro propio universo, donde las palabras no necesitaban ser pronunciadas para que se entendieran, donde cada silencio compartido tenía su propio lenguaje. A veces, me encontraba perdido en tus ojos, que parecían contener un mar de secretos y promesas no dichas. Y en esos momentos, sentía que podía ahogarme felizmente en tu profundidad, aunque trataras de ocultarla con frivolidad. Aunque había cosas que no decías y mantenías ocultas detrás de una sonrisa, siempre supe que estabas luchando tus propias batallas. Pero eso nunca cambió el hecho de que estuvieras allí para mí, dispuesto a escuchar y a entender, esa tarde que podía ser la última o, con suerte, la primera.

Vivías en la otra punta de la ciudad y no te venía de paso dejarme en casa, pero te empeñaste en llevarme. Luego me convertiste en acero con tus besos en aquel coche tan antiguo, yo que siempre fui de gas. Al subir, mientras tratabas de bajar el freno de mano, me advertiste:

—Está que se cae.

Tiraste de la palanca, pero no quería bajar. Empezaste a reírte, yo no lo pude evitar y me reí también mientras me rascaba la ceja tratando de disimular. Tenías razón. Aquel Peugeot gris...

Allí estábamos, dos almas errantes bajo el manto estrellado, cantando a pleno pulmón las canciones que sonaban en la vieja radio del coche. Nuestras voces se mezclaban con la melodía, y creaban una sinfonía de risas y notas desafinadas. Pero no nos importaba, porque en ese momento éramos reyes. Tus ojos brillaban con una luz que nunca había visto antes, reflejando las luces de la ciudad que pasaban como estrellas fugaces. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, sentía una chispa, una conexión que iba más allá de las palabras.

Tus manos estaban sobre el volante, pero cuando una canción llegaba a su clímax, las soltabas y las alzabas al cielo, como si quisieras tocar las estrellas. Y yo no podía evitar reír y unirme a ti, porque en ese momento sentía que podíamos hacer cualquier cosa. Aunque éramos casi unos desconocidos, sentía que te conocía de toda la vida. Porque esa noche, bajo las estrellas y con la música como nuestra única compañía, compartimos más que canciones y risas. Compartimos sueños, miedos, esperanzas y secretos. Compartimos un pedazo de nuestras almas.

Habías tenido una vida complicada, pero con una risa tratabas de minimizar el mal. Me hablaste de tu madre, de tus hermanas, pero

jamás de tu padre. Te dolía demasiado para hacerlo, pero eso lo supe después, a medida que fui desgranando tu carácter a golpe de heridas en el mío. Tú, con tu risa que disfrazaba las cicatrices, y yo, arrastrando mi pasado cinematográfico perfecto. Las diferencias entre nosotros eran como las luces y sombras en una película de Wong Kar-wai: intensas, pero también bonitas.

Hablabas sin freno. Yo me mostraba mucho más reservado, pero escuchaba entre tus heridas para descubrir tus cicatrices. Sin darte cuenta o, quizá a sabiendas de que lo estabas haciendo, me contaste la traumática relación de tus padres y cómo había afectado a tu familia. Te negabas a que a ti te afectara de más; no necesitabas ninguna ayuda, decías, pero ¿no es la negación la confirmación del dolor del corazón? Yo creí que te podía ayudar, que podía escalar aquella torre y salir indemne. Era tan joven. Creía que podía con todo.

—¿Nos vemos? —me preguntaste cuando me dejaste en la rotonda de mi casa.

—Eso espero —añadí justo antes de cerrar la puerta del coche con ímpetu y enfilar la calle con mi mochila color vino a la espalda, viendo cómo tu coche desaparecía entre las calles de mi barrio.

CAPÍTULO 2

CUANDO EMPEZAMOS

Vente, solo quiero verte
Vente, de lunes a viernes
Solo quiero verte
Saca plaza fija en el salón de mi casa.

SILOÉ

Para mí, bajar de aquel coche fue volver a la realidad. La oxitocina que había sudado se debió de empezar a helar, porque sentí que todo se había terminado. Mis inseguridades volvieron a aparecer y yo, que no quería parecer un niñato, tuve que aguantarlas. A la hora de definirlas, podría decir que son algo así como bruma en el sexto. Porque a mí que me busquen por dentro, y que me encuentren adentro.

Cuando nos disponemos a dibujarlos, los cuerpos humanos están compuestos por seis partes, de los pies a la cabeza. Hay unas líneas que no se pueden apreciar en las piernas, la cadera, la cintura y el pecho, cuando el cuerpo se pinta respetando sus formas anatómicas. Solo hay un sitio en el que las cosas se pueden volver oscuras: la mente. Esa es la bruma, el miedo, el no saber qué haces o por qué sientes algo. Es la bruma del sexto. Todos tenemos un sitio del cuerpo donde se acumulan las cosas que nunca dijimos.

Mis pensamientos se enredan siempre en el sexto, y lo que parecía claro en un momento dado, se va diluyendo en esa neblina que me envuelve conforme el tiempo va pasando. Es como si todo lo que siento, lo que pienso, lo que quiero, se agitara en un rincón de mi mente que no puedo controlar. A veces me miro en el espejo para intentar reconocerme, buscando en mi propio reflejo algo que me dé una pista de quién soy, de por qué estoy aquí. Pero lo único que encuentro es esa bruma, ese «sexto» que flota entre lo que debería ser y lo que realmente es. Lo que envuelve la realidad.

No es tan fácil dejar que te miren dentro, que te lean como un libro abierto. Porque ¿qué pasa si a los demás no les gusta lo que encuentran? ¿Qué pasa si no me gusta a mí mismo? Todo el mundo tiene sus secretos, las partes que guardan con cuidado, cubiertas por una capa de normalidad. Pero yo siento que los míos no están tan bien escondidos. A veces creo que cualquiera puede ver la tormenta que se cuece en mi interior, aunque intente aparentar que todo está en calma.

He aprendido a vivir con esa bruma como si fuera una parte más de mí, como una extremidad invisible que no se puede amputar. Me acompaña en cada decisión, en cada conversación. Es ese miedo a dar un paso en falso, a equivocarme de nuevo, a mostrar demasiado. Porque si lo hago, si dejo que alguien se adentre más, puede que descubran que, detrás de todo, solo hay vacío.

El vacío es lo que más asusta, ¿no? Creo que a todos. A ti también. Esa sensación de que, por más que busques en tu interior, no hay nada sólido, nada que puedas sostener entre las manos antes de decir «esto soy yo». Es como estar cayendo en un pozo sin fondo, un abismo que se extiende sin fin. Intento llenarlo con cosas, con ideas, con la aprobación de los demás. Pero ninguna de esas cosas permanece. Se desvanecen como humo y me dejan solo con

la sensación inquietante de que falta algo. Algo que no sé si alguna vez encontraré.

Siempre me he preguntado si los demás lo sienten también. Cuando los miro, cuando los escucho hablar con tanta seguridad sobre lo que quieren, lo que les apasiona, parece que tienen una brújula interna que siempre apunta en la dirección correcta. Y yo... yo me siento como un barco a la deriva, sin puerto, sin rumbo fijo. Claro que lo disimulo, porque la gente espera que tengas las cosas claras, que sigas el camino que se supone que es el correcto. Por eso mantengo la fachada, incluso cuando por dentro estoy completamente perdido.

Es agotador. Este juego constante de aparentar, de esconder, de construir una versión de mí mismo que encaje con lo que los demás esperan, en esa idea de falsa seguridad. Y luego está la culpa.

Y ahí es cuando vuelve la bruma, siempre la bruma. No importa cuánto intente despejarla, vuelve a asentarse, a nublar mis pensamientos, a llenarme de dudas. ¿Estoy donde debería estar? ¿Es esto lo que realmente quiero? ¿Soy quien debería ser?

Pero tal vez, después de todo, el problema no es la bruma. Tal vez es que siempre intento alejarla en lugar de aceptarla. Quizá la respuesta no sea luchar contra la incertidumbre, sino aprender a vivir en ella. Quizá lo único que puedo hacer es seguir avanzando, a pesar del miedo, a pesar de no tener todas las respuestas.

Tal vez el secreto está en dejar que me encuentren adentro, en lo que soy, bruma incluida. Porque en el centro de la tormenta siempre hay ratos de calma, antes de que el huracán llegue sin avisar y se desate entre un afecto que va naciendo. Este puede hundirse entre la bruma del pasado y los miedos del futuro si no hacemos lo posible por tratar sus expresiones más sutiles con respeto.

El sentimiento de afecto fuerte o constante hacia una persona es lo que se describe como amor, pero este también es un proceso físico generado por el cerebro gracias a la intervención de una hormona llamada oxitocina, también conocida como la «hormona del amor».

Por supuesto, no fueron solo las hormonas las que hicieron que Chopin compusiera sus hermosas piezas musicales o que William Shakespeare escribiera sus espectaculares poemas de amor; ni las que llevaron a que Frida Kahlo rematara el diario que a muchos les sigue poniendo la piel de gallina; tampoco fueron solo las hormonas las que llevaron a Lord Byron a escribir cartas de amor a Lady Caroline (las más bellas que he leído); ni las que teletransportaron a Pablo Neruda a la isla en la que soñaba con una mujer, salvaje y dulce, con la que había pasado la noche junto al mar, divagando entre el placer y el sueño, sin que ni el uno ni el otro pudieran separarlos

Claro que no fueron solo las hormonas las que llevaron a Emily Dickinson a escribir esos poemas llenos de anhelo y misterio, dedicados a alguien cuya identidad aún hoy nos intriga, ni las que hicieron que Oscar Wilde creara su obra más intensa, donde el deseo y el sufrimiento a causa del amor se entrelazan con una profundidad que trasciende los géneros. Tampoco fueron las hormonas las que inspiraron a Virginia Woolf a escribir las apasionadas cartas a Vita Sackville-West, donde el amor se vestía de palabras exquisitas, trazando una intimidad que escapaba de los márgenes convencionales.

No fue solo una cuestión biológica la que llevó a Miguel Ángel a esculpir la belleza en sus figuras, inspirándose en las formas masculinas que tanto lo fascinaban, ni la que hizo que Rainer Maria Rilke mantuviera una correspondencia con Lou Andreas-Salomé,

donde ambos exploraban los límites del arte y el amor. Y no fueron solo impulsos físicos los que empujaron a Audre Lorde a escribir sobre el amor entre dos mujeres como una fuente de poder y liberación, una poesía que resuena tanto en la mente como en el cuerpo, tocando fibras más profundas.

Sin embargo, según los expertos, existe una interacción realmente compleja entre las hormonas y el comportamiento. Porque la verdad es que sí, estaba enamorándome, pero también podía ser que las hormonas me estuvieran jugado una mala pasada. La oxitocina está directamente relacionada con el placer y el afecto, ya que ayuda al cerebro a experimentar cariño por las personas que componen nuestro entorno y nos permiten sentir por ellas lo que no sentimos por los desconocidos.

Así que me encontraba en un laberinto de emociones donde cada paso que daba parecía estar guiado por esas hormonas invisibles. Me preguntaba si ese sentimiento era real o si solo era un producto de las sustancias químicas que corrían por mis venas.

A veces me sentía como un títere en manos de las dichosas hormonas. Me sigue pasando: me hacen reír, llorar, amar, odiar, todo en cuestión de segundos. Solo al final del día me doy cuenta de que esas hormonas no son más que mensajeras, las notas en la partitura de la sinfonía de la vida. Pero, en aquel momento, a nosotros nos tocaba interpretar la música. Aunque a veces parezca que las hormonas me juegan una mala pasada, no cambiaría el amor que sentí por ti por nada del mundo.

Los mensajes de texto se deslizaban por la pantalla de nuestros teléfonos como hojas llevadas por el viento. Cada palabra, cada frase, cada emoticono eran un susurro en la oscuridad, un hilo que conectaba dos almas en la vastedad del ciberespacio.

Nosotros, dos nombres, dos vidas entrelazadas en una danza de dígitos y pantallas táctiles. Habíamos tenido nuestra primera cita hacía una semana, un encuentro preparado a conciencia que, obligado por mí, no podías llamar *cita*, y que se convirtió en una conversación que duró horas. Habíamos hablado de todo, desde películas hasta filosofía, desde tus sueños hasta mis miedos. Y cuando nos despedimos, algo había cambiado. Ya no éramos solo dos extraños, éramos algo más.

Estábamos en el intervalo de vernos por segunda vez. La anticipación era palpable, como una melodía silenciosa que resonaba en los corazones. Cada mensaje que enviábamos era un paso más hacia ese momento, hacia lo desconocido. Era una nueva forma de enamorarse, una danza de palabras y emociones transmitidas a través de ondas digitales. Pero, a pesar de la distancia, a pesar de la frialdad del ciberespacio, había calidez, una intimidad que solo nosotros compartíamos.

Y así, mientras el mundo seguía girando y la vida seguía su curso, nos encontrábamos en el ciberespacio. Compartíamos risas y sueños, miedos y esperanzas hasta el momento en que nos volveríamos a ver y las palabras se convirtieran en miradas, los mensajes en caricias y el incipiente amor digital en amor real.

Si algo fuiste tú, fue una dosis extrema de oxitocina desde el primer momento en que te vi. No fue amor a primera vista, como expliqué al principio, pero sí la conexión más fuerte que había sentido nunca. Fuiste algo incontrolable y sin precedentes desde que empezó. La bomba llegó el día en el que me invitaste a tu casa y, aparte de compartir la cena, nos compartimos en tu sofá. Durante las relaciones sexuales se libera oxitocina, que actúa sobre los sistemas del cerebro relacionados con el refuerzo positivo, es decir, con el placer, lo que incrementa la complicidad, el afecto y la

confianza con la pareja. Aquellas personas que tienen contacto físico y sexual de calidad frecuentemente logran mayores niveles de oxitocina. De este modo, se estrechan y fortalecen los lazos en la relación.

Te recuerdo aquel día envuelto en un aura de protección, intentando descifrar cada misterio. En aquel sofá de color visón, tras la cena y el vino azul que tanto reflujo me provocó, me subí encima de ti y empecé a besarte. Tus labios, con esas comisuras tan marcadas que aún me fascinan; tu cuello, donde mi boca buscaba la yugular en un viaje sin fin. Bajé hasta tu pecho y luego tu camiseta cayó sobre la tarima caoba del salón, y reveló todas las inseguridades que descubrí que tenías.

Mi camiseta siguió su propio camino y cayó junto a la ventana que habías cubierto con una cortina blanca que permitía la entrada de luz y la visión de los contornos de la ciudad. Observé un lunar que tenías en el hombro, justo en el punto más alto, y posé mi boca sobre él. En ese instante, vi cómo la curva de tu espalda se estremecía mientras tu cabeza buscaba los dos lunares que tengo sobre la clavícula. Entonces, todo se volvió etéreo. La habitación se llenó de un brillo suave y dorado, como si estuviéramos envueltos en un sueño. El tiempo pareció detenerse. Todo lo que existía éramos tú y yo, perdidos en nuestro propio universo. Las luces de la ciudad parpadeaban más allá de la ventana, pero dentro de nuestra burbuja, solo había calma y quietud. Cada susurro, cada caricia, cada latido del corazón resonaba como una melodía en el concierto de la intimidad. Supe que recordaría ese momento para siempre; un recuerdo grabado en el lienzo de mi mente.

—Parece un enchufe —susurraste mientras notaba que tus labios sonreían contra mi piel justo antes de besar mis dos lunares.

Yo me reí, y mi cabeza se inclinó hacia atrás mientras tú seguías ensimismado, bajando con tu lengua por mi pecho, ligeramente marcado del gimnasio y sin nada de vello. Mientras tus manos sujetaban la parte baja de mi espalda y yo sentía el calor que se iba distribuyendo por todo mi cuerpo desde ellas, me acordé de la mancha que ocupa una parte de tu antebrazo. Te mordiste el labio, como hacía yo, pero con tu toque, y justo después me recostaste sobre el sofá y tus manos arrastraron la cinturilla de mis vaqueros hasta que los tiraron al suelo. Después toda la ropa, de un tirón. Me quedé completamente desnudo sobre el sofá, que tengo fijo en la memoria desde que me diste la vuelta. Debí de jadear un par de veces seguidas, porque me preguntaste si quería seguir y yo te dije que sí, convencido, besándote en los labios. Te sentía respirando contra mi piel. Subiste la mano por mi espalda, esquivando las estrías, hasta llegar al cuello. Te sentía tan cerca.

Luego fui yo el que me incorporé mientras te besaba el abdomen, tiré de tus pantalones y te desnudé. Justo en ese momento, en el mundo podría haber estallado la Tercera Guerra Mundial, que a mí me hubiera dado igual. Solo quería memorizar cada detalle de ti. El tímido vello que te nacía en el centro del pecho, la marca del hueso de la cadera en la parte superior de la pierna, tus manos cubiertas de venas, los hombros ligeramente marcados, la mancha en el antebrazo...

Al final, terminamos tirados sobre el sofá. Tú me abrazabas por detrás mientras teníamos los ojos cerrados y quizá imaginábamos que estábamos en un hotel en medio del Pacífico. ¿Cuántas veces terminamos igual? Desnudos y entregados. Sentía tu pecho ligeramente sudado contra mi espalda, pero no me importaba. Quería dejar que tu respiración nos secara cada vez que expiraba el aire caliente que me recorría la espina dorsal.

Aquello no fue nada comparado con nuestra realidad futura. Era increíble, yo no tenía miedo a nada, tampoco a la oscuridad. Quizá me regalaste una linterna de muy buena calidad que era capaz de ayudarme a olvidar los problemas del futuro y la ansiedad que, allí donde nosotros estábamos, no se habían inventado todavía. Ese microcosmos entre las olas y el chaflán en el que olía a agua de mar de coral en mi cuello y a cítricos en tus muñecas.

Debimos de quedarnos dormidos, porque la última vez que abrí los ojos el sol dejaba pasar su luz a través de las cortinas blancas, pero después en el salón solo había oscuridad. Tú seguías igual, agarrándome por el costado y con el pecho pegado a mi espalda. Notaba tu nariz pegada contra mi oreja. Sentí que un hocico húmedo me rozaba el dedo anular y vi que una pata peluda de color gris se posaba sobre mi anillo dorado. No lo esperaba, pero me quedé allí jugando con él hasta que te despertaste.

—¿Qué hacéis? —preguntaste mientras te incorporabas en el sofá.

—Nos estamos conociendo —respondí mientras sus almohadillas suaves me acariciaban la palma de la mano.

—Socks, espero que te lleves bien con él —le dijiste al gato despeinándole la cabeza.

Me besaste el hombro y saltaste por encima de mí en dirección al pasillo. No sé qué me pasó, yo no era así, pero contra todo pronóstico empecé a sentir que quería quedarme allí.

El amor nos vuelve buenos, algunos dirían que incluso tontos. No importa a quien amemos, ni si ambos cuerpos acaban por buscar lo mismo, ni tan siquiera si las vidas terminan cruzadas, paralelas o unidas para siempre. Basta con la experiencia que nos regala el hecho de amar. Nos vuelve buenos, libres, felices y, me atrevería a decir, que desnudos. Sí, créeme. El amor es uno de los pocos sentimientos que tiende a apartar la coraza que todos nos hemos

puesto con el paso del tiempo. Amar nos vuelve frágiles, sea el amor correspondido o no. Basta con vivir la experiencia. Todos hemos tenido alguna, por mucho que tratemos de negarlo. A todos nos han roto el corazón y nos lo han recompuesto después.

Me enamoré por primera vez a los dieciséis. Con él lo hice todo, pero sentí que no había pasado nada. Recuerdo bien a aquel chico, tan de plástico y artificial como la comida que fotografiaba antes de comérsela. Luego vinieron algunos más. Tengo una larga lista de amantes y no me arrepiento de ninguno. Todos me hicieron sentir, me vaciaron y al final me rompieron, pero así es la vida, ¿no? Repetiría todos y cada uno de los pasos que me llevaron a estar desnudo en aquel sofá. Como dice mi amiga Paula: «Aquí el corazón nos lo han roto a todas, así que apechuga».

—¿Te apetece ir a algún sitio? —me preguntaste cuando volviste al salón con una toalla roja cubriéndote la parte inferior del cuerpo.

Recuerdo que levanté la vista de tu gato y me puse rojo. No entiendo bien por qué. Siempre provocabas eso en mí, estando a mi lado o con un mensaje en el móvil.

—¿Cine y palomitas? —te respondí con un guiño.

—Vale, pero elijo yo.

—Jamás.

Te encogiste de hombros y entre risas te fuiste pasillo adentro mientras decías:

—Vale, pero si no me gusta te quedas a dormir.

Aquella noche fue la primera que dormí en tu casa. Quizá escogí la película a sabiendas de que era horrible para que eso pasara.

Las semanas que siguieron fueron increíbles. Me acuerdo mucho de ellas, de esos momentos en los que la vida era otra cosa. Establecimos nuestro lugar de referencia en aquel cine que olía a una mezcla extraña de mantequilla, perfumes corporales y sudor de

primavera. Era nuestro sitio; allí nos conocimos. Yo te llevaba al cine y elegía la película en una eterna lucha por que no me dijeras que era mala. Quizá, en el fondo, me gustaba que me lo dijeras y por eso, inconscientemente, las elegía así.

El cine contigo era una forma de mirarnos sin que nos diéramos cuenta. En las escenas nocturnas, sentía tu mirada impune sobre mí, y entonces mi corazón, ardía. Luego lo hacía yo, sin miedos y en las escenas de día, aunque me descubrieras. No te tenía miedo y, más de una vez me pillaste mirándote. Nuestras miradas, al igual que nuestras vidas cruzadas, se apartaban al sentir el juicio del otro sobre sus pupilas. Era increíble, tierno, diría que hasta bonito, el disimulo con el que nos mirábamos. Pasé de ir al cine para disfrutar aburriéndome a querer ir para aburrirme contigo.

Las luces de la pantalla parpadeaban, proyectando sombras danzantes en nuestras caras. En la oscuridad, nuestras manos se encontraban y se entrelazaban con una familiaridad que solo el tiempo y la intimidad pueden forjar. Cada roce era una promesa; cada suspiro, un secreto.

Las películas pasaban, una tras otra, pero nosotros estábamos inmersos en nuestra propia historia, una trama más cautivadora que cualquier guion de Hollywood. Las risas, los susurros, los momentos de silencio cómodo, todo se convertía en recuerdos que atesoraríamos para siempre.

En la penumbra del cine descubrí que no había nada más emocionante que aburrirme contigo. Porque incluso en los momentos más mundanos, encontraba una chispa de magia que solo podía existir entre nosotros. Y, aunque nuestras miradas se apartaran, sabía que siempre volverían a encontrarse, atraídas por la conexión invisible, pero indiscutible que compartíamos.

Así que sí, el cine contigo era mucho más que ver películas. Era una forma de explorarnos, de conocernos, de amarnos. Y, aunque las luces finalmente se encendían y la realidad nos llamaba de vuelta, siempre llevaba un pedazo de esa magia conmigo, un recuerdo de nuestro tiempo juntos que brillaba incluso en los días más grises.

Después, tú decidías dónde ir a cenar. Siempre tan cuadriculado, con todo tan planeado. Juntos, reconocimos el sesenta por ciento de los restaurantes de comida rápida que se sitúan en las afueras de los cines. No me hacía falta más: solos, tú y yo, contándonos.

En aquellas sesiones, aprendí de memoria cada curva de tu cara. Pude dibujar en mi mapa mental tu nariz un poco aguileña, que en algunas ocasiones tenía tan cerca una y otra vez cuando cerraba los ojos. Y tu barba de tres días, quizá de cuatro, que en las despedidas en el coche me dejaba los labios rojos por el roce.

¿Cómo no ibas a hacer que el corazón me doliera si llevaba años durmiendo abrazado a cualquiera? Cada plan era una flecha al corazón. Era como hacer de cada noche ordinaria una verbena. Y me encantaba, porque siempre acabábamos recibiendo el alba perdidos entre nuestros brazos, no necesariamente en tu casa, tampoco en la mía. Tampoco era necesario el sexo, ni terminar desnudos. Todo valía con tal de volvernos a ver sorteando los miedos que producía en mí un posible rechazo.

Era curioso lo que nos sucedía, ¿no crees? Tú llegabas y entregabas tus maneras, regalando primaveras y desnudando mis miedos cuando me daba la vuelta y te veía ahí, persiguiéndome. Y no esperabas, te acercabas a mi boca y deshacías mis cimientos desnudándome con prisa e intención, acorralando mis derrotas para que dejaran de ser las protagonistas, para que yo, al fin y al cabo, volviera a sentirme vivo. Como siempre te he dicho, me regalaste

algo que nadie había conseguido: las ganas de volver a sentir. Y tu olor se me empezó a pegar en la piel como una promesa que prometías cumplir. No eras tan valiente. Y yo, bueno, yo era tan joven que empecé a creer que podría con todo.

CAPÍTULO 3

CUANDO TODO ESTABA BIEN

Como Nicolas Cage en Living Las Vegas*:*
no tengo planes más allá de esta cena.
Es un misterio hacia dónde la noche nos lleva.

AMARAL

—A vivir se aprende viviendo.

Eso me dijo mi amiga cuando, tras varias semanas sin verla, puede que incluso un mes, le conté lo nuestro, ilustrándolo, como debe de hacer todo el mundo, con la galería de fotos de redes sociales. Ella deslizaba el dedo sobre la pantalla rasgada de mi teléfono móvil y movía tus fotos, ampliándolas o disminuyéndolas, según tocara en cada caso. Así es mi amiga Paula, con su larga melena azabache.

Paula, con su risa contagiosa y su espíritu libre, siempre tiene una forma de hacer que todo parezca más brillante. Mientras seguía deslizando el dedo por la pantalla de mi teléfono, pude ver la curiosidad en sus ojos oscuros. Cada foto era una ventana a nuestra historia, una historia que estaba ansiosa por conocer.

Paula llegó a mi vida muy pronto. Creo que cuando fui consciente, ella ya estaba allí. No puedo recordar un momento concreto, pero sí sé que llegó hace mucho. Siempre estuvo pululando por ahí, presente en mi vida, pero no siempre de una manera intensa. Hasta que nuestras vidas se cruzaron de verdad. Creo que todo empezó

como lo hacen las historias de verdadera amistad. Yo debí de decir algo —o quizá fue ella— que pensaba que solo hacía yo. «¿De verdad te pasa eso? A mí también» debió de decir uno de los dos, y así empezamos a ser amigos.

—Es guapo —dijo con la voz llena de asombro mientras examinaba una foto tuya. Podía ver la sonrisa en sus labios, la misma que siempre aparece cuando está realmente impresionada. Y en ese momento, supe que te había aceptado.

Paula siempre ha tenido un don para entender a las personas, para ver más allá de las apariencias y llegar al corazón de quiénes son realmente. Y, aunque aún no te había conocido, podía ver que ya te había aceptado. Porque ella siempre ha sido así: acepta a las personas tal como son, con todas sus imperfecciones y peculiaridades.

Yo intentaba seguir contando algo que, realmente, no sabía definir. Le expliqué mis miedos contigo, las inseguridades que me causaba yo mismo y que no sabía cómo solucionarlas.

—Yo fluiría. Nada más, eso ya es mucho —me aconsejó mientras un fruto seco, de esos que acompañan a las cervezas que tomamos de más, se deslizaba de su dedo al paladar para acabar destrozado entre sus dientes alienados por una ortodoncia adolescente.

Las semanas fueron encauzando las cosas. Yo ya no estaba nervioso cuando te veía, y tú, cada vez me mirabas más a los ojos. Lo que fuera que provocaba que antes fuera prácticamente imposible, ahora dejaba que tu pupila clara incidiera en el chocolate de la mía. Llegó un momento en que, el primer beso del día, seguro que sabes de cuál hablo, ya no era en la mejilla.

También sabes lo que pasa cuando empezamos algo con alguien: siempre nos cuesta besarle en los labios en público, pero cuando se

trata del primer beso del día, nos parece un acto imposible. Si ese beso, deben dárselo dos personas del mismo sexo, en la mayoría de las ocasiones es misión imposible. Siempre se buscan excusas para no encontrar la comisura de los labios, pero quizá nosotros ya no las encontrábamos o, directamente, dejamos de buscarlas.

A mí me gustaba dejarme llevar sin seguir los consejos que, por miedo a amar, me daba a mí mismo. Me gustaba dejar que las cosas pasaran y que dijeran su nombre. Te quería más a medida que íbamos dejando el tiempo atrás, era inevitable. Mirar: para comprobar que lo que había era verdad y que nada se escondía. No pensar y dejarme llevar: para tratar de no ponerle nombre a lo nuestro.

Siempre pensé que yo no sabía amar. Había estado con una lista de chicos eterna antes de ti, pero con ninguno sentí esa presión en el pecho que tú, sentado en el sofá de tu casa mientras acariciabas a tu gato atigrado, producías en mí cuando me imitabas arrugando la nariz, como la hago yo cuando me enfado.

Llegó un momento en el que, aparte de ir al cine, decidimos seguir dando pasos en el escalafón. La primera vez, tú decidiste el plan.

Me viniste a buscar por la tarde. El sol todavía estaba alto, y ya se intuía el final de mayo. Quizá fue por eso o porque yo perdí la noción del tiempo y cuando fui consciente, estaba paseando por las calles de aquel barrio de un pueblecito costero, entre sus casas de colores. Estaba pegado al puerto y a la plaza, todo colorido, en la subida hacia un castillo.

Tú llevabas una camisa de lino con muchas rayas verticales, de tantos colores que no pude memorizarlos, y unos vaqueros que no te venían ni muy ajustados ni muy anchos. Ese día yo llevaba mi mítica gabardina primaveral, unos pantalones anchos y una camisa

verde botella de media manga que cualquiera que me conozca un poco sabrá reconocer. Andamos muchísimo y, cuando ya no podíamos más, fuimos a parar a un bar frente al mar, que en calma como estaba, nos regaba con su sal con cada ola de más que yo contemplé de menos. Tomamos varias cervezas, que acompañaron la cena. Cenamos muy bien, ¿recuerdas? No sabría cómo volver allí, pero sé que estuvo muy bien.

Ahora que lo pienso, quizá no fue la cena lo que me gustó. Quizá fue el compartirla contigo, bajo la luz de la luna, o que el verano estaba tan cerca que nos ponía más tiernos de lo habitual, ¿no crees? Recuerdo que me pediste mi gabardina, que había dejado sobre la silla que estaba a mi lado porque el calor que sentía al mirarte podía con cualquier rocío nocturno. Te daba vergüenza, pero tras ofrecértela un par de veces, accediste.

—Estás guapo —admití mientras arrugaba la nariz con timidez.

Tú adoptastes esa expresión con la que tanto te gustaba picarme mientras arqueabas las cejas.

Después dimos otro paseo por una calle frente al mar que había quedado desierta. Empezaba a hacer frío, no era verano por mucho que tratáramos de empeñarnos y, aunque disfruté de la caminata contigo a mi lado, hablando de todo y preocupados por nada, tuvimos que volver al coche para evitar que se te cayeran los brazos por el frío.

Hablabas sin miedo, pero había un tupido velo de tu pasado que yo no lograba retirar. Era curioso cómo funcionaba lo nuestro. Pero, en definitiva, ¿qué era «lo nuestro»? Ahora, al menos, entiendo que una especie de complicidad frente a otros, un secreto compartido, un pacto bilateral. Naturalmente, no era una aventura, ni un plan programado ni un noviazgo, pero era algo más que una amistad. Nunca llegué a entenderlo ni a entenderme ni a entendernos. Lo

peor (¿o lo mejor?) era que yo me encontraba muy cómodo en esa indefinición, hasta que no aguanté más y necesité definiciones para todos los silencios. Hasta entonces yo le hablaba con total confianza, con humor, creo que hasta con cariño, a toda incertidumbre.

A toda incertidumbre le respondía con una sonrisa, como si cada duda fuera una oportunidad para descubrir algo nuevo, algo que no habíamos explorado antes. Pero, con el tiempo, esa comodidad en la indefinición comenzó a desvanecerse. Las preguntas sin respuesta se acumulaban, y la necesidad de claridad se hacía cada vez más apremiante.

Empezaron a surgir momentos en los que el silencio ya no era suficiente y las miradas cómplices no bastaban para llenar el vacío de las palabras no dichas. Me di cuenta de que, aunque disfrutaba de nuestra conexión única, necesitaba saber si había un futuro más allá de esa ambigüedad.

Fue entonces cuando decidí que había llegado el momento de hablar, de poner en palabras lo que hasta entonces había sido solo un sentimiento. No sabía qué esperar, pero sabía que no podía seguir viviendo en esa nebulosa de indefinición. Y así, con el corazón en la mano y la voz temblorosa, me atreví a preguntar: «¿Qué somos realmente?». No hubo respuesta. Te encogiste de hombros y yo, al final, me volví a sentir cómodo en aquella indefinición.

Allí, en la oscuridad de aquel aparcamiento solitario, nos refugiamos en la intimidad. Estábamos solos los dos dentro del coche, que era el único que quedaba aquella noche frente al mar. Solos tú y yo en la oscuridad bautizada por el ruido de las olas.

El viento soplaba con fuerza, pero dentro del coche, todo era calma. Tus ojos brillaban con el reflejo de las luces del tablero, y yo no podía evitar perderme en ellos. Hablamos en susurros, como si el

mundo exterior no existiera, como si las palabras que compartíamos fueran secretos que solo el viento podía escuchar.

Tus manos, aún frías por el paseo, buscaban refugio entre las mías. Aunque el frío se colaba por cada resquicio, dentro del coche, junto a ti, sentía un calor que nada tenía que ver con la temperatura. Nacía en el pecho y se extendía por todo el cuerpo. El tipo de calor que solo se siente cuando se está con la persona correcta.

La radio estaba encendida, pero a un volumen tan bajo que solo se escuchaba un murmullo. No necesitábamos música; el sonido de nuestras risas y el crujir de las olas eran la mejor melodía. Y así, entre risas y confidencias, el tiempo parecía haberse detenido.

No sé cuánto tiempo pasamos allí, en la oscuridad, compartiendo secretos y robándonos sonrisas. Pero sé que, en aquel momento, no quería estar en ningún otro lugar. Aquel coche, aquel aparcamiento solitario frente al mar, era nuestro pequeño universo. En él éramos simplemente tú y yo, dos almas perdidas que se habían encontrado en la inmensidad del universo.

Mi mano buscó tu nuca, que se despegó casi de forma automática del reposacabezas. Empecé a mover las yemas de los dedos sobre tus cabellos más cortos hasta llegar al tupé, que revolví un poco, como tanta rabia te daba. Después, casi sin darme cuenta, te pusiste a morderme el lóbulo de la oreja tratando de esquivar el freno de mano. Recuerdo que me reí para dar a entender que no me importaba, mientras tu lengua seguía jugando con mi oreja.

—Eres duro —afirmaste cuando volviste a tu sitio antes de poner el motor en marcha.

Yo te miré desde mi asiento tratando de disimular el rubor que se me había dibujado en las mejillas.

Mi mano descendió por tu pecho y, para cuando nos quisimos dar cuenta, tu camisa estaba tirada en el asiento de atrás y yo, sentado sobre tus piernas, friccionaba ligeramente mi sexo contra el tuyo mientras tu boca se encontraba con la mía, la rehuía y ambas se sinceraban sin compasión. Era como si entre nosotros hubiese una atracción similar a la de los imanes.

El campo magnético no es visible, pero es el responsable de que los imanes atraigan o repelan varios materiales. Los que son fuertemente atraídos por un imán tienen una gran permeabilidad magnética, como en el caso del hierro y algunos tipos de acero, y reciben la denominación de materiales ferromagnéticos.

Éramos imanes, ¿a qué sí? Lo nuestro, que había empezado como un juego, ahora provocaba catarsis similares a las causantes del Big Bang que creó el universo. Éramos fuerza y sexo, ansia y cariño. Una contraposición constante, un vals de protones que no tenía fin.

Éramos yonquis de lo mismo. Y así, sin saberlo, me enamoré. Me di cuenta mientras me besabas las estrías y yo te besaba, así, como me gustaba hacerlo. *Enamorado*, qué bonito adjetivo.

Sí, eso era lo que sentía. Un amor que no necesitaba palabras, que se expresaba en cada mirada, en cada caricia, en cada beso robado en la oscuridad de aquel coche. Un amor que, aunque nuevo y desconocido, sentía tan familiar, tan propio, como si siempre hubiera estado allí, esperando a ser descubierto. Bajo el manto de la noche y con el mar como único testigo, me dejé llevar por ese sentimiento. Me dejé llevar por ti, por nosotros, por ese *nosotros* que habíamos creado sin darnos cuenta. Porque éramos yonquis del mismo veneno, adictos a la misma droga: el amor.

Mientras me besabas y explorabas cada centímetro de mi piel con tus labios, mientras me hacías sentir cosas que nunca antes había

sentido tan intensamente, supe que estaba perdido. Perdido en ti, en *nosotros*, en ese amor que nos consumía.

Enamorado, sí, así era como estaba. Y, aunque el miedo a lo desconocido se cernía sobre mí, sabía que no había nada que temer. Porque contigo todo era posible. Contigo, cada día era una nueva aventura, un nuevo descubrimiento. A pesar de que no sabía qué nos depararía el futuro, sabía que, siempre que estuvieras a mi lado, estaría bien.

Así que sí, enamorado. Ese era el adjetivo que me definía. Y, aunque nunca antes había usado esa palabra para describirme, sabía que no había otra que pudiera hacerlo mejor. Porque eso era lo que era, un enamorado. Un enamorado de ti.

Recuerdo que el sábado quedé con mis amigas en la coctelería que hay en los bajos del Teatro Principal.

Me encanta ese sitio porque es un refugio perfecto para escapar del bullicio de la ciudad. Nuestro refugio. Al entrar, te envuelve una atmósfera que parece sacada de otra época. El interior combina la elegancia clásica con un toque moderno y sofisticado. Las paredes están adornadas con estanterías repletas de productos *gourmet* y evocan la esencia de una antigua tienda de ultramarinos. La iluminación, tenue siempre, crea un ambiente acogedor y cálido, perfecto para disfrutar de nosotros.

Aquel día daba igual si escogíamos terraza o interior. En aquel momento, problemas de verdad no teníamos y esa era la única pregunta que nos hacíamos.

Nuria y Paula son sinónimos de confidencias y tardes sentados a cualquier mesa mientras vaciamos la bodega de un bar al que seguramente no volveremos.

—¿Te lo has tirado ya? —me preguntó Paula mientras dejaba su móvil encima del cristal que coronaba el mimbre de la mesa.

Yo me atraganté con mi Cosmopolitan justo antes de contestar:

—Claro que no.

Mientras tanto me limpiaba los restos de la bebida granate que habían caído sobre el pecho, que la camisa de satén blanca dejaba al descubierto.

—Se lo ha tirado —añadió Nuria tocando el brazo de la otra.

—Que no —me reafirmé yo ajustándome el cuello de la gabardina.

—Se lo ha tirado —confirmó Paula—. Ha puesto la mirada de mentiroso.

—¿Qué dices? ¿Qué mirada?

Ambas se rieron mientras yo, extrañado, trataba de averiguar a qué se referían.

—Esa que pones —dijo Paula justo antes de dar un trago a su copa con forma de pirámide invertida.

—Los ojitos blancos mirando hacia abajo, ¿no? —remató Nuria.

Después las dos se chocaron las palmas y yo, con mi copa en la mano, me mordí el labio con resignación. Así son mis amigas.

Antes de conocerlas a ellas, yo no me sentía de ninguna parte. Ya sabes, los seres humanos necesitamos sentirnos queridos mucho más allá de las paredes de nuestro hogar, donde el amor debería ser —si es que no lo es ya— algo incondicional. Lo que pasa cuando salimos de casa es algo distinto. Entonces nos enfrentamos al mundo real.

Diversas personas me han contado su teoría de la amistad, pero ahora me toca a mí. Unos dicen que no existe, otros que sí, algunos hasta creen que no han tenido amigos jamás.

Según mi visión, la amistad nace del conflicto. Cuando somos niños, pasamos a ser conscientes de que existen otros como

nosotros cuando nos quitan algo que queremos. La historia empieza cuando a la disputa se suma un tercero, en ese momento se forma una alianza entre dos de los implicados que terminará derivando en la forma básica de la amistad.

Como norma general, solemos acercarnos a aquellos que tienen los mismos gustos que nosotros, pero también existen las excepciones en las que la amistad se funda en la disparidad. Así surgen dos tipos de amigos: los semejantes y los que se complementan. Por eso, entre nuestros amigos existen muchos que son similares a nosotros y otros que no tienen nada que ver. Y esto, en suma, es lo que se conoce como la teoría de la alianza.

A medida que avanzamos en la vida, nuestros amigos se convierten en espejos que reflejan nuestras fortalezas y debilidades. Nos ayudan a entender quiénes somos y quiénes podemos llegar a ser. En la amistad encontramos el valor para afrontar nuestros miedos, la fuerza para superar nuestros desafíos y la inspiración para perseguir nuestros sueños.

La amistad no trata solo de similitudes o diferencias, sino de la conexión que se forja a través de experiencias y momentos compartidos. Es un vínculo que se fortalece con el tiempo a través de las risas espontáneas, las lágrimas derramadas y los secretos confiados.

La amistad es también un compromiso, una promesa silenciosa de estar para el otro, en los buenos y malos momentos. Es un pacto de lealtad y confianza que se mantiene firme a pesar de la distancia y los desacuerdos.

Los amigos son nuestros confidentes, nuestros consejeros —aunque muchas veces se equivoquen—, nuestros defensores. Nos retan y nos motivan a ser mejores, a alcanzar nuevas alturas, a explorar nuevas posibilidades. Nos aceptan tal como somos, con

nuestras imperfecciones y peculiaridades, y nos aman incondicionalmente.

Y, aunque la amistad puede nacer del conflicto, también puede surgir de la comprensión mutua, del respeto y de la admiración. Puede florecer en los lugares más inesperados y unir a las personas más dispares. Así nos pasó a nosotros, ¿verdad? «Si vamos a tener algo, serás mi mejor amigo», te advertí una noche mientras nos poníamos el pijama en la cama. Te quedaste serio, con tu sonrisa de ratón, la que siempre ponías cuando viajabas entre la timidez que tratabas de esconder y el miedo a lo desconocido. Nosotros empezamos en el suelo de tu casa una danza delicada y dinámica de dar y recibir, de compartir y cuidar, de amar y ser amado. Es una de las experiencias más gratificantes y enriquecedoras de la vida, un regalo que no se agota, un lazo que une a las almas a través del tiempo y el espacio.

—Entonces ¿te lo has tirado? —repitió Nuria con los ojos como platos. Tiene el pelo castaño y los ojos tan claros como un día de verano.

Finalmente, con la mirada perdida y mi copa en la mano, asentí y di un trago final mientras llamaba al camarero para pedir otra.

—Sí sí, otra ronda. ¡Qué fuerte!

—¿Hace mucho? —preguntó Paula, que imitó mi gesto antes de que una camarera vestida de negro y con todo el brazo tatuado le quitara su copa.

—Unas cuatro semanas.

—¿Lo has vuelto a ver?

—Estuve ayer con él. Y a mediados de semana, cuando os dije que tenía que ir al dentista, también —confesé.

—¿Follando? —quiso saber Paula mientras daba un sorbo largo a su recién llegada copa—. Necesito beber para asimilar esto. Qué

mentiroso eres.

Los clientes de la mesa que teníamos detrás se giraron al oír nuestros gritos y, en señal de complicidad, nos lanzaron una carcajada a la que yo respondí con una mirada asesina dirigida a mi amiga. Porque Paula es así, locuaz y gritona; mientras que Nuria es más suya.

Los tres mantuvimos una de nuestras múltiples charlas de fin de semana en las que no nos importa el día que sea, tan solo el contenido de las palabras que lanzamos justo antes de cerrar otro bar en el centro de la ciudad. Siempre hay algún otro bar que cerrar después de haber tomado demasiadas copas de más en una de las múltiples callejuelas de casas de colores y balcones de inspiración neoclásica que hacen que Alicante sea un paisaje para el recuerdo.

Nosotros mentíamos, no por malicia, sino por amor. Mentíamos para proteger lo que teníamos, para preservar su pequeño universo de miradas cómplices y caricias robadas. Mentíamos porque sentíamos que el mundo no estaba listo para entender la profundidad del amor, la intensidad de nuestra pasión. Era demasiado amor; más del que yo estaba preparado para recibir y del que estaba dispuesto a aceptar. Era fecundo y complicado. No todos estaban preparados para entenderlo y por eso lo protegíamos en la intimidad de tu habitación, en la clandestinidad de la noche.

Era un amor que desafiaba las normas y las expectativas, y que no se conformaba con las etiquetas ni con las definiciones convencionales. Se alimentaba de la libertad y la autenticidad que florecía en lo oculto, fuera de las miradas.

Nosotros sabíamos que, si lo exponíamos a la luz del día, se marchitaría bajo el peso de los juicios y las incomprensiones. Había muchas cosas que nos separaban, quizá una vida, pero en aquel momento solo veíamos las que nos unían. Sabíamos que nuestro

amor era un tesoro frágil que debía ser cuidado con delicadeza y respeto, una orquídea a mediados de mayo preparada para perder los pétalos y quedarse enterrada entre su tierra volcánica hasta la primavera siguiente. Por eso lo guardábamos en la clandestinidad, en la intimidad de nuestras miradas y susurros.

Cada encuentro era un acto de resistencia, una afirmación de que nuestro amor era real y valioso, a pesar de las barreras que el mundo nos imponía. Y, aunque mentíamos para protegerlo, las mentiras eran un reflejo de la verdad más profunda: que lo nuestro era demasiado grande para ser contenido por las limitaciones de la realidad.

A medida que pasaban los días, nuestras mentiras se convertían en un lenguaje secreto, un código que solo nosotros entendíamos. Las miradas furtivas y las sonrisas disimuladas eran una promesa de que nuestro amor seguiría floreciendo, a pesar de todo. Nos refugiábamos en la noche, donde las sombras nos ofrecían un manto de protección y las estrellas eran testigos silenciosos de nuestra pasión.

Sabíamos que el mundo no estaba preparado para entender la magnitud de lo que sentíamos. Nuestro amor era un enigma, una fuerza indomable que no podía ser contenida por las expectativas ajenas. Desafiaba las convenciones, rompía las normas establecidas y se nutría de nuestra autenticidad.

En la intimidad de tu habitación, construimos un universo propio, un santuario donde podíamos ser nosotros mismos sin miedo a que nos juzgaran. Allí, en la clandestinidad de la noche, nuestro amor se desplegaba en toda su plenitud, libre de las cadenas de la realidad. Cada caricia, cada susurro era una reafirmación de que nuestro amor era verdadero y eterno. En esos momentos de intimidad, cuando las palabras no eran necesarias, sentía que nuestras almas

se tocaban, que nuestras diferencias se desvanecían y nos convertíamos en uno. En esos instantes comprendía que, a pesar de todo, los dos éramos perfectos para ese juego circular que terminaban siendo nuestros extremos. Como si en aquello que decías que era nuestro, que no debíamos implicar a nadie más, no hubiera maldad. Llegué a creerme que el amor cabía entre aquellas cuatro paredes de tu dormitorio y lejos de los míos. A recelar por proteger.

El secreto añadía un matiz de emoción, un toque de lo prohibido que hacía que cada encuentro fuera más dulce, y cada despedida más amarga. El amor clandestino tenía su propio encanto, una atracción irresistible que nos envolvía, nos consumía, nos definía.

La intensidad desafiaba la lógica con una pasión que ardía más brillante que el sol, pero también con una delicadeza tan frágil como una hoja al viento, tan delicada como una gota de rocío en el pétalo de una flor.

Descubrí que mentir por amor era un acto de valentía, un sacrificio que se hace por el bien del amor. Un precio que los enamorados están dispuestos a pagar, una carga que están dispuestos a soportar. Y al final del día, cuando se caían las máscaras y nos mirábamos a los ojos, creíamos que valía la pena.

Nuestro amor clandestino era un baile delicado, una danza de sombras y luces. Un juego de máscaras y secretos, de verdades a medias y mentiras completas. Pero a pesar de todo, un amor, nuestro amor, que, aunque oculto a los ojos del mundo, brillaba con una luz que costaba apagar. Un amor que vivía entre las sombras y las sobras, entre lo heredado y lo nuevo por estrenar, y que brillaba con una luz propia. Un amor que mentía para protegerse y que se

escondía para sobrevivir. A pesar de todo, era amor. Y eso era lo que realmente importaba.

Importábamos tú y yo, un *nosotros* a tiempo parcial, tan grande y doloroso que costaba dejarlo atrás hasta la próxima vez que nos viéramos.

Recuerdo con total claridad aquella tarde con mis amigas porque fue una de esas veladas de confidencias en las que la sangre alterada por la llegada de la primavera te invita a contar las cosas.

Paula es una de esas personas que, a pesar de tratar de basar su vida en el claro intento de que nada le importe más de la cuenta, es blanda y sensible —diría que incluso más que yo—. Siempre tiene algo que contar porque su vida es impresionante. Si fuera una película, la habría visto mil veces. A veces la envidio, lo digo de verdad: la envidio por completo y en silencio. A pesar de todas las riñas que podamos tener, al final veo en nosotros a dos adultos que siguen conservando en su interior a unos niños cansados de rutinas que solamente tienen ganas de quererse.

Con Nuria es distinto. A ella la envidio por su capacidad de mantener la mente en su sitio, aunque la realidad le reclame otra cosa. Supongo que es lo que tiene ser una mujer de ciencia. Es inteligente y fría, capaz de conseguir lo que quiera si se lo propone de verdad. Racional, muy racional. Las ganas y el instinto de superación que tiene a mí me invitan a seguir adelante. Ella sabe qué hacer y cómo, a pesar de que a veces se distraiga por el camino, como hacemos todos, con la vista puesta en una ventana que da a un patio luces. Nos perdemos, claro, como para no hacerlo, pero la clave es encontrar el camino de vuelta. Creo que por eso somos tan amigos, porque ella es la racionalidad frente a mi tesitura más insensata. Mientras yo busco formas en las nubes, ella mira la realidad: una pared con gotelé.

Aquella tarde fue de las últimas que pasamos los tres juntos en la ciudad, porque en los meses siguientes vinieron todos los demás y se sentaron también alrededor de una mesa que, en definitiva, sustentaba nuestros cimientos. La mesa, testigo mudo de nuestras vidas, parecía salvaguardar en la madera cada uno de nuestros recuerdos.

Los demás, amigos y conocidos, llegaron cada uno con su propia historia, su propio camino. Algunos se quedaron, otros se fueron, pero todos dejaron su huella.

La ciudad cambió, nosotros cambiamos, pero la mesa siempre estuvo allí, firme y constante, recordándonos quiénes éramos y de dónde veníamos. Siempre que veía a mis amigas, había una mesa de por medio, todavía sucede. Somos de bares. No importa dónde estemos o qué hagamos, siempre llevaremos con nosotros los vínculos que construimos alrededor de esa mesa. Y, aunque la vida nos lleve por caminos diferentes, siempre tendremos un lugar al que volver y en el que, por un momento, ser de nuevo aquellos niños que soñaban con conquistar el mundo.

En aquellos meses algo estaba cambiando. Quizá era solo yo —todavía crecía, sobre todo mentalmente, era un río de ideas imparable— o la suma de todo, pero empecé a tener un sentimiento de pertenencia, como si todo estuviera bien. ¿Aquello era estar bien, completo en todos los sentidos? Era como un reflejo, como un ligero destello que yo quería contener entre mis manos, un caftán de verano que se queda gravitando en el aire hasta que cae lentamente sobre las olas del mar. Era como ese ligero movimiento: estar suspendido y flotando en el aire. Eso era lo que sentía, como si aquella primavera palpitante no fuera a terminarse nunca. Una estabilidad caprichosa bajo una nubosidad variable, mariposas en el

estómago, el rugido de un león que está enjaulado, pero no por eso es menos peligroso.

El viento, o su ausencia, seguía jugando con mi vida, y cada vez que parecía que iba a tocar el suelo, una nueva ráfaga me elevaba de nuevo y me mantenía en ese estado de suspensión mágica. Como si el universo mismo conspirara para crear un momento de equilibrio perfecto donde todo parecía posible y nada estaba fuera de nuestro alcance. El arte de flotar: los privilegios de la ingravidez. Como el que puede sentir un cendal flotante de leve bruma. Yo me sentía como el aire que corre entre los dedos y las cuerdas de un arpa de oro. Como la musa que su fotógrafo no deja de fotografiar, pero sin saber por aquel entonces que hasta los fotógrafos se cansan de sus Calíopes.

Recuerdo que la noche que te llamé para vernos, todavía estabas despierto. «Un ratito», escuché al otro lado de mi teléfono, y para cuando quise darme cuenta, mis pantalones *palazzo* color gualda estaban arrugados sobre la alfombrilla de tu coche.

Así, en la quietud de la noche, nos encontramos de nuevo. En el silencio de tu coche, bajo el parpadeo de las luces de la ciudad, nuestras miradas se cruzaron. No hubo palabras, no hacían falta. Los recuerdos de nuestra guerra personal llenaban el espacio entre nosotros, tan palpables como el aire que respirábamos.

Mis pantalones *palazzo* color gualda arrugados sobre la alfombrilla de tu coche, eran un recordatorio silencioso de la urgencia de nuestro encuentro, que, a pesar de todo, había sido inevitable. Porque después de nuestra guerra mundial, aquí no ha quedado nadie. Solo tú y yo, dos supervivientes en un campo de batalla desierto. Dos almas errantes buscando respuestas en los ojos del otro.

En la intimidad de tu coche, bajo el manto de la noche, comprendí algo: que, a pesar de todo, a pesar de la guerra y del dolor, seguía habiendo algo entre nosotros, algo que no podía ser borrado, algo que no podía ser ignorado. Algo que, a mí, quizá, nunca me había pasado con esa intensidad.

Que hay diversos tipos de enamoramiento es una verdad universal de la que nosotros tarde o temprano somos partícipes. Hay tantas formas de entender una relación, sea de la naturaleza que sea, como partícipes en ella. Quizá por eso tú y yo nunca veíamos nada igual. Hay amores y pasiones de la carne que admiten tantas piezas para encajar el puzle que nadie puede llegar a entenderlas a la perfección. Hay un tipo de sexo que va más allá de la carne: el que se queda una vez que el sexo ha terminado. Algo más queda flotando en el ambiente junto al aroma a oxitocina: las sonrisas de complicidad, las gotas de sudor, los cristales empañados, la ropa por el suelo, las respiraciones agitadas y lo que viene a continuación de las caricias.

Yo me perdí. Entre tus idas y mis venidas, me perdí. Porque después de todo, después de nuestra guerra mundial, aquí no ha quedado nadie... Solo tú y yo.

CAPÍTULO 4

CUANDO ME LO CONTASTE

Preparas para ti y para los perros
sashimi *con nuestras entrañas.*

LEIVA

Fue una de las muchas mañanas que amanecí en tu casa. La recuerdo como si nadie me la fuese a arrancar de la memoria. Es de esos recuerdos que se quedan almacenados y, para cuando nos queremos dar cuenta, se han enquistado en lo más profundo de nosotros. Los meses iban pasando, y yo cada vez me sentía más extraño en nuestra indefinición, pero sentía que aquello tenía sentido porque todos los besos que iba dando me sabían a ti.

El sol entraba por la ventana y me daba en el ojo izquierdo, que yo antes de las diez de la mañana rara vez puedo abrir. Solía quedarme hasta que amaneciera en tu cama; una costumbre que me encantaba. Sentía una pata sobre mi estómago y una respiración felina que exhalaba contra mi pierna descubierta. Un poco más allá, tú dormías girado hacia mí.

Me gustaba despertar así los sábados, sin nada que hacer porque el mundo se reducía a aquella habitación. Un *nosotros* personificado. Yo dormía poco y cuando me despertaba, tras varios intentos de dormirme de nuevo, me quedaba allí, quieto. Luego, poco a poco, iba saliendo de debajo del edredón.

Diez pasos separaban mi lado de la cama, junto a una ventana con vistas a una piscina comunitaria, hasta el cuarto de baño. Diez pasos que recorría descalzo sobre la tarima sin hacer ruido. Un, dos, tres... diez. Ya estaba en el baño. Diez pasos en una zancada corta, esquivando el aparador de Ikea que había a los pies de la cama y sorteando los dos pares de zapatos que habíamos dejado por el suelo. Y dos pasos más sobre los azulejos azules, una que vez había entrado en el cuarto de baño. Después solo tenía que deshacer lo andado. Dos, uno: abría la puerta y todo seguía igual en nuestra habitación. La misma ropa por el suelo, los mismos zapatos escampados, tú con la misma postura en la cama y el mismo gato, junto a ti, boca arriba. Diez, nueve, ocho... uno. Y ya estaba otra vez en mi lado de la cama.

Estabas despeinado después de pasar toda la noche entre las sábanas blancas, perfectamente planchadas —todo tan perfecto y bien definido a tu alrededor, menos tú y yo—, y la barba te había crecido un poco desde la noche anterior. Tu respiración pausada hacía que los lóbulos de la nariz se te abrieran y cerraran, y debajo de tus pestañas marrones podía intuir los ojos color miel con destellos marrones, quizá verdosos, que no tardarías en abrir.

Al vecino de arriba se le debió de caer algo al suelo. El ruido inesperado asustó al gato, que, sin motivo alguno, saltó y salió disparado de la habitación. Quizá tenía hambre o solamente miedo. Fíjate, nunca se lo preguntamos. Esa ocasión fue la que yo aproveché para acercarme a ti y sentir cómo tu respiración me recorría desde el cuello hasta la tráquea, se paraba en mis costillas y me envolvía las piernas.

Quería mirar cada detalle para que no se me olvidase nada. El vello, que te brotaba de las axilas, con un pequeño foco en el pecho que llevabas recortado. Y la barriga, que tanto complejo te causaba,

sin que hicieras nada para conseguir aplanarla. Yo tampoco quería, me gustaba así. No era ni grande ni pequeña ni plana o prominente. Era la barriga normal de una persona normal que vive una vida normal y eso, a mí, me volvía loco. Era *tu* barriga. Y *tu* nariz aguileña y enorme, que a mí me encantaba. Con ella me recorrías de arriba abajo, daba igual la hora del día, después de haber caído sobre una superficie blanda. Y yo me reía, porque me hacía cosquillas. Era la nariz con la que te acercabas a mi cuello y me decías que te gustaba mi perfume. Y era la misma nariz con la que me ponías caras cuando algo no te gustaba.

Sabías cómo hacer que me quedara enganchado cada vez que te ibas, en un acto tan absurdo como cierto, con una despedida solo me dejaba de doler cuando volvía a por más.

Luego estaban *tus* manos, fuertes y seguras, que sabían exactamente cómo tocarme para hacerme sentir querido. *Tus* ojos, que me miraban con una intensidad que desnudaba mi alma y me hacían sentir vulnerable y protegido al mismo tiempo. *Tus* labios, que pronunciaban mi nombre de una manera que nadie más podía replicar, llenando el aire con una melodía que solo nosotros entendíamos.

Cuando me iba, porque siempre acaba marchándome, en la soledad de mi habitación repasaba mentalmente cada momento compartido, cada risa, cada susurro. Me aferraba a esos recuerdos como a un salvavidas, con el convencimiento de que pronto volverías a mí. Y cuando lo hacías, todo volvía a cobrar sentido. La espera, la distancia, todo valía la pena gracias a esos instantes en los que éramos solo tú y yo, sin más mundo que el que creábamos juntos.

En realidad, quizá se tratara de algo más letal: un cosmos o una nueva dimensión a años luz en la que entrabas poco a poco, pero a

una velocidad que podía ser mortal. Un agujero negro del que no sabía cómo salir y que me absorbía poco a poco.

Habíamos empezado a hablar de *nosotros* como lo hacen las parejas, pero no lo éramos, aunque no nos acostáramos con nadie más. Éramos algo que no sabíamos definir. No éramos nada, pero a la vez, lo éramos todo. Nos contábamos todo, hablábamos de todo... Tanto fue así que, sin darme cuenta, tus problemas se fueron convirtiendo en los míos. Yo, la verdad, problemas de verdad no tenía, pero los tuyos me afectaban de más. Quería ser tu muleta, tu apoyo, pero no tu saco de boxeo. Muchas cosas me quedaban grandes. Yo te proponía más bien una guerra de almohadas, pero todo terminaba en un entrenamiento de boxeo; yo, como el *sparring* que recibía por todos los lados

Pasé mi dedo por el brazo que habías sacado del edredón. Recorrí varias veces el circuito que tus venas formaban sobre él y sentí que tu mirada me recorría a mí. La noche anterior no habíamos discutido, solo habíamos hecho el amor, y yo, a pesar de tus cambios de humor, tus miedos y tus problemas, quería quererte. Quería abrazar cada parte de ti, incluso aquellas que te hacían vulnerable y a veces difícil de entender. Porque en el fondo, sabía que esos mismos miedos y problemas eran los que te hacían humano.

En esos momentos de intimidad, cuando nuestras almas se encontraban sin barreras, sentía que podía ver más allá de tus inseguridades. En esos instantes me obligaba a entender que el amor verdadero no es solo aceptar las partes fáciles y bonitas, sino también abrazar las sombras y las tormentas. El problema llega cuando la tormenta se vuelve demasiado intensa.

Yo buscaba en ti la dureza y la resiliencia que nunca había necesitado desarrollar, mientras que tú encontrabas en mí una ternura y una inocencia que te habían sido negadas. Había

momentos en los que sentía que te conocía desde siempre, y otros en los que eras un completo desconocido.

Quería ser tu refugio, el lugar donde pudieras ser tú mismo sin miedo a ser juzgado. Quería que supieras que, a pesar de todo, yo estaba allí, dispuesto a caminar a tu lado, a sostenerte cuando lo necesitaras y a celebrar tus victorias, por pequeñas que fueran.

—Buenos días —me dijiste frotándote un ojo.

Te respondí sin decir nada, solo con una sonrisa de complicidad, y tú te acercaste a besarme el labio.

—Espera —te dije—. Que hueles a recién levantado.

—¿Qué dices?

Me incorporé en la cama y empecé a reírme. Me posé frente a ti mientras me enrollaba el edredón entre las piernas para no quedar completamente desnudo.

—Pues que hueles a dormir.

Pusiste cara de asombro y añadiste:

—Y tú.

Y después me tiraste contra el colchón, posando tu mirada sobre la mía. Sentía cómo, a pesar de la barrera que el edredón de color blanco levantaba para separarnos, tu erección iba creciendo junto a la mía. Fuiste bajando poco a poco, sin llegar a besarme, posando tus labios en cada centímetro de mi piel y, cuando llegaste, te la introdujiste en la boca. Yo, estirado en el centro de la cama, arrugué la sábana entre mis puños mientras mi cabeza se inclinaba hacia atrás. Luego mi mano derecha fue a dar con tu cabeza, que acerqué y separé de mi cuerpo con fuerza varias veces seguidas.

—¿Quieres que pare? —me preguntaste con socarronería desde mi pelvis.

Tragué saliva dos veces antes de responder y tras un «no» que se escapó de mi boca muy bajito, te agarré de la nuca y te atraje

contra mi boca. Agarré tu pene con la mano y tu quejido y el mío coincidieron al unísono, envueltos entre las sábanas blancas que tantas veces nos vieron desnudos, exhalando el grito de amor de los que aman sin poder hacerlo, para terminar jadeando sobre el colchón.

Siempre era igual. Yo me quedaba allí tirado, y tú, tras un beso en cualquier lugar que se te antojara, corrías a la ducha. Después salías con la toalla alrededor de la pelvis y el pelo mojado, con alguna gota de agua todavía en el pecho. Me sonreías desde la puerta del baño y yo me incorporaba en la cama.

—¿Quieres un café? — me preguntaste aquel día.

—Claro, me ducho y bajamos.

—Ya no hace falta. He comprado una cafetera —afirmaste con la sonrisa tímida que esbozabas cuando no querías que el otro sintiera que era especial. Con el tiempo descubrí que te salía de forma innata.

Sonreí sin querer.

Tú odiabas el café. Bueno, quizá no tanto, pero nunca lo tomabas. No como yo, que bebía café como un autómata para conseguir escribir cada noche hasta la madrugada.

Las primeras veces, cuando te pedía un café, sacabas uno de esos que, déjame que te diga, ni eso es café ni es nada. Después empezamos a ir al bar de la esquina, donde yo me tomaba mi café y tú bebías zumo con dos tostadas de por medio.

La cafetera se convirtió en un símbolo de nuestra evolución, de los pequeños cambios que se tejían en la cotidianidad de nuestra relación. Era un gesto que decía más de lo que las palabras podían expresar: era tu manera de decirme que, aunque el café no te gustara, mi amor por él era suficiente para hacerte apreciar su aroma cada mañana.

Con cada nuevo amanecer, mientras la máquina susurraba y goteaba, creando la sinfonía perfecta para comenzar el día, me recordabas que el amor es también adaptación, aprender a abrazar las manías del otro como si fueran propias. Y así, entre sorbos de café y bocados de tostada, construíamos algo más que rutina: complicidad.

—¿Me lo vas a preparar tú? —te pregunté mientras intentaba salir de debajo del edredón.

—No sabes lo que dices... ¿Seguro que quieres un *aguachirri* de los míos?

Arrugué la nariz, a lo que tú respondiste con una carcajada y ciñéndote los chinos de color beis mientras tratabas de meterte la camiseta blanca, sin una arruga, por dentro.

Te acercaste a la cama a ponerte las zapatillas blancas que llevabas a menudo, y yo tiré de ti para que tu boca coincidiese con la mía. Descendí con mi lengua hasta dar con tu oreja, y después caminé por tu cuello mientras tiraba para quitarte la camiseta.

—Luis, que me acabo de vestir —me dijiste apartándome entre risas a un lado.

Yo me reí y me tiré sobre la almohada, boca abajo.

—Va —me gritaste desde el espejo mientras te recolocabas el pantalón y te metías se nuevo la camiseta por dentro—. En diez minutos, duchado y vestido —ordenaste dándome una palmadita en el cachete izquierdo—. Que nos vamos.

Cuando salí de la ducha, con mi jersey de cuello Perkins blanco y mis vaqueros anchos, te vi junto a la mesa del comedor con una camisa de rayas abierta y un desayuno hecho por ti que devoramos entre los dos. Me observabas con esa mirada que tanto me gustaba, de esas que, si fuese una golosina, no habría insulina suficiente para la diabetes. Porque a mí se me disparaba la sangre con solo verte y,

aunque se me picara la muela, quería seguir comiendo durante mucho tiempo más del pastel de tu boca.

Eso era lo que eras tú: una golosina sin cepillo de dientes que pudiera quitarme el azúcar después.

—Nos vamos —me dijiste tirando de mi mano mientras me tragaba el último trozo de la tostada que me habías preparado.

Me llevaste por el pasillo a toda prisa y, cuando llegamos al perchero, me tiraste mi abrigo negro largo encima para que me lo pusiera.

—Es un secreto —respondiste ya desde el rellano.

—Si lo adivino, hoy también me quedo a dormir.

—Por si no lo adivinas, nos vamos a la playa —añadiste.

Dentro del ascensor se me escapó una carcajada que ahogaste con un beso mientras intentábamos llegar al sótano a por el coche, pero veía que tan solo llegábamos al de nuestros corazones. Todo iba deprisa, acelerado. Como debe ser el amor. No podemos encerrarlo en horarios ni agendas que saldrían disparados por los cielos. Con cada planta que descendíamos, sentía cómo la gravedad de la realidad intentaba arrastrarnos hacia abajo, pero en nuestros corazones, estábamos volando.

Al llegar al sótano, el mundo se detuvo por un momento. Allí, entre sombras y ecos de pasos lejanos, comprendí que lo que teníamos era un amor sin ataduras que no necesitaba promesas eternas ni votos solemnes. Era un amor que vivía en el aquí y ahora, intenso y efímero como el brillo de una estrella fugaz.

Aunque sabía que el tiempo y la distancia podrían poner a prueba lo nuestro, en ese instante, mientras tus labios sellaban los míos, supe que cada segundo valía la pena. Quizá por entonces ya éramos dos kamikazes enamorados, a pesar de que ninguno de los dos fuéramos de llamar a las cosas por su nombre. Yo solo sé que a mí

el roce de las yemas de mis dedos en tu pelo de trigal me producía una sonrisa que se te contagiaba. Quizá eso era la alegría de vivir.

Me gustaba verte conducir, tan serio y prudente con la mirada perdida sobre el asfalto, mientras yo memorizaba cada detalle de tu presencia para poder contarlo después. Los silencios entre ambos eran cómodos, a pesar de que nunca sé quedarme callado y me estresa más de la cuenta que al final se convierta en algo incómodo.

—Me han aceptado —me dijiste rompiendo el silencio.

El sol primaveral me daba en el brazo, que había apoyado sobre el hueco que dejaba la ventanilla bajada. Me giré hacia ti. No sabía qué querías decirme. Se me debió de notar porque rápidamente me lo aclaraste:

— ¿Te acuerdas del programa al que me inscribí?

Algo me habías comentado.

— ¿La beca para ir a dar clases a Estados Unidos?

—Sí —me respondiste con una felicidad pura que te salía de lo más profundo—. Me han aceptado.

¿Alguna vez te ha pasado que un huracán destroza lentamente todo lo que tenías planeado y tú tienes que fingir una falsa felicidad con una sonrisa que no eres capaz de mostrar? En ese momento yo no tenía ningunas ganas de fingir que la noticia que tanta ilusión provocaba en ti a mí me destrozaba por dentro.

—Enhorabuena —musité con una falsa felicidad que nacía de lo más hondo del miedo y la soledad que ya empezaba a intuir.

La noticia de tu logro cayó sobre mí como una hoja de otoño, ligera y silenciosa, pero presagiando el cambio inevitable. «Enhorabuena», repetí, intentando que las palabras sonaran sinceras, pero cada sílaba era un eco de la tormenta que se gestaba en mi interior.

Tu sonrisa, amplia y luminosa, no veía la tempestad que se avecinaba, no veía cómo los cimientos de nuestro futuro juntos se agrietaban con tu partida. «Es una oportunidad increíble», dijiste, y yo asentí, porque lo era. Para ti.

Pero en mi mente las preguntas se arremolinaban como hojas en un vórtice: ¿cómo serían los días sin tu risa llenando los rincones de tu casa? ¿Cómo serían las noches sin tu calor a mi lado? ¿Cómo podría ser yo sin ti? Me había dejado absorber. Y la mayor incógnita: ¿dónde quedaba yo en aquella ecuación?

—¿Cuándo te vas? —pregunté, temiendo la respuesta.

—Pronto —dijiste, y esa palabra, tan breve y tan cargada de significado, fue el viento que empezó a dispersar lo que una vez pensamos que era indestructible. Pronto. Demasiado pronto.

A pesar de que una parte de mí quería gritar, decirte que no te fueras, que no me dejaras, la otra parte, la que te amaba más allá de mi propio deseo de tenerte cerca, se mantuvo en silencio. El amor también es libertad, y yo no sería quien te cohibiera. No sabía qué me iba a deparar mi historia, así que no te podía pedir nada.

Me miraste fijamente. Me acuerdo bien porque tuve que girar la cabeza hacia la ventanilla para que tu mirada no me provocara una lágrima.

Es curioso como buscando nada en ningún lado, tú me habías tendido la mano, y yo, sin apenas darme cuenta, me había encadenado a tus brazos. Una historia que empezó siendo tan libre se estaba convirtiendo en todo lo contrario. Yo, colgado en tus caderas, me había quedado a un lado, vencido por mi propia guerra. Perdido. Así me sentía después de esa noticia. Sin saber si podía seguir colgado o ya iba siendo hora de bajar.

Aquel día luminoso en el que el sol todavía no calentaba más de la cuenta, me llevaste a comer a aquel chiringuito situado en una cala

de casitas blancas, tan cerca de Alicante y que a la vez parecía tan lejano. Estaba a punto de dar el trago más amargo.

—¿Estas bien?

Me lo preguntaste con sinceridad, mientras le dabas un trago a una cerveza que rezumaba frío por la escarcha que se había formado en la parte de debajo de la copa. Te miré con frialdad, intentando por una vez ser el duro, el fuerte, el que no llora.

—No quiero seguir quedando contigo —confesé con un nudo en la garganta—. Quiero irme a mi casa. Lo siento.

Aquella vez fue la primera ver que pedí perdón sin saber por qué lo hacía. Era un autómata del perdón, culpable por pensar en mí y un egoísta por no querer acompañarte en tu decisión. Era muchas cosas, me castigaba por todas ellas mientras me mirabas, detrás de tus gafas de sol, esperando que dijera algo más, que estuviera gastando una broma.

Nadie volvió a decir nada aquel día que, a pesar de ser soleado, a mí me parecía que anunciaba una tormenta en la que nosotros éramos el epicentro.

La confesión colgaba suspendida en el aire, un susurro final que ninguno de los dos quería escuchar. La cerveza, antes símbolo de momentos relajados y charlas interminables, ahora parecía un recordatorio amargo de lo que se estaba desvaneciendo entre nosotros.

El silencio que siguió fue ensordecedor, un vacío lleno de palabras no dichas y sentimientos no expresados. El sol brillaba con indiferencia afuera, ajeno a la tormenta de emociones y realidades inminentes que se estaba gestando en nuestro interior.

Nos levantamos de la mesa con movimientos rígidos y mecánicos, como si fuéramos marionetas controladas por hilos de

desesperación. Al abandonar el chiringuito, el contraste entre la luz del día y la oscuridad de nuestro adiós era casi irónico.

Mi intención era llamar a un taxi, pero tú me dijiste con la voz entrecortada y sin entender bien qué estaba pasando:

—Me gustaría dejarte en tu casa.

Negué con la cabeza.

Le dije al taxista que me dejara a medio camino de mi casa porque el nudo en el estómago no me dejaba respirar. A cada paso iba resonando el eco del «lo siento»; cada latido de mi corazón, un recordatorio del amor que aún vivía, pero que ahora tenía que dejar atrás. A veces el amor no es suficiente para superar las tormentas que se forman, y lo único que nos queda es caminar directamente hacia ellas, con la esperanza de encontrar la calma cuando hayan pasado. «Tengo que hacerlo por mí. Se me está cayendo todo alrededor. No me puedo quedar aquí» era lo que se repetía en mi mente una y otra vez. Tus palabras, como dardos, me dolían.

En realidad, el primer amor que yo tenía que proteger era el mío propio, pero esa prioridad se me había olvidado por completo entre tus sábanas.

CAPÍTULO 5

CUANDO NOS QUITAMOS LAS CORAZAS

Solo el amor puede curar las heridas del pasado.

BELL HOOKS

—Que sí que vienes —me gritaba mi amiga Paula desde el otro lado de la mesa.

Yo negaba con la cabeza mientras posaba la mirada en los adoquines de la calle para evitar el contacto visual y que me llevara a la fiesta a la que me quería arrastrar. Era sábado. Un sábado más en el que, envueltos en satenes, nos queríamos entregar al mundo. Era una fiesta más, en un *pub* que iban a inaugurar cerca del puerto y para la que ni siquiera teníamos invitación.

—No pienso ir —añadí cortante.

—Pero ¿qué más te da? —me animó ella dándome un manotazo en el brazo.

—Si lo de este es una putada —comentó Raquel desde su asiento mientras daba un sorbo largo a su tinto de verano—. Pero él se va y tú te quedas aquí. Joder, que le den por culo. Tú mismo decías que al principio era frío. Siempre te lo digo: no es tu trabajo arreglar el mundo.

Mi amiga Raquel es así, rubísima y guapa, de soluciones rápidas, aunque yo sé que lo piensa todo mucho más de lo que admite.

Siempre ha sido el tipo de persona que ilumina una habitación con su sola presencia. Su cabello dorado no es solo un reflejo de su apariencia, sino también de su mente aguda y brillante. A menudo la gente se deja engañar por su capacidad para ofrecer respuestas rápidas, pensando que son impulsivas, pero la realidad es que cada palabra y cada acción están cuidadosamente consideradas. En la vida es como un ajedrecista, anticipa movimientos y consecuencias con una precisión que nos deja a todos asombrados. Supongo que por eso es psicóloga.

—Pero tendrían que hablarlo.

Esa última fue la aportación de Nuria. Las otras tres asintieron con la cabeza mientras yo las sobrevolaba con la mirada perdida.

Llevaba dos semanas esquivándote y tu presencia en mi vida cada vez era menor. Lo que al principio pensé que no me costaría, se estaba convirtiendo en un desfiladero de las Termópilas personal. Solo pensaba en nosotros, en lo que mi cabeza había construido para nosotros.

Me habías llamado varias veces, habías dejado un lastre de mensajes en mi teléfono que no pensaba contestar, e incluso habías vuelto al chat de Instagram primitivo que había propiciado que llegáramos el uno al otro.

Yo quería hablarte, preguntarte cómo te iba y que volviéramos a vernos, pero me dolía que mi felicidad no coincidiese con la tuya. Para mí, cada noticia internacional se convertía en un nudo en el estómago que se volvía ácido al pasar por la tráquea. Me enfadaba no poderme alegrar por algo que tanta ilusión te hacía y con lo que sentía que estabas volviendo a soñar. Nuestros intereses, si seguíamos juntos, chocaban con los tuyos, y yo lo sabía. No debía retenerte. Yo estaba terminando mi primer proyecto literario y pasaba poco por la ciudad. Todo eran reuniones, trenes y últimos

retoques. A veces la literatura consiste en encerrarte y sacar adelante lo que tienes en mente. Llevábamos semanas sin vernos.

Siempre me ha molestado la valentía que nos dan a los seres humanos dos copas de más. Como era de esperar, ese día salí con mis amigas. Me arrastraron, secuestraron y casi vistieron, pero la conclusión es que salí.

—Hola —dije tímidamente cuando te sentí al otro lado del teléfono.

Sentía tu presencia. Eran las tres de la madrugada y seguramente te acaba de despertar de un sueño profundo, pero no podía dejar que mi alarde de valentía pasajera se esfumara.

—¿Estás bien? — me preguntaste agitado.

—Sí —afirmé con la voz zozobrante—. Tenemos que hablar...

Y con esa frase volví a ti. Si es que en algún momento me fui.

Aquel día te saqué de la cama, ¿recuerdas? Lo hice porque soy caprichoso, egoísta y actúo con la sangre caliente. Para cuando me quise dar cuenta, tu silueta se iba acercando a mí por una zona medio en penumbra que se forma en el puerto cuando la gente ya ha encontrado su sitio y el flujo de personas ha disminuido.

Te acercaste tímido, como el primer día. Te vi levantar la mano lentamente, como si me la quisieras dar, y yo me apresuré a darte dos besos. Después me quedé abrazado a tu sudadera gris marengo mientras en mi espalda sentía que tus manos pasaban de estar flojas a apretarme ligeramente.

—Lo siento —te susurré al oído mientras tu oreja fría rozaba mis labios calientes y un poco cortados.

Nunca me hubiera imaginado que aquel «lo siento» sería el preludio de todos los que me quedaban por decir. De que el

sentimiento de culpa solo iba a crecer entre tus demandas y mis miedos, tus abusos de poder y mis silencios.

Poco a poco nos fuimos separando. Tenías la nariz roja por el frío que aún hace por la noche en Alicante a finales de mayo, por haber llegar corriendo, por salir de las sábanas calientes y destemplarte. Te metí las manos en los bolsillos de mi gabardina de entretiempo. No calentaba mucho, pero así te sentía cerca.

—¿Te apetece dar un paseo? —me preguntaste con una mirada clavada en la mía.

Asentí. Claro que quería.

Estuvimos un rato andando sin hablar. Caminábamos uno junto al otro. Sentía tu mano izquierda en mi bolsillo; la otra la habías guardado en el de tu pantalón. Mientras tanto, me mordía la uña intentando aparentar una serenidad inexistente.

Te miraba de reojo y, cuando sentía tu vista clavada en mí, desviaba la mirada hacia otro lado. Sentía que, si empezaba a mirarte, ya todo sería imparable. Porque lo que empezó con un: «¿Y si nos vemos el viernes?» se estaba convirtiendo en un: «Si quieres, puedes quedarte toda la vida».

—Oye —me llamaste mientras te quedabas quieto en medio de la acera con el mar de fondo reventando contra el espigón más cercano—. ¿Y si pasamos de todo, vienes a casa, te quedas un rato y esperamos a que llegue el domingo? —me preguntaste con la voz temblorosa, moviendo las manos con nerviosismo—. Has hecho que no me conforme con nada desde que te conocí. He pensado mucho estas semanas.

Yo respiré hondo mientras miraba el infinito de la noche proyectado sobre el mar. Cerré los ojos y añadí:

—Yo por ti me voy de aquí antes de que amanezca.

—Pues vámonos a casa —dijiste ofreciéndome tu mano derecha.

Lo pensé unos segundos antes de volver a aferrarme a ella, pero no pude evitarlo. Te cogí de la mano y luego me enganché a tu espalda. Tú hiciste lo mismo con mi cintura. Cuando fuimos conscientes, habíamos cruzado todo el paseo hasta llegar al aparcamiento en el que habías dejado tu coche. Nos detuvimos allí con la respiración entrecortada por la emoción del momento. La luna brillaba alto en el cielo, bañándolo todo con una luz plateada que parecía envolvernos en un hechizo. Al mirarte a los ojos, supe que no había vuelta atrás; lo que sentíamos era real y poderoso. Con un gesto suave, abriste la puerta del pasajero, y yo me deslicé dentro del coche con una sonrisa tímida. Antes de que arrancaras el motor, nuestras manos se encontraron de nuevo, entrelazadas, listas para afrontar juntos el camino que nos esperaba. Luego, con una mirada de complicidad, me preguntaste:

—¿Nos vamos?

Asentí sin dudarlo, aunque creo que me mordí el labio como suelo hacerlo cuando una situación se me escapa de las manos y no la puedo controlar como quisiera. Es inevitable. Me gusta tenerlo todo bajo control, aunque trate de aparentar una falsa parsimonia en el día a día como abanderado del *sudamelotodismo* que me gusta autoproclamar. Pero la verdad es que no, no es así. Soy estrés, ansiedad y miedos. Sobre todo, estos últimos.

Yo tengo muchos miedos, tantos que podría haber acabado llorando aquella noche, cuando decidí explicártelos.

Mi mayor pesadilla es, sin duda alguna, volver a despertarme con ocho años y tener que volver al colegio a compartir pupitre, material y aire con gente retrógrada que no me quería. A comer en la misma mesa que aquellos que me sonreían a la cara y me juzgaban cuando

se daban la vuelta. A enviar mensajes que jamás tenían respuesta porque no querían salir conmigo. A sentir que vuelvo a sobrar en sus vidas, que si ese día no salgo, mejor; que no soy su amigo.

Recuerdo que aquellas a las que consideraba «amigas» durante los últimos años de la primaria y los primeros de secundaria me hicieron sentir inseguro. Eran tres, cuatro o cinco, dependiendo de la ocasión. Cuando estaba yo, éramos seis, pero a mí jamás me consideraron de su equipo.

Un día, antes de que ese rechazo hacia mí fuese una realidad, fuimos corriendo a escondernos en el baño de las niñas. Una profesora —que también era una bestia— nos encontró allí dentro. No tengo palabras para definir las que salieron de su boca. Era puro odio, tanto el que rezumó de sus poros, que jamás volví a entrar a aquel baño...

Cuando empezaron a dejarme de lado, decidieron esconderse en el baño de las niñas durante todo el recreo. Se quedaban allí, esperando a que me cansase y me fuese. Pero yo, como un tonto, como un niño que necesita el cariño de otros, esperaba.

Pasé tantos recreos solo...

Allí, con la espalda apoyada en la pared, comiendo el bocadillo de pan del día anterior que se me hacía bola entre el nudo amargo de lágrimas que tenía en la garganta. ¿Por qué me hacían eso? En más de una ocasión los veinte minutos de recreo terminaron, y yo seguía allí, esperando, escondiéndome si veía que algún profesor iba al baño de los chicos para que no me mandara al patio, porque para mí aquello era una barra libre de salvajes. Una selva amazónica en la que el león podía comerse al pajarito en tan solo un abrir y cerrar de ojos. Mientras tanto, los profesores, quizá las aves rapaces de mi historia, miraban desde el cielo lo que sucedía, pero no decían nada.

Se limitaban a promulgar falsas doctrinas de igualdad que eran incapaces de aplicar.

Estuve con aquel «grupo» hasta bien entrados los dieciséis años. Siempre pasaba lo mismo. Cada año, cada verano, todo era igual.

Me veían entre semana porque no tenían otra opción, pero cuando llegaba el sábado, desaparecían. Si había algo para hacer, a mí no me avisaban. Qué-vergüenza-llegar-con-el-maricón-de-turno. En los veranos de mi adolescencia, que los adultos recuerdan como «el verano que vivimos», yo solo puedo ver soledad, encierro en mi casa y libros, muchos libros.

La literatura me salvó, puede que por ello yo escriba, para salvar a los demás. Para volver a salvarme a mí. Hay quienes se empeñan en negar que gais, lesbianas, personas bisexuales, trans, no binarias o cualquier tipo de diversidad identitaria hayamos sufrido mucho durante nuestro desarrollo. Pero eso es negar la evidencia. Sería como negar que un eclipse puede oscurecerlo todo, o que a veces los terremotos pueden causar un tsunami si tenemos la mala suerte de que su epicentro se sitúe en el mar.

Durante los meses de verano, si conseguía salir unas o dos veces, ya me podía sentir todo un afortunado. No sabía nada de ellas. Jamás hubo mensajes, ni siquiera el tipo de preguntas que se hacen por compromiso. Nada. Siempre era yo el que les hablaba primero, siempre para lo mismo:

—¿Vais a hacer algo hoy? —preguntaba yo tras haber abierto el chat.

—No.

Solo eso. En todo el verano. Solo negativas. Luego me las encontraba paseando por la calle, todas juntas. Y yo me hacía pequeñito ante las preguntas de mi familia...

Un día las vi en la misma acera por la que andaba yo. Había cierta distancia, pero no suficiente para que no me hubieran visto. Fueron rápidas, se dieron la vuelta y cambiaron de dirección. Me sentí tan mal que aquella tarde, la tarde en que ganaba un premio, se convirtió en una pesadilla.

Cada vez me comportaba más como un ermitaño. Solo suplicaba volver al invierno porque, por lo menos por obligación, accedían a venir conmigo, el maricón, a clase.

Con dieciséis años exploté. La catarsis de la explosión alcanzó lugares que no debía, y dije cosas de las que me arrepiento, pero no pude más. Exploté ante el odio, la soledad y el dolor. Me vacié, a pesar de que eso supuso una soledad más que obligada que ya existía, pero que yo me negaba a ver. No quería aceptar que esas personas me estuviesen puenteando, me resultaba imposible asumirlo. Y cuando lo acepté, los grupos llevaban tanto tiempo formados que me quedé solo.

En soledad había reflexionado y en soledad seguí reflexionando un tiempo, hasta que aparecieron mis amigas en mi vida. Mis amigas, las de verdad, las auténticas, no las que me ignoraban.

Mis amigas son mi verdadera historia de amor. Mi detonante para que terminara salvándome. ¿Podré poner yo el punto final para que la salvación sea posible? ¿Podré, al fin, perdonarme con mi verdad? ¿Podré gritar al cielo que quiero, al fin, sin miedo?

No pienso dejar que nadie más me repudie, puentee o ignore por mi condición sexual.

Porque yo sí que puedo contarlo ahora que he encontrado mi voz a través de la escritura. Pero no olvido que hubo un largo tiempo durante el que yo también estuve mudo ante el acoso y la homofobia.

Hace unos meses fui a ver una actuación teatral en el centro de mi ciudad. Me invitó una amiga. Siempre me llama a mí para ir a esos sitios. Siempre vamos los dos solos; es algo nuestro.

Yo creo que me llama porque sabe que para mí la cultura es como respirar, y donde otros ven algo aburrido, yo veo el disfrute y el entretenimiento, la salvación posible a cualquier mal. Puede que sepa que la cultura me salvó la primera vez que caí e intente salvarme con ella ahora.

La última actuación que vimos trataba sobre la necesidad de abolir el género. Dos mujeres se subieron al escenario con un culo de macaco rojizo pegado en el trasero y dijeron que, si desde pequeños nos hubieran catalogado por nuestro trasero, no habría hombres ni mujeres, tan solo habría culos.

Al principio me pareció una gran tontería, pero con el tiempo he encontrado la respuesta al misterio. No habría ni hombres ni mujeres. Tampoco habría homosexualidad, bisexualidad, transexualidad ni género fluido. No habría nada, solo culos. Culos y personas deambularían por el mundo. No existirían colores socialmente femeninos ni masculinos, al igual que tampoco deberíamos estar demostrando, durante toda la vida, una masculinidad o feminidad que, al final, se desploman con el roce de una pluma.

Si al desaparecer el género nos definiésemos como culo, se esfumarían muchas preguntas ridículas de nuestro día a día. Nadie tendría que *salir del armario* ni dar explicaciones por vestir con ropa *femenina* o *masculina*. Lo unisex nos invadiría y solo habría personas vistiendo ropa, sin apellido de género. Ningún otro niño tendría que soportar a personas retrógradas preguntando lo mismo cada vez que me veían porque no tenían nada en común conmigo, porque me

veían el eterno rarito de la familia. No lo decían, pero lo pensaban. Yo lo sabía.

No me importó jamás lo que pensaran, sabía que mi verdadera familia me quería como era. Con mis muñecas, mis catarsis de color y mi afición a actividades socialmente *femeninas*, como la moda o el estilismo.

Hace tiempo que eché a esas personas de mi vida, rompí los lazos de sangre que me ataban a ellos y decidí seguir adelante. Desde aquel momento decidí que me daba igual si pensaban que era maricón o lo que les viniese en gana. Me daba igual. En ese momento empecé a mirar por mí.

Era o yo o todos ellos. Fui egoísta. Aposté por mí y por los míos. Aposté por mi equipo, ante el que jamás tuve que definirme para formar parte. Ni hombre ni mujer. Ni pene ni vagina. Mi *assgang*.

Todavía puedo ver a aquella bestia con papada sorbiendo la sopa de fideos mientras dice a la otra bestia que le traiga la sal, porque están dulces. No como petición, sino como una obligación que le viene dada por ser la hembra de su camada de bestias. Ella acata. Sus dos cachorros, dos pequeñas bestias ya crecidas, callan y sorben de sus platos, cada uno en su lado de la mesa del comedor.

Escribe, cuenta tu historia. Lo único que me interesa es sacar todo lo que llevo dentro para conseguir resurgir de mis cenizas. Como el ave fénix. Siempre me ha encantado su historia, quizá porque en ella veo la mía o porque en sus cenizas veo las que necesitan mis contemporáneos para renacer. Las mismas que necesito yo.

En la mitología griega, el fénix es un ave de larga vida que se regenera con las cenizas de su predecesor. Según algunas fuentes, esta ave mitológica muere en un espectáculo de llamas y combustión, aunque hay otras fuentes que afirman que el legendario animal fallece y simplemente se descompone antes de nacer de

nuevo. En la vida real, contemporánea y moderna que vivimos nosotros, los fénix somos aquellos que, a pesar de haber vivido el abuso y el odio, resurgimos de nuestros miedos para seguir adelante.

Yo no soy una de estas aves.

No lo soy todavía.

Aspiro a convertirme en uno, pero sin desprender fuego. Como mis contemporáneos, los que han renacido tras el odio, el abuso y los miedos. Mi salvación solo es posible si sigo escribiendo. Solo podré desprenderme de mi pasado, del dolor y del odio si lo exteriorizo. Tengo que hacerlo, se lo debo a los que vendrán. Tengo que matar al basilisco, vencer a mi pasado y así resurgir de las cenizas en el presente. Así habrá un futuro posible. Así podré renacer.

Los fénix son como las nínfulas de Nabokov, los puedes identificar cuando caminas por la calle. No todo el mundo sabe verlos, para ello debes emprender un viaje personal. Yo los veo, paseando por todos lados. Tienen un destello de color naranja, supongo que son los resquicios del fuego. Ya no lo exteriorizan, lo tienen dentro y, como un volcán que entra en erupción, a veces nos dejan ver que está ahí. Los veo, claro que los veo, los envidio. Son mis nínfulas personales, pero mis sentimientos hacia ellos no son como los de Humbert Humbert hacia sus niñas. Claro que no. Envidio a aquellos y aquellas que ya han conseguido renacer. Ahora me toca a mí.

Es increíble verlos. Aconsejaría a cualquiera que los busque. A ti no te hace falta, siempre he pensado que lo eres. Quizá por eso me sentía tan seguro contigo.

Para ver a los fénix debes haber emprendido un viaje personal hacia tus adentros. Primero debes viajar a tus cimientos, al fondo de tu tierra, para así conseguir sacar al exterior tu magma.

Yo todavía estoy buscando a mi gallo, ese que con su canto me ayude a matar a mi basilisco antes de que su veneno se extienda por todo mi organismo. Tengo que sacar el odio de mi cabeza, y después podré hacer que el gallo cante. Ahora no tiene voz, es como yo, todavía está silenciado. ¿Me esperas?

Me acuerdo del día en el que decidí que sería artista. No sabía ni cómo ni dónde ni en qué campo quería desarrollar mi trabajo. La escritura me encontró mucho después. Aquel día llegué al instituto y se lo conté a las cinco chicas que jamás dejaron que perteneciese a su equipo.

Una de ellas se rio de mí con tantas ganas que me sentí ridículo y decidí que no sería artista, no delante de ellas. Después me dijo que para ser artista había que ser gay, si es que era eso lo que les quería contar.

Claro que era maricón, pero en ese momento no estaba preparado para contarlo. Tenía quince años y para mí era un mundo definirme. Tenía miedo a que me juzgaran, a que me dejaran de lado y terminar comiéndome el bocadillo de pan del día anterior solo. No podía pasar eso. ¿Cómo iba a contar que era homosexual si ya me habían juzgado solo por decir que quería ser artista?

Esas personas nunca me quisieron.

Ahora, con la perspectiva de la edad y la experiencia que me han dado los años, me da igual. No me importa que no me quisieran, que me juzgaran o me llamaran maricón cuando no estaba.

Mi *assgang* me quiere como soy. No tengo que fingir ni contar mentiras, pero sé que no todo el mundo tiene mi suerte. No todos tienen unos amigos de oro y una familia que los quiere y respeta. Conozco a mucha gente que no puede hablar en casa de sus sentimientos, que se ven completamente silenciados cuando se trata de hablar de ellos. No pueden definirse como son ni expresar su

amor ni en casa ni cuando salen de ella, porque viven en un entorno retrógrado y podrido por el odio.

Ese no ha sido mi caso, pero tengo que hablar. Los míos nunca bajan los brazos, saltan cuando yo salto y me han dejado claro muchas veces que van a estar a mi lado tanto si me hago un tres como si me escondo un as de la baraja.

Algunos dirán que no entienden por qué. Que lo he tenido todo. Y es verdad. Tengo un entorno ejemplar, pero mi pasado me persigue. Yo no nací con mi *assgang* bajo el brazo. Lo he tenido que construir y durante el camino me he equivocado de integrantes en muchas ocasiones.

Una vez creí que ese equipo estaría compuesto por cinco chicas —a una la rescaté de otro grupo; era el claro ejemplo del lobo de caperucita, vestía de abuela hasta que conseguí verle los colmillos—. Tenía dieciséis años, me acababa de separar de las chicas de antes y encontré un nuevo grupo.

Eran majas, pero pronto me di cuenta de que eran algo así como la luna, con múltiples caras, cada una adaptada para cada momento. Eran personas persuasivas, te convencían de aquello que ellas veían como lo mejor, y yo, que por aquel entonces no tenía una personalidad de hierro —y sigo sin tenerla—, me dejaba arrastrar por las bestias de mi adolescencia.

Eran las segundas. Primero fueron unas, ahora llegaban otras. ¿Cómo no me di cuenta?

Mi amiga —una de las auténticas de las que ya os he hablado—, me advirtió. Para mí eran ángeles, para ella, caídos. El tiempo me demostró que mi amiga, una vez más, tenía razón. Me da mucha rabia dársela, siempre quiero tenerla yo, pero cuando mi amiga habla, tengo que aprender a escucharla. Quizá sea algo que me suceda cuando renazca de mis cenizas.

Acabé sintiéndome tan solo en aquel grupo, tan asediado y aburrido de las mismas situaciones, que terminé encerrándome en mi interior y en mi casa. Cuando estaba delante, siempre decían lo mismo: que si tenía que controlar mi pluma —con imitaciones que me hacían sentirme profundamente ridículo—, que debía acudir a su llamada cuando me necesitaban, y así consiguieron que mi grupo se volviese a reducir únicamente a ellas. Si veían que quedaba con mi amiga, una de las pocas que conservo de esa época, eran capaces de no hablarme durante días hasta que me disculpaba varias veces. Hasta el punto de que decidí dejar de ver a mi amiga. Jamás le pediré perdón por ello las veces suficientes.

Esa situación fue otro detonante para que, a finales de aquel año, con dieciséis, explotase y los trozos salieran despedidos en todas las direcciones. Ellas incluidas, que primero actuaron como víctimas y luego como las bestias que eran.

Me evitaron, me expulsaron y silenciaron.

Me quedé completamente solo.

Se encargaron de ello. Propagaron su versión a los cuatro vientos, se mofaron y seguramente se burlaron de mí y de las cosas que les conté en la intimidad.

Hasta que apareció mi *assgang*.

Ellos me sacaron a flote. Soy gracias a ellos y a los nuevos que se nos siguen uniendo. Si les hablase de mi búsqueda del gallo cantarín y de mi viaje interior para convertirme en mi propio fénix, querrían acompañarme. Pero eso es algo que debo hacer yo solo.

Debo recorrerme solo.

Y para ello, solo tengo una manera: contando.

Contar es una manera de recorrerme, lo ha sido desde que agarré un teclado por primera vez a los dieciséis años.

Cuando todo empezó, yo contaba historias de otros. Pensaba que metiéndome en la piel de mis protagonistas podría liberarme de la angustia que recorría la mía en el momento en el que exploté. Ahora sé de sobra que ese fue mi detonante para escribir. Pero ya no necesito escribir para evaporarme, ahora lo hago para reencontrarme a través de la escritura.

Puede que no lo consiga nunca.

Puede que sea en un par de días, quizá en años.

Yo solo tengo que seguir escribiendo y contándotelo, porque compartiendo mi interior conseguiré cuidar mi exterior.

Recuerdo muy bien la primera vez que quedé con un chico. Mis amigas y yo lo llamábamos el Chico de los Mensajes porque hablamos durante meses y ninguno daba el paso. Por eso al principio pensé que contigo terminaría siendo igual. Qué equivocado estaba.

Quería verlo, dejar de una vez los píxeles de la pantalla a un lado y que nos encontráramos cara a cara. Me daba miedo, pero accedí. ¿Qué podía hacer?

Era un viernes de finales de septiembre, la noche iba ganando paso al día y el viento traía consigo el frescor húmedo de principios de otoño. Apareció en la puerta de mi casa con su coche cinco minutos antes de la hora acordada. Yo también salí cinco minutos antes, con las uñas mordisqueadas y el corazón palpitando como cuando tenía un examen de flauta en mi niñez y los primeros años de adolescencia. No me malinterpretéis, no tengo nada en contra de las flautas ni de la música. ¡Me encanta! Vivo pegado a un auricular. Suena típico, pero a mí lo que me amargaron las clases de música fueron las profesoras que me tocaron.

Durante todos los años de primaria, siempre fue la misma. Nunca se me dio bien la flauta, eso debo confesarlo antes de nada. Nunca conseguí mantener la calma cuando la tocaba en un examen o pensaba quién me podría estar escuchando. En clase nunca practicábamos y los exámenes nos venían por sorpresa. Fueron demasiados patios allí dentro, entre cuatro paredes llenas de xilófonos, panderetas y maracas a las que se les salía el arroz.

Todavía tengo metida la letra de la canción que repetimos mil y una veces porque no nos salía. No he vuelto a ver jamás la película *Grease*. La aborrecí.

I got chills, they're multiplying
And I'm losing control
'Cause the power you're supplying
It's electrifying.

«No os ha salido, repetimos», repetía la profesora incansablemente, hasta que sonaba la sirena que anunciaba el fin del recreo.

Después llegó la ESO. Para colmo, durante el primer año me desvincularon de lo poco que sabía de música, y mi habilidad para tocar la flauta —ya inexistente— se desvaneció. Todo estaba planeado para que, al llegar a segundo de la ESO, volvieses a mover los dedos con una habilidad que, en mi caso, era irrecuperable. La profesora solo se dedicaba a ponernos pequeñas piezas musicales para que supiéramos si era un canto gregoriano o una aria, así como su compás y muchas otras cosas que ni recuerdo. Debe de ser verdad eso que dicen de que los malos momentos se olvidan. Esta nos obligaba a hacer los exámenes con el metrónomo mientras ella iba señalando con sus pequeños dedos regordetes los errores que

habías cometido. Era algo muy asfixiante y estresante. Ahí fue donde perdí todas las uñas, no quedó ni una.

Y lo mismo me pasó cuando quedé con el Chico de los Mensajes.

Cuando salí por la puerta de casa él estaba allí, esperándome. Le di dos besos. Fuimos a un bar de la playa que no estaba en la arena, pero que sí tan cerca que el vaho marino me llenó las gafas de puntitos diminutos. Estaba tan nervioso que no los vi hasta que llegué a casa y las arrumbé sobre el aparador de la habitación para ponerme las de estar por casa y escribir. No las volví a usar, pero cada vez que giraba el sillón de escay negro del escritorio las veía. Allí, sobre la madera pintada de color blanco. Brillantemente sucias.

Estuvimos muy a gusto, él tranquilo, yo con el corazón encogido porque no sé querer. Esa noche había decidido reencontrarme con mis pantalones *palazzo* y mis blusas de viscosa. Tenía que ponerme mis mejores galas para la ocasión. La coquetería pasó por alto que mi sanación todavía estaba en fase experimental. Él llevaba una camisa blanca, unos pantalones vaqueros ceñidos y unas zapatillas de tela negras.

Cuando volvíamos al coche, que tuvo que aparcar en una cuesta bastante alejada del bar, me besó. Yo no hice nada, seguí sus labios y dejé que nuestras lenguas se juntaran. Claro que quería besarlo, me encantaba. También cómo sus ojos marrón oscuro habían estado incidiendo en los míos durante toda la cena y el olor a perfume cítrico que emanaba de él cuando la camisa de algodón, con dos botones desabrochados, mostraba sus clavículas. Me gustaba su voz y su forma de hablar. Una parsimonia mezclada con cierta sabiduría que hacían que la conversación rondara siempre hacia temas interesantes.

No sabía nada de literatura, pero me escuchaba. Yo no sabía mucho de las cosas que le interesaban —no sé de tantas cosas—, pero fingía que sí, como hacía él.

Dos niños en patinete eléctrico subieron por la cuesta y, entre risas, oí un:

—Mira, dos maricones.

Me separé de él. El miedo me volvió a invadir, sentí que el metrónomo volvía a hacer tictac y que yo me iba quedando atrás mientras intentaba seguir la melodía cada vez más nervioso, mientras mi yo interior apuntaba los fallos.

Odio, uno; yo cero.

Estuvimos en silencio todo el trayecto. No me despedí, bajé del coche y le hice un gesto con la mano desde la puerta de mi casa. No dije nada. Cerré la puerta y me abalancé al interior de mi casa.

No volví a escribirle al Chico de los Mensajes. No pude. Durante meses se repitió aquella imagen en mi cabeza. Todavía puedo visualizarla y me asusta entrelazar mis dedos con los tuyos cuando cruzamos la ciudad. No sé si lo voy a poder cambiar, aunque me duela ser tan débil.

Muchas noches pensé en el Chico de los Mensajes. Siempre invadía mis sueños porque solía ser lo último en lo que pensaba cada noche antes de irme a dormir. No entré en la conversación, no me atreví, pero siempre los leí desde fuera.

Ojalá hubiera sido el chico que se sentaba a mi lado en clase de francés. Me acuerdo mucho de él mientras escribo esto. Nunca me cayó bien, ni cuando lo tenía al lado ni cuando lo conocí. Era un listillo y bastante pedante, en mi opinión, pero les hubiese dicho cuatro cosas a los dos mocosos del patinete. No se hubiera callado ni se hubiera quedado paralizado como hice yo, y, sobre todo, no

hubiera dejado de contestar al Chico de los Mensajes, de haberle gustado tanto como a mí.

Seguí sin escribir al Chico de los Mensajes. Imagina todo el tiempo que pasó que llegó la época de sacar los abrigos. Había pasado tanto tiempo que, cuando quise darme cuenta, había pasado una vida.

Un día me lo encontré. Fui a tomarme algo con dos amigas y él estaba allí, sentado, en la misma terraza a la que nos dirigíamos nosotros. Lo acompañaba una chica rubia, rubísima. Hablaban como meses antes había hecho conmigo. Era la prueba de su bisexualidad. Siempre me lo decía en sus mensajes, y lo reafirmó la noche que quedamos:

—Me gustan los rubios —me dijo en varias ocasiones.

Debió de verme el asombro en la cara. Yo no soy rubio y mucho menos tengo los ojos azules. Soy morenísimo y tengo los ojos tan oscuros que son casi negros. Son dos motas de azabache en el centro de la cara. Como dos escarabajos egipcios.

No le pregunté lo que hacía conmigo si a él le gustaban los rubios y las rubias, pero admitió:

—De ti me gustan otras cosas.

Verlo allí provocó que los finísimos capilares de los mofletes se me fuesen encendiendo hasta llegar a sonrojarse como la nariz del mítico reno que guía al trineo de Papá Noel. Ese que mis sobrinos esperan ver en el cielo cada veinticuatro de diciembre y al que le dedican en bucle una canción que habla sobre lo colorada que tiene la nariz.

Faltaba mucho para Navidad, pero al reno ya lo teníamos.

No entiendo todavía por qué me puse así. ¡Si el que no le contestaba a los mensajes era yo! Era normal que siguiese haciendo

su vida, conociendo a gente y viendo si surgía algo. Mi falta de respuesta había demostrado que no me interesaba.

Lo tenía de frente y no tengo claro si me vio. Había bastante gente y yo estaba escondido detrás de mis gigantes gafas de sol y mi abrigo de color negro.

Miró, pero quizá no me vio.

Yo lo vi, pero quizá no miré.

Siguió allí, hablando, con la parsimonia y brillantez que semanas antes me habían encantado. Yo seguí buscando otro sitio lejos de allí para tomar algo.

Otra vez rehuía la manzana. Quería estar en la comisura de sus labios y me encontraba en la otra punta de la calle, evitando verlo.

Seguro que, si el Chico de los Mensajes besaba a aquella chica rubia, nadie le gritaría lo que nos gritaron a nosotros en mitad de la noche. No tendría sentido. No habría ningún maricón —a la vista— para que alguien pudiera exteriorizar su odio.

De todos modos, el único culpable de que el Chico de los Mensajes pasara página fui yo. Yo le di a entender que me había olvidado de él.

Mis miedos y yo, una vez más.

Sentía que estaba consiguiendo mis propósitos cuando me levanté una mañana. Tenía muchísimo sueño, pero no me había despertado de mal humor, como me venía sucediendo hasta ese día.

Unté una tostada con mantequilla y mermelada de kiwi y ciruelas, que me encanta, y para cuando quise darme cuenta, había abierto el chat con el Chico de los Mensajes.

Diez mensajes. Diez las veces que aquel chico, desconcertado y con su aura de fénix, había intentado ponerse en contacto conmigo. Por mi parte, tan solo silencio.

El pan de *brioche* se me hizo bola cuando vi el tiempo que había pasado desde la última vez que le contesté. La acidez del kiwi eclipsó el dulzor de la ciruela, y me retiré la rebanada de pan de la boca con una arcada amarga. Siempre me pasa cuando me pongo nervioso

No podía tragar. Se me indigestó lo que acababa de desayunar.

Luego intenté entrar en su foto de perfil. No había. Ya no tenía aquella foto en la playa, en cuclillas, mirando al móvil, con unas gafas de sol redondas y un bañador de color azul cerúleo ribeteado en blanco. Con el pelo azabache un poco revuelto. Salía guapo. Solo aparecía el muñequito gris claro sobre un fondo más oscuro que me recordaba que ahí antes había una foto.

La angustia se volvió mucho más intensa en ese momento y le escribí una disculpa sinsentido. Primero le dije que se me había estropeado el teléfono, pero lo borré; nadie se creería eso. Sonaba ridículo viniendo de un integrante de la Generación Z. Un *millennial* como él nunca se lo creería.

Los Z somos esa generación a los que cuando todavía no se nos ha roto algo, ya lo hemos conseguido reemplazar. Es increíble. Soy Z, sé de lo que hablo. Somos la generación de la inmediatez. Estamos acostumbrados a las descargas veloces y a mantener diversas conversaciones simultáneas en nuestras redes sociales, pero quizá esa sea la mayor de nuestras debilidades. Somos individualistas y muy egocéntricos, no nos importa lo que se conoce como responsabilidad afectiva. Eso no va con nosotros. No tenemos en cuenta lo que podamos haber generado en el otro ni sus sentimientos ni el dolor que le podamos causar con nuestros actos.

Miradme a mí, que cumplo todas las características de un Z. No tuve ni un poco de responsabilidad afectiva con el Chico de los Mensajes.

También somos una generación de inconformistas. Donde dije digo, digo Diego.

Me juré no volver a hablarle, pero como iba sanando, como iba cerrando mi herida del odio, decidí volver a escribirle. «¿Dónde está tu responsabilidad afectiva? ¿Cómo puedes ser tan egoísta?» me gritaba Pepito Grillo al oído otra vez. Y no valía excusarme con que pertenezco a una generación que se dedica a acostarse con unos y despertarse con otros porque nos resulta imposible centrar nuestros esfuerzos en querer a otra persona. ¿Cómo le iba a poner eso?

Después le escribí un mensaje en el que me excusaba otra vez, pero todavía era más ridículo que el anterior. «Me hackearon el móvil.» Venga ya. ¿Y cómo había recuperado el mismo número de teléfono?

«Afronta tu realidad por una vez en tu vida. ¿Cómo vas a convertirte en un ave fénix si evitas llegar al punto en el que te consumes para volver a resurgir?», me dije sin piedad.

Finalmente, y tras diversos rodeos, tecleé un tímido «Hola» sobre los píxeles de la pantalla. Paseé el dedo por la pantalla antes de darle al botón verde de enviar.

Un palito gris. Enviado.

¿Por qué no salían los dos?

¿Me habría bloqueado?

De nuevo la inmediatez en la que me crie volvió a arrollarme. Y las inseguridades, aunque creo que esas nos han asolado a todas las generaciones, desde la de los niños de la posguerra hasta la de mis sobrinos, que todavía está por calificar.

Decidí quitarle el volumen al teléfono y darle la vuelta a la pantalla. Me temblaban las piernas dentro de los vaqueros acampanados mientras trataba de terminarme el café, amargo como la situación.

Un sonido vino del teléfono, justo mientras dejaba las tazas en el fregadero. Otro más. No las dejé, las tiré pileta adentro.

Cogí el teléfono y no era él. Era mi tía para que le comprara no sé qué pantalones de una tienda *online* que no llegué ni a leer.

Desesperado, volví a dejar el teléfono boca abajo y sin volumen sobre la mesa. Si respondía, ya lo vería después. Me podía la tensión de que en cualquier momento pudiera sonar el pitido que notificase un mensaje suyo. No creía que fuera posible una buena respuesta de su parte. Yo me hubiera mandado a la mierda, ¿para qué voy a mentir?

Después me fui a seguir con mi vida.

Dejé el móvil en casa. ¿Salí de casa sin móvil? Pues sí, por primera vez en años dejé aparcado al Z que soy sobre la encimera de la cocina y me fui.

Me ceñí los vaqueros deshilachados en los tobillos y elegí una de las blusas más largas que encontré en el armario, una de esas que siempre suelo combinar con las zapatillas de tela bajas de cuadros. Y me fui.

Nada más salir de casa, me encontré a un chico que siempre me cayó mal, pero que he de admitir que es auténtico, yo la imitación. Lo saludé sin ganas, él me respondió con la simpatía que siempre le nace de dentro. Respiré. Iba con su chico, con los dedos ensortijados entrecruzados. Siempre van igual. El chico auténtico con su ropa, con su estilo y peinado a la moda; el otro, con su toque personal, llevaba un estilo distinto al de su pareja, pero también auténtico.

Me miró. «¿Y tú de qué vas?»

Los bajos de la camisa se me empezaron a arrugar y las perneras de los vaqueros deshilachados se me subieron. Normal, me vienen

cortos. Intenté bajármelos con el empeine de los pies, pero no lo conseguí. Finalmente, ridículo vencido, decidí parar.

¿Por qué no iba el semáforo de delante de mi casa? ¿Por qué cuando quieres que algo pase rápido, todo se atasca y el ritmo se vuelve lento? Casi siempre me siento como un protagonista de *Ritmo lento* de Carmen Martín Gaite. Al final, como en su novela, yo también espero que liberarme del pasado me permita abandonar las ataduras.

Pasé la mañana pensando en mi Chico de los Mensajes. En mi mapa mental compuse las mil y una respuestas que podría haberme escrito. En ninguna de ellas desprendía la simpatía que me transmitió cuando nos vimos aquella noche de finales de septiembre.

Tuve la intención de volver a casa, pero algo me retuvo. Tenía que saber si me había contestado. Volví a casa, abrí los cerrojos y entré. El pasillo, de color piedra, se me hizo eterno. No conseguía llegar a la encimera de la cocina donde había dejado el móvil. ¿No tenía que ir a comprar pan? Otra vez traté de rehuir la manzana con tal de no afrontar mi realidad. Otra vez, como cuando era un niño...

Cogí finalmente el móvil.

Leído, sin contestar.

Ni rastro suyo.

En línea y ya había desaparecido, mi Chico de los Mensajes se convirtió en el muñequito gris y circular del icono del chat.

Las mejillas empezaron a arderme como el día en el que lo encontré en aquel bar con la chica rubia, me sentí raro. Y ya no pude ocultarme más.

¿Empezó a arder el fénix?

Dejé que las mejillas me ardiesen un rato, a ritmo lento y sin llegar a ponerme nervioso, pero no lo conseguí.

—Dime —me dijo una de mis amigas cuando descolgó el teléfono.

Tenía voz de dormida, como de recién levantada o recién acostada. Con ella nunca se sabe.

—Me tienes que llevar a un sitio.

—¿Cuándo? —me respondió entre bostezos mientras sentía como movía el edredón por encima de la cama al darse la vuelta.

—Ya.

En diez minutos me planté en la puerta de su casa. Me esperaba arriba, en la puerta del rellano, descalza y con los pantalones del pijama de Campanilla a media pierna. Estaba despeinada, con cara de sueño y con la media melena de color oscuro tapándole los ojos. Tras recibirme, cerró la puerta dando un sonoro portazo que retumbó en el silencio del rellano de paredes blancas manchadas de rayajos.

Esperé a que se vistiera.

Desesperé mientras lo hacía.

Es lenta, es mi amiga y confidente. La quiero. La necesito.

Se metió entre pecho y espalda un vaso de leche con cacao de un trago, y mientras se peinaba el pelo hacia atrás, me preguntó adónde íbamos. No le respondí.

Le di las llaves del coche, que siempre deja encima del recibidor, en un cenicero de cuero. Después, abrí la puerta.

El pasillo oscuro y angosto me sorprendió.

Circulé por mi desfiladero de las Termópilas.

Estaba nervioso, pero no entendía por qué. Quizá todo fuese culpa del maricón, del eterno cobarde, llorón y lleno de miedos. Ya no aguantaba más.

Me subí al coche rojo de mi amiga. Además de rojo, es muy viejo y pequeño. Suena como una cacharra mal soldada que en cualquier momento va a necesitar que movamos los pies como la familia Picapiedra para arrancar el motor.

Metió la llave en la ranura y la giró hacia la derecha. No hubo suerte. Lo volvió a intentar. Siguió sin funcionar. Tercera vez y seguía sin darse por vencida. Lo intentó cuatro, cinco, seis y muchas más veces.

Miré el reloj del teléfono móvil. En quince minutos ya no sabría dónde encontrarlo. Recordé que hasta el mediodía mi Chico de los Mensajes trabajaba en un sitio del centro, cerca del bar en el que lo vi con la otra chica y lejos de donde nos encontramos nosotros. Y más lejos todavía del chiringuito de playa en el que tan a gusto estuvimos.

Tenía que encontrarlo.

Mi amiga lo seguía intentando. Ambos sudamos bajo el sol de mediados de noviembre. Se subió las mangas del jersey y yo la imité con mi camisa. Finalmente, la maquinaria decidió darnos una tregua y el motor empezó a rugir con sentido, con un sonido monótono que descarta que el artefacto vaya a calarse.

Llegué tarde, como a todos los sitios; es marca de nacimiento. Llegar pronto solo fue posible cuando lo conocí y solo volvió a repetirse cuando nosotros nos vimos por primera vez en aquel cine. Los nervios consiguieron que aquella tarde me vistiera rápido. Quizá el miedo, en esa ocasión, no me paralizó.

Lo vi al otro lado de la amplia avenida. Estaba apoyado en la luneta del coche, con un pantalón de chándal ceñido de color azul marino con rayas blancas y una camiseta de color blanco ajustada en los brazos.

Miré a mi amiga, que entendiéndolo todo, me abrió la puerta del coche. Me empujó fuera, y mientras yo me bajaba las perneras de los vaqueros, me acerqué al Chico de los Mensajes.

Cara a cara.

Me vio y mostró su confusión a través de sus ojos redondos, que era lo único que la mascarilla quirúrgica de color rosa no le cubría. Se tiró nervioso de las perneras del pantalón de chándal y los tobillos quedaron al descubierto.

Si mi vida fuese como una comedia romántica, quizá le habría contado la serie de excusas que había venido a darle y él se me habría lanzado a los labios ante la mirada atónita de los viandantes. Yo me habría convertido en un fénix. Nos habríamos besado como los enamorados que seríamos, abalanzados el uno sobre el otro; yo con la mano derecha sobre su nuca y él con la izquierda posada sobre mi paletilla.

Después, le habría acariciado el final de la espalda y él me habría apretado la barbilla. Cogidos de la cintura, nos habríamos ido a otro sitio, a buscar la intimidad de mi casa o quizá la de la suya A él no le habría importado el trabajo y a mí mucho menos mi rutina. Habríamos buscado unas sábanas donde poder pasar el día, revolcados entre sentimientos y acariciados por nuestras pieles.

El Chico de los Mensajes y yo, para no dar más rodeos, habríamos sido felices. Quizá hasta podría haberse dado la casualidad de que fuera amante de las *fondues* de chocolate con fresas recién cogidas de su huerto urbano, que habríamos podido degustar después de hacer el amor para que el afrodisiaco de ambos alimentos nos hubiera vuelto a arrojar bajo las sábanas.

Hubiese sido maravilloso, pero no vivo en una comedia romántica. Mi vida no es perfecta, como has podido ver.

Tengo miedos, inseguridades y muchos complejos. No soy un protagonista de *Sexo en Nueva York*.

A mí me tocó asumir la realidad.

A mí, una vez más, me tocó ser real.

Y la realidad es que, bajo el asombro que percibí en sus ojos, noté un enfado provocado seguramente por mi desaparición y posterior pasotismo. Por mi falta de responsabilidad afectiva, que resulta algo incompatible entre las dos generaciones diferentes que somos.

Los *millennials*, también conocidos como generación Y, fueron testigos de la llegada de las nuevas tecnologías a sus vidas cuando eran jóvenes —algunos hasta adolescentes—, por lo que crecieron sin la tendencia a la inmediatez que inunda a mi generación, la misma que me rezuma a mí por los poros. Crecieron con los valores tradicionales inculcados por los *boomers* y la Generación X, por lo que casarse y una vida tradicional son valores que defienden lo harán hasta el final, a pesar de que lo tengan todo en contra.

¿Tenemos finales románticos los Z?

¿Hay un final feliz para mí?

Lo vi. Me miró. Lo sentí.

Y me dio un abrazo. Silencioso. Lo agarré por la nuca mientras tragaba saliva, amarga, como la situación. Él, con la mascarilla puesta, apoyó su mentón en mi clavícula y yo me relajé.

Desesperadamente y con alergia a la velocidad del amor. Lentamente. Solos. Desesperadamente y escribiendo nuestra historia.

Aquella mañana, en el centro de mi ciudad, nadie agitó su varita mágica para que todo se solucionase mientras pronunciaba las palabras idóneas para que eso ocurriera. Tuve que ser yo, el maricón, el que una vez más arreglase sus meteduras de pata para salir adelante.

Desde aquel día no he vuelto a hablar con el Chico de los Mensajes. Como despedida, lo besé. Le bajé la mascarilla y le di un beso. Uno de esos de pico de pajarito que él respondió con otro mucho más largo. Uno con sabor a hierbabuena, perfecto cuando

empiezas, pero que al final siempre te hace llorar si llevas la mascarilla puesta. Quizá era el sinónimo de nuestra historia. Quedamos en vernos algún día.

Me fui en dirección al coche de mi amiga pensando que eso jamás pasaría. Él, sin embargo, se quedó allí, viendo cómo me alejaba y seguro que llegó más tarde a la misma conclusión que yo había alcanzado primero.

Observó cómo me subía al coche de mi hada madrina sin varita y la calabaza arrancaba. Fue, al fin y al cabo, un beso de despedida.

Una despedida que decía más por lo que callaba que por lo que decía.

Para mí, aquel beso suponía perder mis miedos, dejarme ver como soy y como deseo, querer libremente y ser libre para amar a quien y como quiera con la responsabilidad afectiva que había olvidado.

Para él, saber que yo no había desaparecido por su culpa. Que mi volatilidad era algo condicionado por mis miedos y que él, poco o nada podía hacer.

Para ambos, que era nuestro final.

No hubo dolor para ninguno de los dos. No hubo miedos para mí ni inseguridades para él. No hubo nada de aquello que tanto me había preocupado.

Aquella mañana de mediados de semana, maté al basilisco que había condicionado mi vida. El gallo, al fin, cantó para dejarlo sordo mientras lo degollaba con una espada de plata. Y yo dejé de estar petrificado bajo el efecto de mirarlo fijamente a los ojos. Latiendo, pero sin vida. Inmóvil, pero dejando que los años ante mí de manera implacable.

Mi historia me salvó, a pesar de que siempre me había puesto la zancadilla para que cayese una y mil veces al suelo; aquel día me

salvó. Le clavé al monstruo la espada en el cuello e hice que el gallo gritara. Al liberar mi historia propia, salí nuevo, renovado, airoso. Perdí la rabia que me obligaron a sentir por el hecho de ser diferente. Dejé de lado el olor a naftalina y Heno de Pravia que lo inunda y pudre todo al más puro estilo castizo.

Esta historia no terminó como veía el Chico de los Mensajes tumbado bajo mis sábanas. No es lo que pasó y creo que jamás pasará. Terminó aceptándome, siendo feliz y queriendo y expresándome sin miedo.

Todavía recuerdo tu cara cuando terminé de contártelo. Cómo tus ojos bicolores incidían sobre los míos, húmedos y rojos por el llanto que había acompañado a mi narración. Lo recuerdo como si fuese ayer a pesar de que ha pasado muchísimo tiempo desde aquel día.

Te levantaste de la silla que habías puesto frente al sofá en el que me había sentado yo. Me abrazaste por la espalda y apoyaste mi cabeza sobre tu clavícula para que mi llanto se fuese tranquilizando al sentir el calor de tu cuerpo.

Me contaste toda tu historia, la de los miedos y el abuso, la de la familia que tuviste y la que tenías ahora. Me lo contaste mientras yo sentía el calor de un nuevo hogar, el tuyo. Después me quedé dormido sobre la *chaise longue*.

Aquella noche dormí abrazado a ti mientras sentía que tu respiración se pausaba y aceleraba, quizá por el ritmo de tus sueños. No tuviste que insistir para que me quedara a dormir. Tampoco tuve que pedirlo yo al despertarme en tu cama sin saber cómo había llegado hasta allí. Solo quedarme a dormir. Me daba igual que pasaran treinta años antes de que amaneciera. De eso se trataba, de beberme cada sorbo del tiempo que compartía contigo como si fuese

el último, antes de que aquel avión que iba a alejarte de mí despegara del aeropuerto de Barajas.

Recuerdo que me despertó el sol que entraba por la ventana, como el día que me contaste tus planes de marcharte, mientras sentía que las yemas de tus dedos me recorrían todos los músculos de los brazos. Tu dedo índice subía por mi dedo corazón y llegaba hasta la muñeca, que rodeaba sin miedo, deslizándose por el antebrazo hasta llegar al bíceps y de allí hasta tocar la clavícula en una sola exhalación de tu cuerpo.

—Buenos días —me dijiste al notar que me había despertado mientras te acercabas a darme un beso—. ¿Cómo estás?

Resoplé. De eso me acuerdo. Siempre resoplo al despertarme cuando tengo resaca y no tengo agua para beber cerca.

La sensación de tener resaca es una de las peores. Es como cuando te tomas un café y no tienes nada más para beber en toda la tarde. La sensación de alpargata en mitad del desierto me parece horrible. La detesto tanto que siempre juro no volver a beber ni una gota de alcohol, pero, si has leído hasta aquí, ya has visto la poca valía que debemos darle a mi palabra.

No sé tomar decisiones definitivas, de verdad. Siempre cambio de opinión antes de darme cuenta. ¿Cuántas veces me propuse dejar de verte desde el momento en el que me dijiste que te ibas para no destrozarme el corazón? Fue un pensamiento recurrente, pero no lo conseguí. Era la atracción, el vicio, el sexo lo que me acercaba a ti como las moscas a la miel. Lo que más me preocupaba era que eso no me había pasado nunca, de ahí mi propósito de no enamorarme. Lo que yo no sabía por aquel entonces era que no podría parar la Tierra.

—Creo que me quedé dormido mientras hablabas —confesé mientras te buscaba entre las sombras de tu dormitorio—. No me

acuerdo de nada.

Sonreíste y saliste de la habitación mientras volvía a apoyar la cabeza sobre la almohada. Al poco volví a escuchar tus pasos descalzos avanzando sobre la tarima del pasillo.

—Tómatelo —dijiste mientras me ofrecías un vaso de agua y una pastilla.

Cogí la pastilla y me la tomé. Luego di un trago de aquella agua que me supo a gloria. Y la gloria del agua se volvió a camuflar entre nuestras sombras.

CAPÍTULO 6

CUANDO TE FUISTE

El dos es un número impar.

ALMUDENA GRANDES

El verano llegó demasiado rápido entre planes improvisados, la culpa compartida, la espada y la pared. Porque los días que se borraban eran peldaños hacia la gloria, y yo, sin darme cuenta, cada día te quería más. Lo vivía todo con la efusividad del que no se queda nada para él, del que quiere sentir y quiere mucho; tú te lo callabas, te lo guardabas.

No hablábamos del futuro, vivíamos lo que se avecinaba en el cuarto de atrás, y así evitábamos rompernos el uno al otro con nuestras vidas paralelas. No hablábamos a diario por WhatsApp, lo nuestro era más de piel con piel; cara a cara. Llegaba a tu casa, te besaba y siempre terminábamos entre las sábanas. ¿Qué íbamos a hacer cuando estuviéramos lejos, sin hablar? ¿Cómo íbamos a expresar el amor? A mí, el amor, por aquel entonces me parecía algo carnal que debía rozarse para que prendiera. Como una llama que se enciende con la fricción de dos piedras volcánicas. Con el tiempo he ido aprendiendo que es mucho más que eso: filosofía y cigarrillos de madrugada cuando el cuerpo se desvela de forma inevitable porque hace por estar despierto; las risas del sábado a primera hora, cuando no te has acostado todavía y vuelves a casa con una camisa

arrugada que dos años después pensarás que era muy fea; hablarme bien cuando me miro en el espejo. Amor propio. Y no hablo de quererme, sino de respetarme.

Entre gabardinas de entretiempo, jerséis de manga corta, pantalones de pinzas, cenas en la playa y desnudarnos en el coche para terminar en tu colchón, el verano se abrió paso por el horizonte. Se deslizaba entre nosotros como arena entre los dedos, efímero y dulce. Las noches se alargaban, y con ellas, nuestras sombras se entrelazaban bajo la luz de las estrellas. No necesitábamos palabras para entender que cada encuentro era un regalo y cada caricia, una promesa silenciosa.

El calor no solo se sentía en el aire, sino también en la forma en que nuestras pieles se tocaban, en la electricidad que parecía rodearnos cuando estábamos juntos. Era como si el tiempo se ralentizara cuando tus dedos rozaban mi espalda o cuando nuestras miradas se encontraban, profundas y cargadas de significados que no necesitaban ser pronunciados.

En la intimidad de tu habitación, el mundo exterior se desvanecía. Éramos solo tú y yo, y el suave murmullo de la brisa nocturna que se colaba por la ventana entreabierta. Allí, en la penumbra, compartíamos secretos y sueños, mientras el futuro permanecía en suspenso, un misterio que no nos atrevíamos a desvelar sobre aquella cama de matrimonio.

A pesar de que sabíamos que cada amanecer nos acercaba al final del verano, nos aferrábamos al ahora, a la magia de los momentos que estábamos viviendo. En el fondo comprendíamos que lo que teníamos era un tesoro escondido, una historia escrita en los pliegues del tiempo que solo nosotros podíamos leer. Una historia que desafiaba cada tictac del destino. En un mundo donde todo se

medía en segundos y minutos, nuestro amor era una constante, un universo paralelo donde el tiempo no dictaba el final.

Recuerdo cómo las primeras luces del amanecer se filtraban por la ventana, tiñendo tu rostro de tonos dorados. Nos encontrábamos a medio camino entre el sueño y la vigilia, sin querer romper la burbuja que habíamos creado. Todo lo que importaba estaba en ese instante, en el latido compartido, en el suave murmullo del mar a lo lejos que marcaba el ritmo de nuestros encuentros.

Pero, a veces, entre esos momentos perfectos, se colaba algo oscuro, algo que no quería reconocer. Algo que llevabas dentro, asediado, y que querías esconder a cal y canto. Estabas tan presente, tan atento, pero había días en los que tus palabras cortaban como cuchillas. Cuando todo no era exactamente como querías, tu voz cambiaba, se volvía afilada, como si de repente yo fuera el enemigo. Me decías que te lo debía todo, que nadie más me querría como tú lo hacías, y esas palabras pesaban más que las caricias, más que los besos.

Había noches en las que el calor de tus manos se volvía asfixiante y la sensación de estar atrapado no se debía al verano ni al aire denso, sino a la forma en que me controlabas. A veces, el silencio entre nosotros no era cómodo ni dulce, sino lleno de amenaza. Sabías cómo hacerme sentir culpable por casi todo. Incluso cuando las cosas no eran culpa mía, me encontrabas defectos, fallos que yo no veía, pero que tú insistías en señalar. Y yo, por miedo a perderte, terminaba cediendo, pidiendo perdón por pecados que nunca cometí.

Las mañanas que seguían eran suaves de nuevo. Me acariciabas la cabeza, me decías que todo estaba bien, que me querías. Y en esos momentos quería creer que lo terrible había sido solo un mal sueño, que tu yo verdadero era el de los días de sol y risas. Pero el miedo a

que volviera el otro, el que se enojaba por un comentario malinterpretado o por una mirada que no le gustaba, siempre estaba ahí, acechando en el fondo.

Sabías cómo chantajearme emocionalmente, cómo hacerme sentir que, si te dejaba, perdería mucho más que una relación. Lo disfrazabas de amor, de preocupación, pero era control. Y cada vez que intentaba poner distancia, una parte de mí se ahogaba en el miedo de que realmente estuvieras en lo cierto: que nadie más podría soportar lo que yo era.

El verano avanzaba, y con él la sensación de estar atrapado entre lo que éramos y aquello en lo que nos habíamos convertido. Se sucedían los días de sol y mar, pero, con ellos, el temor de que las olas del verano arrastraran todo lo que alguna vez creí que era amor.

Siempre me ha gustado que llegue el verano. Odio el verano, pero me gusta que llegue. No tengo remedio. Luego paso dos meses quejándome del sol, de las altas temperaturas y de la presión social que me obliga a ir a la playa para llenarme el culo de arena, bañarme en el cocido de culos que es la playa alicantina durante el mes de agosto y luego sudar como un pollo en el trayecto de vuelta, porque para cuando el aire acondicionado ha bajado la temperatura del coche, ya hemos llegado a casa. Odio la playa en verano, de verdad. Diría que después de las noches de sudor entre las sábanas de mi cuarto, es lo que más odio.

Y así, cada año, me encuentro en ese ciclo interminable de amor y odio hacia el verano. Me encanta su llegada, la promesa de días largos y noches cálidas, pero al mismo tiempo, me consume con su calor implacable y su insistencia en que participe en rituales estivales que no disfruto.

La playa, ese vasto desierto de arena caliente y agua salada, se convierte en mi enemigo. Me veo obligado a sumergirme en sus

aguas, a unirme a la multitud de cuerpos que buscan refrescarse, pero no encuentro placer en ello. Solo siento la arena pegajosa en la piel, el sudor que se acumula en la frente y la incomodidad del aire acondicionado, que nunca parece ser suficiente.

Las noches son peores. Me acuesto en mi cama, las sábanas pegadas a mi piel sudorosa, y anhelo el frescor del otoño. El verano se cuela por la ventana, impregnando cada rincón de mi habitación con su presencia. No hay escape. Pero a pesar de todo, a pesar de mi aversión por el calor y la playa, no puedo evitar esperar con ansias la llegada del verano. Es una contradicción que no puedo explicar. Tal vez sea la promesa de cambio, la ruptura de la monotonía del invierno. O tal vez, en algún lugar profundo dentro de mí, hay una parte que realmente lo disfruta a pesar de todas las incomodidades.

Así que ahí estaba, esperando el próximo verano, sabiendo que vendría con todo lo que amo y todo lo que odio. Pero de todos modos estaba impaciente por que llegase.

Una vez tuve una niña en un curso de escritura creativa que impartí a la que le sucedía lo mismo. En aquella época me ganaba la vida haciendo lo que podía, pero siempre con las letras de por medio. Había trabajado de camarero y también de chico de los cócteles. No me disgustaba, pero aquello no era para mí. ¿Dar clases sobre qué era escribir? ¿Por qué no? Todos los cuentos que aquella niña me escribía como ejercicios estaban relacionados con lo mal que lo pasaba entre las dunas de arena clara de la playa alicantina y con cómo odiaba el mar. Podéis haceros una idea de lo bien que nos llevábamos. Creo que nadie más nos entendía. Si no te gusta la playa, en Alicante eres un incomprendido, pero, para nosotros, el odio compartido hacia el *sine qua non* de verano y playa tenía todo el sentido.

Pero aquel verano en concreto, odiaba que se acercara por la esquina porque era sinónimo de que tú, mi accidente favorito, te ibas lejos, y yo tendría que aprender a llenar ese vacío que dejabas cuando me quedaba solo, pero esta vez sin fecha para volver a vernos.

Intentaba pensar en ello lo menos posible, y para conseguirlo me propuse pasar muy poco tiempo en casa. Todos los planes me parecían bien con tal de no estar solo en mi cuarto. En soledad me acosaban los miedos y aumentaban las inseguridades que me producía tu partida.

Fue así como aquel verano se convirtió en un laberinto de emociones y recuerdos. Cada día era una lucha constante para mantener a raya la tristeza y la soledad que amenazaban con consumirme. Me encontraba en un estado de negación, intentando convencerme de que tu ausencia era solo temporal y volverías pronto.

Pero a medida que pasaban los días, la realidad de tu partida se volvía cada vez más palpable. Los lugares que solíamos visitar juntos, las canciones que solíamos escuchar, todo me recordaba a ti, aunque todavía no te hubieras marchado. Cada recuerdo era como una daga en el corazón, un aviso constante de lo que iba a perder.

Por eso me sumergí en una vorágine de actividades y planes. Intentaba llenar cada minuto de cada día para evitar enfrentarme a la soledad que me esperaba en casa. Pero no importaba cuánto me esforzara, siempre había momentos de silencio en los que la realidad de tu futura ausencia se hacía insoportable.

En esos momentos, me permitía sentir: tristeza, soledad, miedo. Permitía que las lágrimas fluyeran, que el dolor me consumiera. Sabía que solo a través del dolor podría empezar a sanar. Aquel

verano aprendí mucho sobre mí y que, a pesar de la tristeza y el dolor, la vida continúa.

No quería que te fueras y por eso siempre intentaba evitar el tema. Hubiese dado lo que fuera por volver al momento en el que nos conocimos, entre el ruido y la gente que iba y venía en aquel cine de provincias. Volver a la primera vez que te tuve frente a mí y escuchar la primera palabra que me dedicaste. Qué bonito sería regresar al lugar donde fuimos fugaces. Volver a empezar a conocernos como si fuese la primera vez.

Tu carácter iba cambiando a medida que los días pasaban, pero yo intentaba convencerme de que tus explosiones de ira y los comentarios hirientes eran solo momentos pasajeros, fruto del estrés, de los días malos. Pensaba que, si yo cambiaba un poco más, si aprendía a no molestarte, a no decir lo que te hacía enfadar, todo volvería a ser como al principio, como el primer encuentro en el cine de provincias, donde tus palabras parecían llenas de promesas y futuro compartido. Qué fácil era perderse en esa ilusión, pensar que, de alguna manera, yo podía arreglarlo, que todo dependía de mí.

A medida que pasaban los días, sentía tu partida como una amenaza constante. Esa posibilidad, la de perderte por completo, me daba aún más miedo que las noches en las que tu silencio era frío y tus gestos, distantes. Cada vez que me hacías sentir que no era suficiente, que todo lo que hacía estaba mal, el miedo a quedarme solo me hacía aceptar cosas que jamás pensé que aceptaría. Aunque lo que teníamos dolía, la idea de tu abandono me dolía más.

Cada vez que parecía que te ibas a marchar, que habías llegado a un límite conmigo, me desesperaba por hacerte cambiar de opinión. Era como si necesitaras sentir que me controlabas completamente, y yo, en mi miedo a perderte, cedía. No podía imaginarme un futuro sin ti, porque habías logrado hacerme creer que, sin ti, no habría

nada. Que yo, por mí mismo, no era suficiente. Y, aunque en el fondo sabía que eso no era cierto, me aferraba a ti como a una tabla de salvación en medio de un océano oscuro.

Las lágrimas llegaban cuando estaba solo, pero nunca delante de ti. Prefería mantener la fachada, seguir intentando llenar el vacío con sonrisas forzadas, con excusas y disculpas.

El miedo era constante, pero lo disfrazaba de amor. Me decía a mí mismo que soportar tus cambios de humor, tus ausencias emocionales, era lo que se hacía cuando amabas a alguien. Que algún día volverías a ser el de antes. Y que entonces, todo tendría sentido. Pese a que estaba atrapado en un ciclo de dolor, me aterraba más la idea de no volver a tenerte cerca.

Al final, no iba a ser solo una despedida de lo que creíamos que teníamos, sino también un descubrimiento doloroso de lo que siempre había estado ahí: el control, el miedo y la incapacidad de dejarte ir, incluso cuando sabía que tu presencia era la que me hacía daño.

Llevaba semanas sin dormir bien. Cuando me acostaba, mi cabeza le daba vueltas a todo, y cuando creía que me iba a quedar dormido, más vueltas. No podía dormir porque te ibas. Cuando te veía estaba bien, pero cuando estaba solo, todo volvía. Algo en mí me decía que todo aquel sufrimiento era innecesario, que había muchos peces en el mar, pero me resistía a salir de ese bucle. Pensaba que era un sufrimiento que yo imaginaba y que nada tenía que ver con la realidad, pero qué equivocado estaba.

Mayo se consumió pronto, como lo habían hecho abril y marzo, entre lluvias y soles, entre zapateros y arcoíris, los días se fueron desvaneciendo. En mayo nos exprimimos al máximo, con más noches de la cuenta en tu casa. Aprendí que, si el sol que entraba por la ventana de tu habitación te daba en la cara, dejaba de ver tu

verdadera edad. Rompimos tu cama en dos, porque ambos sabíamos que en algún momento tendríamos que decirnos adiós. Yo no quería que lo que teníamos, lo que ninguno de los dos se había atrevido a nombrar, se terminase. No me importaba el día a día, tampoco las horas que dedicaba a la escritura. Quería que llegara la tarde para que salieras del trabajo, me recogieras e hiciésemos un plan que nos apeteciera. Estaba terminando mi primer ensayo e iba y volvía de Madrid como el que cruza la ciudad para tomar su café favorito acompañado de un pastel que le hace la boca agua. Siempre me preguntabas:

—Y después, ¿qué harás?

A ti te interesaba el futuro, a mí solo el presente, porque el futuro no quería imaginarlo. Podía volver a poner copas en un bar o escribir una novela. «Eso es lo que mejor sé hacer», pensaba. Quizá esas no eran las respuestas que esperabas, pero yo no tenía otras para darte. ¿Qué iba a saber del futuro, yo que soy un animal perdido que se cuelga de un hilo para rebañar el cariño que me dan? Todo se acaba, pero no quería verlo. Hubiese dado cualquier cosa por estar contigo mucho más tiempo y no sentirme solo.

Empezaba a descubrir tu personalidad, y tú la mía. Mi timidez iba desapareciendo y tú, bueno, tú cada día te mostrabas más como eras. Tenías días buenos y otros muy malos. Los buenos no siempre me tocaban, pero los malos me los comía todos. A veces, sin saberlo, nos convertimos en un paño de lágrimas. Yo pasé de ser tu pañuelo a, con el tiempo, un mártir temeroso. Cuando pasaba algo... (por ejemplo, si te peleabas con tu mejor amigo), el grito me lo llevaba yo. Cuando pasaba eso... (por ejemplo, que me habías gritado), yo te pedía perdón sin saber por qué. Cuando me iba, desaparecías de mi vida un par de días y después siempre volvías. Era una rueda, pero no de la fortuna. Siempre lo misma, solo los

tiempos variaban. Dos días bien por uno mal, cinco mal por uno bien: ¿quién podía saberlo?

Una tarde de viernes, de esas en las que ni el frío ni el calor se deciden a aparecer, mis amigos y yo nos reunimos en el lugar sagrado. Todos tenemos alguno, no me digáis que no. El tuyo era tu casa, donde te encantaba reunir a toda tu gente alrededor de la mesa circular del salón, aunque tuvieras que echar mano de todas las sillas que tenías. El mío y el de mis amigas es muy distinto, ni minimalista ni bonito, ni siquiera tiene un guiño artístico (no como en tu casa, con esa figura color aguamarina de un perro salchicha hecho con un globo). Aquí no. En «Ca la tía Lola» —como nos hemos encargado de bautizar la casa en honor a su ya difunta dueña— hay una mezcla entre coleccionismo concienzudo, objetos absurdos que han alcanzado la categoría de míticos y el rococó de las casas de las señoras que ya no están, que responde al *horror vacui* que les corría por las venas. Tazas de porcelana china, fotografías de miles de niños vestidos de comunión que nadie conoce, marcos carcomidos por el paso de los años, sofás de *toile de jouy* que espantarían a cualquier graduado en diseño de interiores —o a un mero aficionado— y muebles viejos de caoba que rezuman polvo en su superficie. Pues allí, en el centro de ese salón y con la mesa del comedor llena de botellas, algunas vacías y otras tiritando, estábamos nosotros.

—Pero entonces, lo tuyo ¿qué? —me preguntó una de las Loretos mientras se rellenaba con ginebra y limón el vaso de plástico reciclado en alguno de los muchísimos festivales en los que trabajó y dejaba su cigarro Malboro apoyado entre los labios.

Loreto siempre fuma Malboro, desde que la conocí muchísimos años atrás. Ambas lo hacen. ¿No te he hablado todavía de ellas? Son

mis Paty y Selma particulares, algo así como dos chimeneas de la Revolución Industrial inglesa que siguen ardiendo y expulsando gases al estrellado cielo londinense.

Las dos se llaman Loreto y tienen el mismo apellido. ¡Parece de broma! ¡No me digas que no! Pero luego son el yin y el yang. Una es muy alta y la otra mucho más baja. No hay pérdida para distinguirlas.

Miré a la bajita de las dos mientras un osito de gominola caía en mi paladar y lo engullía. Con un gesto le dije que no sabía a qué se refería, a lo que añadió:

—Lo del chico ese.

—Ah, estamos bien —comenté sin ganas de hablar de nosotros.

Paula, que estaba sentada a mi lado y le daba un trago a su cubata, preguntó mirándome a la cara:

—Pero ¿bien, bien o bien de me cago en sus muertos?

Una carcajada colectiva salió disparada desde la mesa. Los vecinos debieron de escucharnos porque siempre abrimos dos ventanas de la casa para que corra un poco el aire, tanto en verano como en invierno. Es el único remedio ante el submarino patrocinado por Malboro que podrían llegar a pilotar las Loretos.

— ¿Cuál es la diferencia?

—Que con lo primero le quieres, puede que hasta de forma fraternal, pero con lo segundo te ahogas con la idea de que llegue julio.

Julio. Julio. Julio. En mi mente siempre se repetía esa fecha desde la tarde que estuve en tu casa hacía un par de días y me dijiste que te ibas el quince de ese mes. «Quince de julio», esa fecha se repetía en mi mente de forma recurrente. Todavía lo hace.

—Bueno, nos hemos peleado.

Todas fruncieron el ceño y ninguna se atrevió a preguntar, pero cuando quise darme cuenta, ya lo estaba explicando:

—Bueno, estábamos hablando y estaba enfadado por algo suyo. Y empezó a gritarme.

—¿Y tú qué hiciste? —me preguntó Loreto, la alta, dando la última calada a su cigarro.

—Bueno, le pedí perdón porque no sabía qué había pasado.

Todas se quedaron mirándome. Ninguna dijo nada.

Mis amigas asintieron. Nuria dijo algo por lo bajo que con mi sordera parcial por llevar los auriculares puestos la mayor parte del día y el volumen alto del altavoz que tenía al lado, no escuché. Paula, Laura y Raquel asintieron. Debía de ser una verdad universal la que teníamos entre manos.

Aquella tarde se repite mucho en mi mente, quizá fue de las últimas que compartimos todos Ca la tía Lola. Todos al completo. Recuerdo que las miré, a todas: un equipo compuesto por bajas recientes y altas pasadas.

—¿Y qué día se va? —preguntó Nuria, tratando de reanudar la conversación.

—El quince —respondí cortante.

Mis amigas entendieron que no quería hablar del tema y decidieron omitirlo. Ya ves, quizá sigo dando esquinazo cuando algo no me convence.

Paula, a mi lado, me pasó el brazo alrededor del cuello y yo me dejé caer sobre ella. Tuve que poner morritos para contener el llanto, un gesto que hago siempre que quiero evitar llorar. Tú sabes replicarlo a la perfección.

—Escocerá, no te voy a decir que no —me susurró al oído—, pero nada es para siempre. Volverás a reír y al día siguiente habrá otro atardecer.

Al día siguiente era sábado y me propusiste que nos viéramos para arreglar las cosas. Yo accedí, claro. En aquel momento no podía negarme. Tengo que admitir que mi cabeza, durante aquellos primeros días de junio —diría que hasta el día de antes de que te marcharas— fantaseó con la idea de que te lo pensaras mejor y terminaras quedándote, que no te fueras más allá de las fronteras infranqueables que separan un barrio de otro en nuestra ciudad. Qué iluso, ¿no? Mentiría si dijera que ante esa oportunidad yo hubiese renunciado por ti, así que no te podía pedir nada.

Sobre las nueve de la noche me recogiste con tu coche en la rotonda de siempre. Mientras tanto, la noche rezagada de los primeros días del verano empezaba a cambiar las tonalidades del cielo y cubría las pocas nubes que coronaban un monte cercano de un color rosa palo. Parecían algodones de azúcar que se separaban, difuminaban, torcían y confundían unas con otras.

Te besé al subir al coche delante de una muchedumbre de niños que creo que se acuerdan de aquel beso cada vez que me los encuentro de sopetón al cruzar cualquier cualquiera. Te besé en la boca, confundiendo mi lengua con la tuya y dejando que mi saliva entrara en ti mientras con la mano derecha te acariciaba la nuca perfectamente rapada. Habías hecho una visita a la peluquería el jueves, según me contaste que tenías planeado antes de que nos peleáramos. Noté cómo mi erección crecía debajo de los pantalones cerúleos de perneras anchas. Disimulé poniendo mi bolso sobre ella. «Lo siento», te dije sin saber por qué.

Condujiste un rato largo mientras hablabas, pero sin decirme adónde íbamos. Yo te miraba como la primera vez que me trajiste a casa. Analizaba tus pantalones cortos, con lo dos dobladillos que siempre les haces. Y el polo, de color aguamarina, tirando a verde

botella, que, como me habías confesado meses atrás era «tu color del momento». También te miré los pies; llevabas las zapatillas blancas que creo que todavía no has tirado y los típicos calcetines de algodón, con el símbolo de la marca en la parte superior, estirados hasta cubrirte media pantorrilla.

El viaje continuó, y el sol comenzó a desvanecerse en el horizonte, pintando el cielo con tonos naranja y rosa. Tus ojos, que reflejaban el atardecer, parecían aún más brillantes. No pude evitar sonreír al ver cómo te concentrabas en la carretera, tus manos firmes en el volante.

Tus labios se movían y me contaban historias de tu infancia, de tus sueños y miedos. Era como si te estuvieras abriendo de veras al explicarme lo que me habías dicho mientras me hacía el dormido. Cada palabra tuya era como una melodía para mis oídos, que, en aquel momento, estaban engatusados por tu ritmo lento al hablar. Me encontré perdido en tus palabras, en tu voz, en ti. Se te daba demasiado bien que me perdiera entre las pasiones de tus labios, entre las arrugas de tu boca.

Miré hacia la ventana y vi cómo los árboles pasaban rápidamente. El viento soplaba con suavidad, llevándose consigo el calor del día. Me giré hacia ti, la luz del atardecer iluminaba tu rostro. Tu sonrisa, tan genuina y llena de vida, me hizo darme cuenta de lo afortunado que era.

Finalmente, llegamos a nuestro destino. Un lugar tranquilo, lejos del ruido de la ciudad. No conocía aquel restaurante. No había prestado atención a la ruta que habías seguido. El sitio que habías escogido para nuestra cita de sábado era bonito, con lanas envueltas entre árboles disecados y telas tintadas al estilo *tie-dye*.

No me gusta nada decir la palabra *cita*. Es superior a mí. Creo que la he dicho unas diez veces en toda mi vida y siempre me ha hecho

sentir tenso. Cuando le dices a la gente le dices «tengo una cita», se imaginan toda la parafernalia innecesaria de las velas, el mar, que pague uno u otro —nada de dividir la cuenta— y el sexo posterior para rematarla si la cita se considera de sobresaliente. No me gustan esas cosas. Odio tener que esperar algo de alguien por el mero hecho de haber quedado. No siempre apetece un salto del tigre con la barriga llena de patatas fritas, pero eso es algo que la gente no parece tener claro.

Aquella *no-cita* nuestra fue tan maravillosa como si lo hubiera sido. No necesité ponerle nombre. De hecho, ni siquiera hubiera necesitado ir a un restaurante, me habría parecido bien una hamburguesa en cualquiera de las múltiples cadenas de comida rápida que inundan el centro de Alicante. La cena me supo a vida, por eso me daba igual dónde fuera. No sabía si me daba igual nuestra indefinición, pero, por culpa de mis inseguridades, me había establecido en ella y en sus límites difusos.

La vida pueden ser muchas cosas, como una tarde entre semana cuando me pasabas a buscar, una clase de filosofía donde se agitaba el mañana que quizá ya no tendría un nosotros que fuera posible, o los martes, cuando nadie escribe poesía. No me creo que Lorca escribiese *La aurora* en martes, o que Lope de Vega se sintiera como para «desmayarse, atreverse, estar furioso, áspero, tierno, liberal, esquivo, alentado, mortal, difunto, vivo». No hay libros mal apilados encima de una mesita de noche que no entiende de horarios para irse a dormir, sino solo de páginas y capítulos. Es ese día en el que a alguien se le ha roto la barra de carmín y en el que otro se acuerda de que no encuentra el disco que solía tararearle el que le desataba la camisa los sábados del año anterior. Los martes son de Bukowski: «—¿Jugamos al escondite? / —Sí, pero si te encuentro, te como a besos. / —Vale, si no me encuentras, estoy debajo de la cama».

Aunque dudo que pudiese escribir eso un martes. Quizá lo hizo un jueves en el que terminó entre sábanas blancas como las de tu piso de soltero. Los jueves siempre suena música ochentera en algún sitio, y alguna prenda de satén me mira desde el armario en forma de camisa o pantalón. Los jueves no son de vaquero, son de satén. Esa tela brillante que pide permiso a la seda en forma *low cost*. No tiene nada que ver con ella, pero trata de hacerlo. Es el día de hacer planes con tus incertidumbres, que queden en nada y así poder fingir que nuestros cuerpos se han encontrado en un bar con piernas demasiado largas y versos cortos. O para morder fruta dulce en las escaleras del mercado mientras una gota del jugo de una ciruela se me cae sobre el pantalón que ya llevaré manchado todo el día mientras a ti se te escapa una carcajada. O ese último beso sobre la arena dorada en el que nos sentimos dos náufragos. La vida entonces era entender que debía aprender a volver a vivir sin ti en un tiempo récord. Ojalá se hubiese parado el tiempo justo en ese mismo instante y la vida hubieras sido tú.

—Oye —me llamaste sin apoyar del todo la copa de vino blanco sobre la mesa—. Tenemos que hablar.

«Tenemos que hablar», la frase con la que todos los finales empiezan. Recuerdo que le di un trago al vino blanco afrutado y que me supo al veneno de cicuta más amargo del mundo. Tragué sin que mi glotis recordara cómo hacerlo. Fue la amargura del momento la que no me dejaba hacerlo. Siempre me pasa igual, conozco mi cuerpo de memoria y sus acciones son para mí una Biblia no escrita.

Dejé la copa sobre la mesa de caoba y te hice un gesto con la mano para que empezaras. Te removiste ligeramente sobre la silla y tragaste saliva dos veces antes de soltar la bomba nuclear:

—Para mí eres muy importante. Demasiado. Yo no soy así y sé que no tengo ningún derecho a pedírtelo, pero ¿quieres venirte

conmigo?

La soltaste así, sin ruido de aviones ni de barcos intentando hundirse unos a otros en el Mediterráneo. A nuestro alrededor todos iban, volvían, pasaban bandejas, y los niños de la mesa de al lado revoloteaban en torno a la nuestra en un intento fallido de jugar a alguno de los juegos infantiles que hemos olvidado.

Entonces el que tuvo que tragar saliva fui yo. No respondí, ¿qué podía decir? ¿Qué podía hacer? Claro que quería irme contigo, siempre quise cruzar el Atlántico y asentarme en uno de esos lugares remotos de la América más desconocida. Podíamos tener una casa para dos, con piscina o no, quizá podía ser un estudio en el centro en el que vivir acinados ¿qué más daba? De eso se trataba, de vivir, de dejarnos fluir. Pero ¿qué iba a hacer yo en un plan tan tuyo? ¿Cómo podías pedirme aquello?

Me quedé en silencio, mirándote. Tus ojos brillaban con una mezcla de emoción y miedo, y supe que estabas tan asustado como yo. Pero también había una determinación en tu mirada que me hizo creer que podíamos hacerlo y enfrentarnos a cualquier cosa juntos.

Pensé en todas las posibilidades, en todas las aventuras que podríamos vivir. Imaginé nuestras mañanas juntos, despertando con el sol brillando a través de las ventanas de nuestro pequeño estudio. Imaginé nuestras noches, acurrucados en el sofá, compartiendo historias y risas.

Pero también pensé en los desafíos. En las noches de soledad, en las peleas, en los momentos de duda. ¿Estaba listo para eso? ¿Para dejar todo atrás y empezar de nuevo en un lugar desconocido?

—No, no me puedes pedir esto —respondí finalmente mientras te cogía de la mano—, porque es tu plan, yo tengo otro. Y no hay nada de malo en ello. Si me voy, quiero que sea mi decisión. Quiero apostar por mí también.

—Sé que no tengo derecho, pero quiero quedarme contigo. Y me da igual lo que digan todos porque yo quiero que te quedes conmigo.

—Pero el camino se va a dividir pronto —afirmé con una de esas sonrisas fingidas que esbozo cuando no tengo motivos para sonreír.

—Pero no los días que nos quedan. Vamos a vivirnos —añadiste mientras estirabas tu mano sobre la mesa con la palma hacia arriba.

Me agarré a ella y la apreté mientras un sollozo de emoción contenida me salía de la garganta y una lágrima desfilaba mejilla abajo. Sentía la luz en el fondo de nuestros corazones, que parpadeaba con cada acto, cada palabra y cada minuto. Con el amor parece que no haya distancia posible. Es esa luz del mediodía que no necesita la presencia del otro para manifestarse. Pensé que nuestra separación también sería ilusoria, puesto que al final todo está unido entre los hilos invisibles del universo. Lo que no sabía yo es que el tiempo, las verdades y la distancia se vuelven insoportables cuando no hay posibilidad de verse y demostrarse el cariño. Y yo quería irme. Bueno, no quería irme, pero sí quería sentir. Sentirme. Sentirte.

Las fiestas que marcan el inicio del verano, ¿a quién no le gustan? Me encanta esa semana en la que la ciudad se llena de flores, pasamanerías de brocados dorados, encajes, personas y, sobre todo, de fiesta. Siempre he creído que cada ciudad tiene su forma de recibir esa estación que, a pesar de no gustarme, tiene algo tan especial como para que celebre su llegada. Me gusta la fiesta cuando se celebra por la mañana y también por la noche. No tengo solución. Me encanta la fiesta en cualquiera de sus vertientes, y cerrar los bares, barracas y *pubs* me produce una satisfacción incalculable. Mis amigas siempre dicen que tengo estómago de

Yorkshire. Es un término propio de mi grupo, quizá no lo entendáis si nunca habéis tenido un Yorkshire cerca.

Los Yorkshires son una de las razas de perro más complicadas en cuanto a alimentación. Quizá les pase a todos los perros pequeños, pero yo hablo por experiencia propia cuando digo que los estómagos de esa raza son extremadamente sensibles. Cuando comen algo fuera de su dieta, tienden a devolverlo en un tiempo aproximado de dos horas.

Mis amigas siempre se han reído de mi facilidad para vomitar. De ahí la comparación. Han sido muchas las fiestas en las que yo, tras tomarme dos copas de quién quiere recordar qué, terminaba he terminado vomitándome en los pies mientras alguna de ellas me sostenía la cabeza. Así se formó el mito y, cómo no, la leyenda.

En mi zona esas fiestas son las Hogueras, y Alicante late durante una semana entera al ritmo de pasodobles mañaneros y reguetones nocturnos. Esos días tienes suficiente fiesta para no dormir.

Así que, con mi estómago de Yorkshire y el corazón lleno de alegría, me sumergí en la fiesta. Los colores vibrantes de las luces de la ciudad, el bullicio de la gente, la música que resonaba en cada esquina, todo contribuía a crear una atmósfera embriagadora.

Las calles estaban llenas de risas y conversaciones animadas. Los niños corrían por todas partes con el rostro iluminado por la emoción. Los adultos, por su parte, disfrutaban de la comida y la bebida con el rostro relajado y contento.

Me encontré bailando al ritmo de la música, perdiéndome en la melodía y la letra. Cada canción parecía contar una historia, una de amor, de pérdida, de esperanza. Y en medio de todo eso, me encontré a mí mismo, riendo, llorando, viviendo.

La noche se desvaneció en la madrugada, pero la fiesta continuó. Las luces de la ciudad parpadeaban como estrellas en el cielo

nocturno, y la música seguía sonando, un recordatorio constante de la alegría y la celebración.

No nos vimos mucho aquel mes de junio. Lo pasaste entre despedidas y noches sin dormir, pensando en el último suspiro que te quedaba en la ciudad. Era fácil coincidir entre semana, cuando cenábamos y hacíamos el amor hasta que nos dolían los huesos y luego me llevabas a casa porque no tenía una excusa válida ante mis padres para pasar la noche contigo. Y para cuando me quise dar cuenta, entre celebraciones, llantos y viajes, estábamos ya bailando y cantando al ritmo de la orquesta más cercana entre flores, fandanguillos y alegrías, en esa plaza que nos reúne a todos justo antes de que la pólvora manche el cielo de un gris claro y puro. Un gris de fiesta.

Era curioso cómo, en aquella desaparición de nosotros, me estaba encontrando. Como si no me disgustara no verte y hallara la paz en estar tranquilo que había perdido en los meses anteriores. Habías llegado a mi vida como una apisonadora, pero, no verte era regresar a mi yo en paz. ¿Por qué a la vez sentía un sentimiento de abandono cuando no podíamos vernos si, al final, también ansiaba quedarme solo?

A mis amigas les gusta la fiesta mucho más que a mí, que, a pesar de no tener obligaciones, decliné la oferta de Nuria de quedarme en su casa a dormir durante los días que duraran las fiestas. Otras como Paula aceptaron sin dudarlo. Yo prefería buscar otros lugares para pasar la noche, si era posible. Quizá mi lugar ideal era entre tu brazo y tu pecho, con mi cabeza justo sobre tus costillas.

Las fiestas pasaron rápido. Demasiado, diría. Cerré los ojos un lunes, tras la fiesta en tu casa, y me desperté en viernes, en el mismo sitio en el que me había acostado el lunes. Era un okupa de

tu hogar. Tú eras residente de mi corazón; tenías los papeles para quedarte a vivir.

Hoy, recuerdo aquellas mañanas al sol, los tardeos entre ginebras y chupitos en las barracas improvisadas en el paseo de Soto, donde se te pegaban los pies con solo pisarlo, y las noches bailando hasta que la fiesta acabara y tú pasaras a recogerme para dormir en tu casa.

Atesoro todas y cada una de aquellas noches porque se han quedado guardadas en mi recuerdo. En cómo tus manos buscaban el botón de mis pantalones anchos y estos caían sobre los botines de tela blancos justo antes de introducirme en tu boca. En cómo intentaba yo quitarte los pantalones cortos y la camiseta, ambas prendas de color negro, que decías que eran de «modernito de Chueca». No había forma. Estaban metidos con calzador. No se me olvida aquella noche en la que intentabas arrancártelos para poder empezar a sentir y dijiste mientras tratabas de desabrochar la cremallera:

—Los huevos bien apretados.

Recuerdo ese detalle porque me reí y al tumbarme hacia atrás golpeé la cabeza contra cabezal de tu cama. No calculé bien las distancias.

El orden de los actos siempre era el mismo. A la mañana siguiente me llevabas a casa para que me cambiara de ropa y me preguntabas si quería que te esperara para irnos de fiesta otra vez. Yo te respondía que no, que fueras tirando, que nos veríamos en algún momento ese día y, si no, siempre quedaba la noche. Era lo que más me gustaba de nosotros. El cada uno con los suyos y nos revolvemos de madrugada.

Un día no calculé bien el tiempo y perdí el último autobús que me podía llevar a la *mascletà* a tiempo. Con el siguiente llegaba tarde,

pero decidí esperar. No quería molestar a nadie. Ese día conocí a una mujer que me dejó huella. No te lo he contado nunca, pero ha llegado el momento.

Las mejores relaciones son las que surgen cuando esperamos. No sé si es solo cosa de los españoles el entablar amistad con el que tenemos al lado mientras tratamos de matar el tiempo o si sucede en otras partes del globo. Maricarmen y yo hicimos eso. Hablamos de todo un poco en aquella hora perdida que, realmente, mucho después, he visto que estuvo bien invertida.

Le conté lo nuestro y ella me contó lo suyo. Le conté lo de cruzar el mundo y mis vanas esperanzas de que decidieras quedarte. Era como una bruja buena a la que contarle una historia.

—Pero piensa un poco —me dijo ya dentro del autobús—. ¿Tú te quedarías aquí por alguien si tuvieras esa oportunidad? No hay nada más sólido que las vivencias propias. Además, las vidas pueden cruzarse, pero no se puede obligar nunca a que se mantengan unidas.

En ese momento supe que te irías. No me hacía falta más. Yo también me hubiese ido y sería egoísta no admitirlo. Aquella desconocida —que hoy ya no lo es—, de nariz respingona y ojos claros, mientras intentaba llegar a la estación entre la aglomeración de coches, me dio la clave: paciencia y que la vida te sorprenda.

El tiempo se agotaba. Sentía que cada noche de fiesta que remataba entre tus sábanas se escapaba de las yemas de mis dedos y que tú terminarías marchándote. Las fiestas pasaron, como pasa todo. Entre petardos, pólvora, hogueras de cartón-piedra y mucho alcohol, finales de junio se plantó ante nosotros. Nos habíamos comido los meses como lo hacía la suma de la vida. Entre flores, fandanguillos y alegría, todo terminó.

A mí, cada vez me faltaba más el aire por tu inminente partida, y tú, cada día estabas más encerrado en esa coraza que pensé que había conseguido quitarte a besos. Era como si no habláramos el mismo idioma. Y yo me sentía como si fuera el único que trataba de que aquello cambiase.

Un día, antes de que julio nos atormentara, llegué a tu casa. Estabas tratando de montar una cama de Ikea cuyas instrucciones se componían de jeroglíficos egipcios completamente indescifrables. Me agaché para darte un beso que me devolviste de forma seca, sin ganas. Después dejé mi bolso sobre la mesa del comedor mientras tu gato se restregaba contra mis botines de tela y me acerqué de nuevo a ti.

—¿Estás bien? —te pregunté desde el otro lado de la cama sin montar.

Asentiste con la cabeza, pero no pronunciaste ni una palabra. Seguiste zambullido entre taladros y tornillos, tratando de encajar aquella cama para que los inquilinos a los que habías alquilado tu casa a partir de agosto estuvieran tan a gusto como lo habíamos estado nosotros.

—¿Te apetece cenar en el japonés? —te propuse mientras trataba de reiniciar la conversación.

—No, no me apetece.

— ¿Mejor un poco de comida basura y cine después?

—No tío, hoy no —me respondiste cortante.

— ¿Qué te pasa?

— ¿Es que no te das cuenta de nada o qué te pasa? —dijiste con los ojos rojos, a punto de ponerte a llorar. Nunca te había visto así de vulnerable, eso era más típico de mí—. No quiero irme y ya no sé cómo hacer para que algo que llevo esperando toda la vida me parezca bien. Y la verdad es que todo es por ti.

Me quedé mirando cómo las lágrimas descendían por tu mejilla, y mis ojos, poco a poco, se fueron humedeciendo.

Sé muy bien cuándo debo de irme de los sitios. También sé cuándo un corazón está roto o cuándo alguien no te quiere en su vida. Todas esas cosas las conozco. Debe de ser el conflicto interno que sigo teniendo por culpa del acoso escolar, de los años sin amigos y del aprendizaje que implica madurar.

Sí, todas esas cosas las conozco. Pero también sé que cada experiencia, por dura que sea, nos moldea y nos hace más fuertes. El acoso escolar, los años de soledad, el dolor de un corazón roto... todo eso ha dejado cicatrices, pero también han forjado una armadura.

A veces me miro en el espejo, buscando en mi reflejo al niño asustado que solía ser. Pero ya no está. En su lugar veo a alguien que ha aprendido a luchar, a resistir, a sobrevivir. Alguien que, a pesar de todo, ha aprendido a amar y a ser amado.

Aunque a veces me sienta tentado de huir y escapar de todo, sé que no puedo. Porque cada vez que lo intento, me doy cuenta de que no estoy huyendo de los demás, sino de mí mismo. Y eso es algo que no se puede hacer. No puedes huir de quien eres.

Así que aquí estoy, enfrentándome a mis miedos, a mis demonios, a mi pasado. Aprendiendo a aceptarme, a perdonarme, a amarme. Porque al final del día, eso es lo que realmente importa. No cuánto te han herido, sino cuánto has crecido. No cuánto has perdido, sino cuánto has ganado.

A pesar de que el camino había sido duro y había estado lleno de obstáculos, sé que valió la pena. Porque cada paso que daba, cada batalla que ganaba, me acercaba un poco más a la persona que quería ser. A la persona que sabía que podía ser.

Me levanté de la tarima del salón y fui a por el bolso que, apenas diez minutos antes, había dejado allí.

—No quiero irme sin ti —confesaste.

Me giré y te miré.

—No puedes pedirme eso. ¿Qué pasa con mis sueños?

—Tenía que decirlo. Llevo mucho tiempo pensándolo. Podríamos estar los dos.

—Eres un ególatra de mierda.

Después enfilé el pasillo, abrí la puerta y me dirigí al ascensor, sin dejar de morderme el labio para no derrumbarme cerca de ti. Sentí cómo me faltaba el aire, las paredes se estrechaban y yo empezaba a sudar de una forma inhumana. Se me mojó la camiseta mientras las gotas de sudor me resbalaban por las piernas.

Me quedé quieto frente al ascensor, escuchando el eco de mis propios pasos en el pasillo vacío. Mis manos temblaban mientras buscaba las llaves en el bolso, pero, en realidad, no estaba pensando en abrir la puerta. Lo que resonaba en mi mente era tu confesión, esa frase cargada de manipulación disfrazada de amor: «No quiero irme sin ti». Parecía tan sencilla, tan sincera. Pero era una trampa. Otra más.

Sabías exactamente qué decir para que me sintiera culpable y cuestionara mis propias decisiones. Y yo, como siempre, caía en ese juego. Sentí el nudo en la garganta apretarse mientras el ascensor tardaba una eternidad en llegar. Mis sueños, mis deseos, mis planes... ¿cómo es que siempre terminaban siendo menos importantes que los tuyos? No importaba lo que yo quisiera, el objetivo que quería alcanzar y en el que había estado trabajando tanto tiempo. Al final, siempre había una razón para que me quedara, para renunciar, para seguir orbitando alrededor de tu vida.

El ascensor llegó con un suave *ding*, pero yo seguía allí, estático, como si mis pies se hubieran clavado en el suelo. Mi cuerpo intentaba escapar, pero mi mente se aferraba a la culpa. ¿Y si tenías razón? ¿Y si, al marcharme, estaba cometiendo un error imperdonable? Esa duda me había paralizado tantas veces antes. Siempre volvía a ti, pidiéndote perdón por cosas que ni siquiera eran culpa mía, solo para calmar la tormenta que tú mismo habías creado.

El ascensor se cerró sin mí, y de repente, te escuché detrás. Caminabas despacio, tus pasos resonaban en el pasillo como un recordatorio constante de que no me dejarías ir tan fácilmente.

—No es chantaje —dijiste con la calma venenosa que siempre usabas cuando sabías que me estabas ganando—. Es solo que sé lo que es mejor para nosotros. Siempre lo he sabido.

Tu voz era suave, controlada, casi cariñosa. Y esa mezcla de dulzura y dominación era lo que me desgarraba. Ocupabas una parte tan grande en mi vida que, aunque doliera, no sabía cómo dejarte atrás. Cada vez que intentaba alejarme, decías justo lo que necesitaba escuchar para que dudara, para que me quedara a medio camino, perdido entre mis deseos y los tuyos.

Me giré para mirarte, respirando hondo para no derrumbarme ahí mismo, frente a ti. Sabías que me tenías contra las cuerdas, que una parte de mí quería creer que, de alguna manera, todo esto era amor, que podíamos salvarnos. Pero ya no estaba tan seguro de eso. Me sentía atrapado, sofocado, como si el aire del pasillo fuera demasiado denso, como si las paredes se cerraran lentamente a mi alrededor.

—Siempre es lo mismo contigo —dije, mi voz apenas un susurro —. Siempre soy yo el que tiene que ceder.

Tus ojos no se inmutaron, y eso fue lo que más me dolió. Ni siquiera la idea de que me estuvieras perdiendo parecía importarte, porque sabías que en el fondo no me había ido del todo.

No contesté a tus llamadas en un par de días. No había maldad en lo que habías hecho, o quizá sí la había porque no tenías derecho a pedirme nada, pero sentía que yo ya no pinchaba ni cortaba. Me llamaste, muchísimas veces. Una llamada tras otra. También me escribiste, pero yo no quería parecer vulnerable al contestarte.

Mi móvil siguió sonando durante días, que yo aproveché para reencontrarme con mis amigas en el bar más cercano.

—Pues yo volví fatal de las fiestas —comentó Paula mientras le daba un trago a su cerveza.

—Sí, la baja la causaste el tercer día en mi casa —añadió Nuria mientras se recolocaba el pelo.

Me reí sin apenas darme cuenta y creo que fue ahí cuando capté toda su atención.

—Anda que tú, menuda mosquita muerta estás hecha —me dijo sin compasión—. Que me daba la vuelta y ya te habías ido a saber dónde.

Debí de cambiar la expresión de golpe porque insistieron en saber qué había pasado.

Se lo conté todo. Ellas me escucharon sin limitaciones. Otro verano llegaba. Tocaba un verano sin ti.

—A ver, tienes que pensar por una vez solo en ti —afirmó Nuria mientras me agarraba de una mano—, pero tienes que ser responsable con el pasado y presente de ambos. No puedes dejarlo así. Si quieres dejarlo, déjalo bien. Pero si todavía le quieres, aprovecha. Aunque antes tienes que saber qué quieres y cómo lo quieres. Establece tus límites.

Nuria tenía razón una vez más. Amarrarme a mi orgullo no tenía ningún sentido. Ni seguir esperando a que llegara el día de tu partida sin disfrutar los previos contigo. Quería volver a tu casa, pero no sabía por qué si cuando salía de allí me sentía vivo. Sí, me daba miedo mi actitud, pero debía ser consecuente tanto si lo nuestro se acababa como si no.

¿Qué hubieras hecho tú de haber tenido la cabeza rota por dentro? ¿Qué harías tú si te ahogaras y no supieras cómo expresarlo? ¿Qué harías tú si olvidaras por un instante lo que importa? ¿Qué harías? Yo había empezado a acostumbrarme a inventar respuestas.

En aquel momento, casi todos sabían que te quería. Nadie había sabido nada antes. Todos creían que era de hielo. El problema fue que a la virgen que yo le rezaba por aquel entonces estaba colgando de tu cuello.

CAPÍTULO 7

CUANDO ME VI SOLO

Me quedé como un cuadro a su pared pegado
que nada tiene que hacer salvo seguir
colgado.

COLGADO, LOS SECRETOS

Te eché de menos cada día de más desde que te fuiste. Era inevitable. Echo siempre de menos lo que no tengo. Tu recuerdo permanecía en mi mente, y yo, casi sin querer, volvía a él de forma recurrente.

Las dos semanas previas a tu partida fueron una vuelta a marzo. No hubo manera de engancharnos, a pesar de que esa era la única ambición que perseguíamos en el centro de tu nuevo salón. Quiero que te acuerdes de ello y volver a desgastar el suelo en cuatro tiempos y que me vuelvas a invitar a bailar.

Las noches que precedieron al final y, sobre todo la última, convertiste el agua en vino. Esas noches sucumbiste a mis ganas de intentar convencerte de que no conozco ni el bien ni el mal. Todo era un remanso de paz, como si siempre hubiese sido así. Indefinidos, como éramos nosotros, pero en paz en nuestra indefinición. La última noche, aquella en la que nos encomendamos al azar, me invitaste a bailar en el suelo de aquel cuarto.

Se ha quedado grabada en mi memoria. Me resulta imposible no volver a ella siempre que estoy solo en mi habitación y las sábanas

rozan mis piernas. O cuando veo un gato gris atigrado por la calle.

Aquella noche, después de la cena de despedida en tu comedor, fuimos a la cama. El sexo no fue como el que habíamos tenido antes. Hubo otra cosa. Sentimos muchísimo, por lo menos yo. Te sentí dentro y fuera, rocé cada esquina, curva y poro de tu piel, tú hiciste lo mismo con la mía. Memoricé el mapa que me ofrecías para no perderlo con el paso del tiempo. Cada lunar, cada pliegue, cada estría o folículo de vello se quedó en mi cabeza.

Creo que ninguno de los dos durmió, ni siquiera el gato. Desnudos, nos quedamos abrazados esperando la llegada de los primeros rayos del alba. Recostado encima de mí, sentía tu respiración, y tu barba me raspaba la zona del pecho.

Nos levantamos a las cinco de la mañana, justo una hora antes de que un tren se llevara a un kamikaze. Me ofreciste ducha y desayuno, pero a mí no me entraba nada. Te ayudé a cerrar las maletas, a meter al gato en el trasportín y a cargar el coche que nos llevó a la estación.

—Prométeme que no me vas a esperar —dijiste rompiendo el silencio mientras conducías.

— ¿Qué?

—Que me prometas que, si te llega la oportunidad, te vas a dejar llevar.

No respondí; no podía hacerlo. ¿Me estabas diciendo aquello tras pedirme que me fuera contigo? Solo agarré tu mano sobre el cambio de marchas y rocé tu piel. ¿Qué clase de pregunta era aquella? Estaba claro que no éramos nada, ¿tampoco podíamos esperarnos? Odiabas el compromiso, decir las etiquetas en voz alta, pero ¿tan poco éramos el uno para el otro?

Aquel trayecto me pareció cortísimo. Yo iba envuelto en mis pensamientos y tú habías dejado de hablar. Aquello era un final.

En la entrada de la estación te esperaban tus tres hadas madrinas. *Bibidi-Babidi-Buuu*. Las tres mujeres de tu vida, tus tres protectoras. Una mujer mayor y dos chicas jóvenes. Nadie más. No tenías muchos amigos a pesar de que llamabas amigo hasta al viajero que se sentaba a tu lado en el AVE, pero, a la hora de la verdad, solo estaban ellas. Media vida dando vueltas al mundo te había convertido en un lobo solitario. El lobo volvía a irse igual de solo.

Me las presentaste, charlamos un rato esperando que todo fuese una broma pesada y que al final te quedaras. Creo que ese era el deseo de los tres, pero el momento de la despedida llegó como le llega su hora a un condenado a muerte.

Te despediste de tus hermanas con los llantos del que emigra y de tu madre con los abrazos del hijo que se va lejos. Hablabais bajo, no sé qué decíais, pero preferí quedarme aparte. Luego me tocó a mí.

Te acercaste lentamente a mí, con tu mochila escolar color marengo a la espalda y me dedicaste una de esas tímidas sonrisas que me regalabas al principio, una de las del cine. Yo arrugué la nariz, conteniendo el llanto, y nos fundimos en un abrazo.

—Ahora vuelvo —me susurraste al oído.

Al separarnos te agarré de la camiseta y te besé, sin miedos y sin picos de pajarito. Un beso largo, íntimo, delante de todos aquellos que se despedían y de los que corrían a subirse a un vagón.

—Hasta pronto.

Claro que tú por aquel entonces no conocías mis intenciones de irme a la otra punta del mundo, dejarlo todo y luchar por mí, por mi espacio y mi voz.

Vi como la estación te engullía y yo no podía hacer nada, solamente mantener una falsa sonrisa edulcorada por una felicidad fingida que se desplomó cuando desapareciste de mi vista.

Ya no habría flores en abril, ni llantos de pasión. Solo las vidas paralelas de dos kamikazes que siguen enamorados.

Llegué a mi casa pasadas las nueve de la mañana y me encerré en mi cuarto. No quería comer ni hablar, tan solo pasar el final que suponía nuestra despedida en silencio, sin que nadie me interrumpiera.

Así pasé semanas, buscando esa luz del fondo de mi corazón que tú te habías llevado. Mi gente preguntaba por ti, aunque realmente lo hacían por mí, pero siempre, al final, estabas tú. Tus mensajes, llamadas y gestos de cariño eran constantes, pero yo sentía que quería más. Todo me parecía insuficiente. Todos me preguntaban por ti, por cómo te iba, dónde estabas los más despistados, que no sabían que te habías ido.

Estuve así hasta que mis amigas, los amores de mi vida, las relaciones que se fraguan fuera de casa, me salvaron. Una historia de amor que no hablaba de sexo ni pretensiones de futuro. Solo ellas lo sabían todo al cien por cien. Lo que había sentido y dejado de sentir. Vinieron a sacarme de casa y me arrastraron de vuelta al ruedo. Cuando digo que me sacaron de casa, lo digo de manera literal. Prácticamente me arrastraron, me vistieron y me sentaron en la terraza más cercana. Me pusieron un botellín en la mano. Como un si fuera un muñeco Playmobil.

—¿Cuándo volveré a estar bien? —pregunté una tarde de verano mientras sorbía a la vez de la cerveza y de mis tristezas.

Todas me miraron. Paula, a mi lado, posó su mano sobre mi nuca. Nuria, Valle (recién llegada de su Erasmus), Laura y Raquel torcieron el labio, y las dos Loretos exhalaron el humo de sus cigarros a la vez, en un gesto de comprensión que entendí enseguida. Finalmente, Paula rompió el silencio:

—Cuando de verdad pase algo que merezca que lo estés.

Fue entonces cuando descubrí que ellas eran mi verdadera historia de amor.

CAPÍTULO 8

CUANDO ME FUI

Deja la cabeza y hazle caso a tu corazón, pero
¿qué hacer cuando tu corazón está fatal de la puta cabeza?

LOVE OF LESBIAN

Tras tu partida yo me reencontré con mis sueños. Escribir se abalanzó sobre mí como un tigre busca a su presa para tratar de sobrevivir. Estaba triste y todo era ansiedad en las ocho horas que nos separaban. Pongamos que, cuando yo desayunaba... tú te acostabas. Si tú estabas dando clase... yo me iba a dormir. Y así era todo.

En la quietud de la noche me encontré a mí mismo frente a un papel en blanco. Las palabras comenzaron a fluir como un río que había estado retenido durante demasiado tiempo. Cada frase, cada párrafo, eran un pedazo de mi alma que se desprendía y se plasmaba en el papel. Era como ponerles palabras a los meses, como vaciar el saco roto. Como si la indefinición tuviese su explicación. Tu frase, pidiéndome que no te esperara, retumbaba en mi cabeza y yo acabé llegando a la conclusión de que, si querías que no te esperara, era porque tú tampoco ibas a hacerlo. A pesar de ello, te empeñabas en seguir en mi vida de forma constante, persistente y diaria. Y eso no me permitía cerrar algo que, realmente, no quería cerrar.

Todo me agobiaba, sobre todo de noche, cuando no podía respirar. Me notaba más libre por las mañanas, cuando sentía la paz de la desconexión. Me exigía demasiado. Estar presente en tu vida, tan lejos como estabas, responderte de la mejor manera, contarte sobre mí... Todo costaba demasiado en una etapa en la que las parejas deben ser de todo menos complicadas. Pero tú y yo no éramos nada, así que eso, al final, era para las parejas.

Escribir se convirtió en mi refugio, mi salvación. En cada línea, en cada palabra, encontraba un pedazo de mí que no sabía que existía. Descubrí que tenía una voz que había estado silenciada durante demasiado tiempo.

Cada historia, cada personaje, eran fragmentos de mis sueños, de mis miedos y esperanzas. Con cada página que escribía, sentía que un peso se elevaba de mis hombros. Como si, de alguna manera, al compartir mis pensamientos con el mundo, estuviera liberándome de ellos

Escribir era mi forma de luchar, de resistir y sobrevivir. Como un depredador que acecha a su presa, me abalancé sobre mis sueños y los hice realidad. A veces el camino era difícil y estaba lleno de obstáculos, pero nunca dejé de escribir. Sabía que, al final del día, no importaba cuántas veces me cayera ni cuántas me rompiera, siempre podía recoger los pedazos y empezar de nuevo. Porque tenía mis sueños. Y tenía mis palabras. Y mientras tuviera eso, sabía que podía enfrentarme a cualquier cosa.

Pronto me vi volviendo a mi vida, mientras tú, a ocho mil kilómetros, tratabas de seguir con la tuya estando presente en mi teléfono. Era curioso lo que hacías. Desaparecías y volvías, sin intención de herirme, pero lo hacías. Cada herida se quedaba abierta, sin cicatrizar. Tres días sin hablar y, de repente, un audio de cinco minutos que yo escuchaba y respondía rápidamente; cuatro

días hablando después de una desaparición de diez. Solías comportarte así cuando no nos separaban más de tres kilómetros, ¿por qué no ibas a seguir haciéndolo a miles de ellos?

Mi tren llegó a la Estación de Madrid Puerta de Atocha a las diez de la mañana. La gente, como de costumbre, se levantó antes de tiempo de su asiento para coger sus pertenencias de «los sitios destinados para ello» antes de que alguien se las quitara. Gente que viene y va. Siempre me pregunto qué llevarán allí escondido los perfectos desconocidos del tren. Yo me quedé sentado, a pesar de que quería salir del vagón mucho antes de todos los que ya se habían levantado y obstruido la puerta.

Poco a poco, me fui quedando solo. A través de la ventanilla veía a pasajeros que iban y venían mientras yo trataba de guardar mis cosas en el maletín del portátil.

Cuando bajé, un azafato me dijo:

—Que pase una buena estancia en Madrid.

Me lo dijo feliz. Sonreía, no sé si de verdad o porque entraba en su sueldo de cada mes, pero sonreía a pesar del calor que se palpaba en Madrid. Yo le devolví la sonrisa con una mueca y avancé por el andén de la estación, abriéndome paso entre la gente. Hacía lo posible por seguir adelante, tenía que hacerlo, pero tenía pena en el corazón.

Me ajusté la gabardina larga con un nudo para no llevarla en el brazo y subí por las escaleras mecánicas. No hacía calor, pero tampoco frío. El tiempo de Madrid siempre despertaba tarde.

¿Alguna vez has intentado cazar un taxi en la estación de Atocha? Yo lo titularía *Misión imposible* si, además, vas mirando el reloj y a contracorriente, como iba yo. Ese día esperé más de lo normal; me negaba a subir en el metro con todo el equipaje. Mi taxi no llegó

hasta que un taxista de mediana edad decidió parar su coche y recogerme. Me faltó darle dos besos.

—A Diego de León, por favor —le indiqué mientras me ajustaba el cinturón de seguridad en la parte trasera del coche.

El hombre me hizo un gesto de complicidad mientras enfiló calle de Alfonso X hacia arriba.

Los madrileños —tanto castizos como de adopción— recorrían las calles del barrio del Retiro envueltos en sus prendas todavía veraniegas. Yo, desde el interior del vehículo, los veía enfrascados en su vida diaria y me sorprendían. Ya sabes, es lo que nos pasa a los que nunca hemos vivido en Madrid cuando vemos que los que para nosotros son los días raros, para los que viven allí son los días normales.

—¿De paseo por la ciudad? —me preguntó el conductor para romper el hielo con un acento que no logré identificar.

Yo, ensimismado en las vidas paralelas de aquellos viandantes de la ciudad, le respondí:

—Sí. Bueno, más por trabajo.

—En dos días ya no sabrás ni a lo que viniste —añadió riendo.

Tenía razón. El centro de Madrid se abría paso, y yo, desde una ventanilla tintada, lo admiraba mientras pensaba en ti.

Mi móvil empezó a sonar y entre los mensajes encontré tus «Buenos días». Eran sinceros, con una de tus clásicas caritas al decorando la *s* final. Sonreí mientras contestaba una llamada.

—¿Cómo vas? —escuché la voz de mi editora por el auricular de mi teléfono.

Miré por la ventana y vi cómo el barrio de Salamanca se abría ante mí. Me mordí el labio justo antes de contestar:

—Llegando.

— ¿Dónde? Yo ya estoy aquí.

—Yo creo que no llego a tiempo —confirmé desde mi asiento de polipiel que todavía olía a nuevo.

Mi editora colgó después de decirme que me diera prisa, justo cuando el taxista llegaba a la calle que le había indicado. Los autobuses aceleraban cuando alcanzaban los charcos que cubrían la calzada y, si mirabas a los ojos de los conductores, veías que era a mala fe. Si es verdad que todo pasa por algo, tan solo hay que esperar a que el karma cumpla con su deber.

El cielo parecía extraño en ese rincón del centro de Madrid. En el hueco de cielo que coronaba la plaza, una maraña de nubes anticipaba la llegada de una tormenta.

Mientras el taxista trataba de sortear los atascos, te mandé una foto que respondía a tu mensaje y rematé con un texto que decía «Ya en Madrid». Una sonrisa se me escapó al enviarlo. Luego seguí con mi día a día en la capital.

Llegué tarde a la editorial, pero aquella mañana me dieron el primer ejemplar de mi libro. «Oficialmente, mi autor de confianza», me dijiste con socarronería cuando te llamé para contártelo.

La sala de reuniones de una editorial es un orgasmo visual para todo el que haya querido ser escritor durante toda su vida. Libros, libros y más libros rodeaban una sala circular presidida por una mesa de cristal.

—Casi llegas a tiempo —me dijo mi editora al entrar.

Me disculpé haciendo un gesto con las manos y me senté en una silla frente a ella.

Habíamos terminado nuestro proyecto, que me había unido a la editorial durante más de nueve meses. Como un embarazo.

—¿Me dijiste que querías comentarme algo?

Tragué saliva y contesté:

—Te quería preguntar si sabes cómo podría entrar en Estados Unidos para quedarme un tiempo. Me gustaría irme allí.

Se quedó pensativa.

—¿Estás seguro?

—Nunca lo he estado tanto.

Mentí. Siempre miento. Dije que me iba por mí, pero no. Me fui por nosotros.

Te habías ido. Lejos, a un lugar donde no podía seguirte. Y, aunque sabía que era lo mejor para ambos, no podía evitar sentir un vacío en mi pecho cada vez que pensaba en ti.

Cada rincón de Alicante me recordaba a ti. La playa donde solíamos pasar las tardes, el café donde compartíamos risas y secretos, el parque que estaba debajo de tu casa y que a mí me venía de paso al supermercado...

Mientras el verano daba paso al invierno, sentía cómo mi corazón se congelaba un poco más cada día. Las hojas caían de los árboles, los días se acortaban y las noches se alargaban... Y yo seguía ahí, esperando a que el dolor pasase y el tiempo curara las heridas, a que la distancia se hiciera más llevadera. Esperando para irme a empezar de nuevo, a dejar atrás los recuerdos y construir nuevos sueños.

A pesar del frío, la soledad y la tristeza, sabía que debía seguir adelante. Aunque te hubieras ido, el verano hubiese terminado y el invierno fuera largo y duro, sabía que la primavera volvería. Y cuando lo hiciese, estaría listo para enfrentarme al mundo y seguir mi camino.

Frida Kahlo escribió, en relación a Diego Rivera y la traumática relación que mantuvieron, una de las citas más destacadas de la literatura universal. La artista lo expresó así:

Jamás, en toda mi vida, olvidaré tu presencia. Me acogiste destrozada y me devolviste íntegra, entera.

Tú no me acogiste destrozado, en nuestro caso sucedió al revés. Pensaba e n eso mientras miraba por la ventanilla del avión. Contemplaba la silueta de la ciudad, que se dibujaba bajo mis pies, y creía ver señales de que había tirado mi vida por la borda. El recuerdo de los días que fueron permanecía en mi cabeza, en las calles de Alicante, en la mente de los míos, en la de los que fueron tuyos, mientras sobre el océano Atlántico el rastro del avión se dibujaba y desaparecía en el pasado más reciente.

Los espigones que se adentran en el mar. Mi casa y tu barrio. Las torres que se alzan y las que derribaron. Y yo, en los portales, todavía esperándote, mientras en mis sueños te sigo escuchando. Me juré, al subirme al avión, que no echaría de menos. Estaba intentando huir del pasado. Amores y odios: ¿quién sale ganando? Miles de adioses que ni siquiera he superado. Alicante, siempre en mi memoria. Sus calles, donde todos somos inmortales, aunque nos vayamos.

Pensé en las decisiones, en las buenas y en las malas. Siempre pienso en ellas. Me he equivocado muchas veces, y muchas otras, cuando pensaba que me había equivocado de camino, descubrí que era el adecuado. Quizá estaba huyendo para no hacer frente a mi realidad. Quizá, solo quizá, me subí a ese avión para darle una vuelta de ciento ochenta grados a mi vida porque todo en el pasado me recordaba demasiado a ti. La cara que se dibujaba en el monte del castillo de la ciudad me llevaba al día en el que paseamos por esos jardines; la Explanada se encontraba vacía si tú ya no andabas de mi mano; y mi piel se estremecía cada vez que el agua del mar me rozaba y pensaba que a ti te sucedía también, que era la misma, pero a miles de kilómetros de mí.

Me he equivocado miles de veces y nunca me he arrepentido, pero esta vez no sabía si sería así. Ojalá la vida siguiera siendo un juego de niños en el que todo parece tan lejano que merece la pena jugársela.

Una voz empezó a salir de los altavoces del avión. La reconocí: era la de la chica que me había traído la merienda media hora antes. Menos de diez minutos para aterrizar, debemos ponernos el cinturón de seguridad y desconectar nuestros teléfonos, y un sermón extra con la misma verborrea que cuando me trajo la bandeja.

Volví a asomarme a la ventanilla y las siluetas de los edificios empezaron a dibujarse desde lo alto. Parecían microscópicas gotas de cemento que se elevaban hacia nosotros sin conseguir su propósito de llegar al cielo. Parecían pequeños. Nueva York, una mota de polvo desde las alturas. Un espacio que podría recorrer de tu mano sin ningún problema en uno de esos paseos eternos que tanto nos gustaba dar.

El avión aterrizó en el aeropuerto JFK a las diez de la mañana, hora española. La mujer sentada a mi lado se despidió de mí como si nos conociéramos de toda la vida, y yo, mientras me ponía mi abrigo extralargo y me colocaba la pernera ancha por fuera de las botas bajas, cogí el bolso y salí del avión.

La comuna de azafatos que había integrado la tripulación de abordo se despidió uno a uno de nosotros, como si de verdad nos conociéramos. Es curioso, ¿no? Seguramente, jamás vuelva a coincidir con esas personas, pero se despidieron de mí y me desearon lo mejor. La mujer que había viajado en el asiento de al lado también lo hizo.

Mi llegada a la ciudad fue fría, quizá porque el termómetro marcaba un par de grados bajo cero. Tras coger mis cosas de la cinta y pedir un taxi, me fui acercando poco a poco a mi destino. El

bullicio de Nueva York me golpeó de inmediato. Los taxis amarillos, los rascacielos, la multitud de personas de todas las razas y culturas, todo era abrumador y emocionante al mismo tiempo. El *skyline* se erigía frente a mí y se iba aproximando cada vez más hasta que, cuando me quise dar cuenta, Nueva York ya me había engullido.

Miré el reloj de mi móvil, que desde que te habías ido marcaba mi hora local y la tuya, para saber cuándo podía hablarte. A eso nos habíamos reducido. El taxista se dirigía a mí en un inglés con acento americano que no llegaba a entender. Trataba de descifrar lo que me decía, pero no había forma. Solo sabía que había entendido la dirección a la que tenía que llevarme. Con eso estaba tranquilo.

Pensé en hablarte. En decirte que había llegado bien, como me pediste que hiciera cuando salí de Madrid. Como había hecho con mi madre. Pero no lo hice. Era domingo, e intuía que, en tu nuevo hogar, a dos mil kilómetros de Nueva York, estarías durmiendo después de haber pasado la noche en cualquier discoteca venida a menos en la que hubiera muchas cervezas de más.

«No le escribas. No le escribas. No le escribas...» Mi Pepito Grillo personal me decía eso todo el rato. No le hice caso y te escribí un tímido «Ya estoy entrando en Nueva York», acompañado de una foto que tomé del contorno de la ciudad desde mi asiento trasero del taxi. Revoloteé unos instantes antes de enviarla, pero decidí darle al botón verde. Un tic. Dos tics. Entregado. Me mordí ligeramente la uña del dedo pulgar de la mano derecha antes guardar el móvil en el bolso. Un silbido salió del petate verde menta y me apresuré a cogerlo. Tu mensaje. Una carita de las tuyas acompañando un mensaje en el que me decías: «Te espero a la otra punta del país, ¿te vale?». Sonreí, pero no entré a leerte. No era el momento.

El taxista me dejó en la puerta de uno de esos edificios enormes de ladrillo. En la calle Catorce, entre la Séptima y la Octava. Con ese

aire neoyorquino entre la modernidad del presente y la belleza del pasado. Las calles iluminadas parecían sacadas de las películas que una vez vimos, de las novelas que una vez leímos, de las historias que nos habían contado. Las luces de la noche neoyorquina se confundían entre destellos de carteles de neón, el ir y venir de los coches por la calzada y la iluminación tenue de las farolas, que emitían una luz tenue.

Vi cómo el taxi se volvía a incorporar a la circulación y desaparecía tras dejarme en la acerca con mis maletas, engullido por una marea de coches de colores. Miré a mi alrededor. Todo era nuevo. Nada sabía a mí, ni a ti, tampoco a nosotros. Respiré aliviado y el olor a humedad de las aceras mojadas por la lluvia reciente me provocó una sonrisa. Una de las de verdad, sin fingimiento. De las que ya no me salían, pero que, cuando nos despedimos, mi amiga Paula me aseguró que volverían

Tenía razón. Volví a sentir cuando dejé de llorar y de hacerme el fuerte para evitar que lo nuestro se convirtiera en invierno. Ya no tendría que buscar una excusa para verte, ni me pondría nervioso cuando me mandaras un mensaje para preguntarme dónde podrías recogerme. Podríamos ir a comer tu comida favorita, como hacíamos durante aquellos meses tan maravillosos.

Quizá esas habían sido las consecuencias de que hubieras sido mi accidente favorito. Quizá nunca te podría olvidar, o quizá sí. A lo mejor nuestras vidas se cruzaban de nuevo en ese país de locos, de mentes que fluyen, de dementes que vagan por amor, pero esa sería otra historia diferente.

Esto fue todo sobre nosotros. Pero la vida nos tenía reservado otro final. Siempre podría haber retrocedido en las páginas de nuestra historia, pero tenía que seguir escribiendo la mía.

Segunda parte
Primera persona del singular, yo

De enero a julio de 2023

CAPÍTULO 9

SOBRE LLEGAR

Son muchos los Nueva Yorks que hay en Nueva York.
Como muchos los amores que hay en el amor, que dijo Eça de Queirós.

Elvira Lindo

Me instalé en Nueva York un mes de enero lluvioso y enfervorecido. La primera mañana que amanecí allí, tras aceptar la diferencia horaria con España y tantas otras cosas de mi nueva vida, me sentí tanto o más solo que en Alicante durante los meses que pasé allí desde que te fuiste, en el caluroso mes de julio.

Las personas que aterrizan en Nueva York para quedarse siempre llevan un bolsillo lleno de sueños. El triunfo, el amor, la vida que podrían tener. Son muchas las cosas que te pueden traer a Nueva York, tú mismo lo decías siempre. Tú comulgabas mejor con las ciudades que yo, que siempre me sentía agotado en ellas.

Durante los seis meses que estuvimos separados, tú cada vez respondías con menos frecuencias, así que yo, al final, dejé de llamar. Y cuando me llamabas, hacía como que no lo había visto. Empezaron a jugar nuestros orgullos.

Había salido de Madrid la mañana anterior con lágrimas en los ojos. Nunca puedes irte de un sitio llorando porque entonces es que no quieres irte. Yo creía que era por mí, que todo lo hacía por mí. ¿Por qué, a sabiendas de que me mentía, trataba de creerme? Todo era por ti, porque no nos separaran ocho horas, por acercarme a tu

desierto, al de arena y al tuyo propio, sembrado entre las tinieblas de tu corazón; por acercarme a lo que fuimos. A nosotros.

Era por ti, que mientras cabalgabas sobre tu ego, no te habías girado para ver cuántos grifos ibas dejando abiertos por el camino.

Cuando llegué a Nueva York, estaba solo. Recuerdo que caminaba por las calles de Manhattan con una mezcla de asombro y nerviosismo. Los edificios parecían tocar el cielo y las luces de la ciudad brillaban con una intensidad que nunca había visto antes. Me sentía como un pequeño pez en un océano inmenso.

En el piso que compartía con Sara, todo rechinaba o estaba roto. Nadie tenía intención de reparar aquello. Ni de repararnos a nosotros. Problemas de verdad no teníamos, pero yo sentía cada vez más un pánico a ir encerrándome más.

Cuando me matriculé en los estudios que iba a cursar en Nueva York, me dijeron que muchos alumnos de fuera necesitarían compartir piso. Había tanteado la lista que, haciendo caso omiso de la normativa de protección de datos, el museo había publicado con los aceptados: Josh Kynner, Yssey Yannahigara y un largo etcétera de nombres que no sabía pronunciar. Pero entre todos aquellos, uno que sí: Sara Hierro. Corrí a buscar en Instagram a la candidata española y le hablé. Era simpática y encantadora. ¡Había encontrado piso!

—Aquí todo es de cuando Cristo perdió el mechero.

Eso fue lo que me dijo Sara cuando entré por primera vez en el piso. Era pequeño. Un piso para dos. Por fuera parecía el típico piso de Lower Manhattan en el que viven dos amigos solteros, con su panadería abajo y, si subías a la azotea, las vistas a Brooklyn y al puente. Sus luces se encendían al anochecer y se desvanecían con las primeras luces del alba, cuando se confundían entre los rascacielos que nos envolvían por todos lados. Vivíamos en una de

esas construcciones de ladrillo con escalera de incendios en el exterior, en la que podíamos tomarnos el café los días de sol. Hubo muchas noches en las que tú y yo nos quedamos en aquella azotea, envueltos en una manta, esperando a que amaneciera. Siempre hemos sido de quedarnos en los sitios hasta que amanezca. No importaba si era un garito o una azotea. Nunca importaba nada, solo nosotros. Hasta que empezó a importar.

A partir de la calle 27 Oeste, más o menos, la ciudad se va achatando; se humaniza y deja atrás las prisas acristaladas de los rascacielos de oficinas, la grandilocuencia del Rockefeller Center y el bullicio de Broadway, para parecerse más a un barrio. Ahí estaba yo. En mitad de uno.

Sara llevaba el pelo rosa. Superaba la treintena y era de Madrid, como tantos otros. Hay mucha gente de la capital repartida por el mundo. Creo que donde menos gente hay de Madrid es en Madrid. Allí todos son de alguna otra parte. Sara, con su cariño, se ganó el apodo de los míos, desde España, de Sarapelorosa. «¿Quién? ¿Sara? ¿Sarapelorosa?», me preguntaba Paula cuando me llamaba. También lo hacían mis padres, que no entendían por qué cuando todo estaba bien, yo había decidido irme lejos. Mi carrera de escritor empezaba a funcionar. Mi editora tenía el manuscrito listo para lanzarlo, pero yo, en mi cabezonería, había decidido en busca de una oportunidad que no sabía si era para mí.

Sarapelorosa había acabado en Nueva York buscándose a sí misma, como lo había hecho yo, aunque los motivos y detonantes habían sido diferentes. Ella lo había dejado con su pareja; yo me resistía a abandonar a la mía.

—Vete —me dijo mi editora tras aquella reunión en la que le dije que quería aceptar la beca que me había traído a Nueva York—. Pero vuelve. Te doy seis meses, es lo que puedo retrasar la publicación,

como mucho. El contrato ya no depende de mí. Encuéntrate. O piérdete. Nueva York puede ayudarte en ambos casos.

Ella misma se había encargado de solicitarla. Seis meses para que buscara una forma de ver el mundo a través de las obras de arte más bellas de la historia contemporánea depositadas en el MoMA. Seis meses para que aprendiera a encontrar una voz creativa.

Y allí estaba yo, amaneciendo en Nueva York en una cama de uno ochenta. Solo. Con la luz entrando por la ventana sin persianas. Y tú, a dos mil kilómetros, durmiendo la hora que todavía nos separaba.

—¿Habías estado en Nueva York antes?

Eso fue lo que escuché cuando salí al comedor. En realidad, todo estaba en el mismo espacio, muy justo: comedor, cocina, salón. Era una caja de zapatos con vistas a la calle en la que se alquilaban dos habitaciones microscópicas con sendas camas.

Era Sara, con su simpatía. Negué con la cabeza mientras buscaba una taza sin éxito, hasta que ella me la dio y me sirvió un poco de café de una cafetera italiana.

—Está malísimo —admitió entre risas antes de que pudiera asimilar lo que bebía—. Tenemos que comprar una. Poco a poco. Llevo tres semanas aquí, no te creas.

Los dos éramos unos recién llegados, pero ella sí que había estado antes en la ciudad. De Sara aprendí a tener paciencia en un mundo de locos y la bondad que surge entre quienes están lejos de casa. Empezamos a ser una familia. Es curioso lo que sucede cuando estás lejos. Solo quienes lo han vivido saben de qué hablo.

Las semanas pasaban en el MoMA mientras sacábamos adelante nuestra especialización. Estudiábamos poco y salíamos mucho. Los días eran cortos y las noches demasiado largas, hasta ver amanecer, para empezar otro día con Picasso, Magritte y Matisse. Entre

mañanas y noches, fui construyendo mi Nueva York. Los fines de semana eran nuestros. Tú venías y recorríamos la ciudad, de norte a sur y de este a oeste. A veces solos y otras veces acompañados por los que se fueron convirtiendo, al final, en «los nuestros». No venías todos los fines de semana; tenías tu vida en Dallas. Yo también iba a verte. Nos convertimos en *cowboys* del aire, rumbo a cualquier ciudad.

La primera vez que viniste fui a recogerte al aeropuerto. El aeropuerto de Nueva York nunca me había parecido tan grande, tan lleno de gente y, sin embargo, tan vacío. Habían pasado casi seis meses desde la última vez que nos vimos, y cada día sin ti me había hecho una eternidad. Estaba nervioso, el corazón me latía con fuerza en el pecho mientras buscaba tu rostro entre la multitud. Y, de pronto, allí estabas. Apareció tu sonrisa, y por un momento, todo lo demás se desvaneció. Solo estábamos tú y yo.

Corrí hacia ti, y cuando nuestros ojos se encontraron, supe que todo iba a estar bien. Seis meses sin verte no eran suficientes para dejar de quererte. Tu abrazo fue un refugio, un lugar seguro en medio del caos del aeropuerto. Sentí tus brazos en torno a mí, fuertes y seguros, y supe que no quería estar en ningún otro lugar.

Nos quedamos allí, en medio del bullicio, simplemente disfrutando del momento. Las despedidas y las bienvenidas se mezclaban a nuestro alrededor, pero nosotros estábamos en nuestro propio mundo.

Ese día, en el aeropuerto JFK, encontré algo más que a ti. Encontré un pedazo de mí mismo que no sabía que había perdido. Y, aunque el camino que tenía por delante era incierto, sabía que mientras estuvieras a mi lado, todo estaría bien.

Cuando yo iba a verte, vivíamos en aquel apartamento, el número quince, desde el que se veía una gran extensión de terreno llano. Aquello no era Nueva York, pero los atardeceres desde tu casa se parecían a los de Alicante. El sol era enorme, por eso hacía tanto calor, pero aprendí que hasta en los sitios más calientes puede llegar a hacer mucho frío. En Dallas hace mucho frío o mucho calor, nunca hay un término medio, salvo algunas semanas que son como una primavera.

Allí, los inviernos eran tan fríos que parecía que el viento cortaba la piel. El verano, o lo que parecía el inicio, que vivimos a principios de marzo, era tan caluroso que el asfalto se derretía bajo nuestros pies. Pero había algo en esa ciudad que me hacía sentir vivo, quizá era su gente, su ritmo, su energía.

A veces, cuando el sol se ponía y la ciudad se sumergía en la oscuridad, me sentaba en el balcón de tu apartamento y miraba las luces. El sol siempre era enorme y antes de ponerse tras la bruma del desierto desprendía un halo de ensoñación, agrandándose todavía más: una bola de helio gigante. Después llegaban las estrellas. Me recordaban a las del cielo nocturno de Alicante, tan lejos, pero a la vez tan cerca.

A pesar de la distancia, siempre llevaba un pedazo de Alicante conmigo. En las noches más frías de Dallas, me envolvía en una manta y cerraba los ojos, imaginando que estaba de vuelta en mi ciudad, sintiendo la brisa del mar en el rostro y escuchando el suave murmullo de las olas. En Dallas fue donde aprendí que, sin importar el clima, siempre se puede encontrar calor en los recuerdos y frescura en los sueños.

Tus amigos no eran como los míos. Eran todos profesores de primaria o bailarines de *pole dance*. Tú no tenías término medio, nunca lo has tenido, pero yo no encajaba ni con unos ni con otros;

al contrario que tú, que sí que entrabas en mi círculo. Qué le voy a hacer, ni sé de matemáticas ni cómo bajar por una barra. Aquello era más tuyo que mío. Me sentía un extraño en tu realidad, salvo cuando estábamos los dos solos en la penumbra del salón y me abrazabas con la ternura con la que se abrazan dos personas que se conocen desde hace mucho tiempo, con un amor que sigue latente.

Abrazabas fuerte. Los abrazos siempre deben serlo, de lo contrario son roces.

En la penumbra de tu salón encontré un hogar muy lejos del mío, en tus brazos. A pesar de nuestras diferencias y de nuestros mundos tan distintos, había algo en ti que me hacía sentir en casa. Tus abrazos eran mi refugio, mi santuario, mi paz. Eran un cine donde aburrirse sin querer que termine la película. Recuerdo cómo tus manos recorrían mi espalda, cómo tus dedos dibujaban constelaciones invisibles en mi piel. Cada abrazo era un poema sin palabras, una promesa silenciosa de amor y lealtad.

A veces, cuando el mundo exterior se volvía demasiado ruidoso y caótico, me refugiaba en tus brazos. Y allí, en la quietud de nuestro amor, encontraba la calma que tanto ansiaba. Tus abrazos eran fuertes, sí, pero también eran suaves, llenos de una ternura que solo podía venir de alguien que te conoce, que te entiende, que te ama tal y como eres. Es cierto que a veces me sentía como un extraño en tu mundo, pero en tus brazos siempre me sentía en casa. Al final del día, no importaba si éramos profesores o bailarines, matemáticos o artistas. Lo único que importaba era que éramos nosotros, dos almas entrelazadas en un abrazo eterno, dos corazones latiendo al unísono en la penumbra de nuestro salón

Semana tras semana, Sara y yo nos íbamos camuflando entre los españoles de Nueva York. Es curioso el sentimiento de comunidad

que nos aferra a todos cuando estamos lejos de casa. A dos manzanas, en la misma calle, Jorge y Juan regentaban una mejillonería que había pertenecido su abuelo paterno, un gallego que emigró durante la Guerra Civil y se puso a trabajar en lo que sabía: el marisco. Eran milicianos del marisco. Una larga dinastía que ahora recaía sobre ellos.

Los viernes eran de mejillones al vapor. Algún sábado también. Y entre semana, cuando no nos perdíamos por ahí. Tú solo venías los fines de semana. Siempre me decías lo mismo los domingos por la tarde, cuando apurando el último minuto, me besabas antes de subirte al taxi:

—Ahora vuelvo.

«Ahora vuelvo.» Tú te ibas y yo me quedaba. Siempre era igual. Pero siempre volvías.

A pesar de la magnitud de la ciudad, cuando me quedaba solo, algo que rara vez ocurría, también conseguía encontrar momentos de tranquilidad. En Central Park, por ejemplo, donde la naturaleza se entrelaza con la ciudad, encontré un lugar donde sentarme y observar a la gente. Vi a familias jugando, a parejas paseando y a artistas callejeros actuando. También había otros solitarios en bancos, fumando o mirando, como yo, esperando. Era un momento de paz en medio del caos.

De nuestro Nueva York aprendí muchas cosas. A estar solos en la calle, a hacer fotos sinsentido y volver a pasar las tardes desnudos, esta vez en mi cama. Volví a sentir cómo te sudaba la piel al rozarla contra la mía mientras yo, arqueando la espalda sobre el colchón, apartaba la cabeza para que me besaras en el cuello. Te sentía. Dentro. Fuera. En todos los sitios. Aprendí a compartirnos con los demás. Yo, que siempre he sido un receloso de mi intimidad. Sin

embargo, Sara no admitía la intimidad. No era una entrometida, pero sí preguntona, y una hermana a ese lado del océano.

Nueva York nunca era aburrido. Si estábamos sentados esperando algo... por ejemplo, el metro. O si estábamos sentados en el metro esperando algo... por ejemplo, que arrancara de una vez. Nunca nos aburríamos. La mayoría de la gente iba mirando el móvil, algunos leían libros, yo no. Yo te miraba a ti con recelo, como queriendo absorber lo que quizá la semana que viene ya no tendría. Tú me mirabas a mí con ese talante tan tuyo de autoconfianza. Yo los observaba, a los demás, que es algo casi siempre excesivamente interesante. Demasiado interesante. Es un rincón exquisito.

Las mañanas heladas teñían de blanco el cristal de la enorme ventana de mi habitación en el piso séptimo. Los fines de semana me despertaba pronto y ti te costaba más amanecer. En mi habitación, tu cuerpo desnudo bajo el edredón, que te dejaba las dorsales al descubierto y los brazos a la intemperie, esperando a que fuese con mi boca a recorrerte. Era el ritual. Diez pasos había desde la ventana hasta ti, que dormías boca abajo casi en el centro de la cama. Diez pasos que yo recorría en medio segundo, mientras tú despertabas y a mí me despertabas el clima tropical en pleno invierno de Nueva York.

Al otro lado, un viejo depósito de agua brillaba sobre la azotea de un rascacielos, y abajo, hasta donde alcanzaba la vista, las hojas de Central Park, volaban juguetonas por las calles y se organizaban en geometrías ocres en torno al gris imperturbable del lago como un tapiz de lana. El ascensor de mi apartamento se desplazaba a una velocidad de dos metros por segundo, pero a primera hora de un sábado y con el estómago vacío, me parecían siglos que aprovechabas para devorarme los labios. Afortunadamente, Susann, la panadera de abajo —Sara y yo supimos que se llamaba así una

mañana de despistes— abría muy temprano y preparaba el mejor café de todo el Downtown. No es broma. Esa norteamericana amable y siempre atareada preparaba el mejor *filtered coffee* de Manhattan —para ti, que odiabas el café, zumo de naranja recién exprimido—. Los *muffins* con pasas y los *croissants* con pistachos estaban siempre calientes, aunque la ciudad hubiera arrancado hacía mucho. Era una bendición para los perezosos que nos resistíamos a abandonar las sábanas en invierno. Bajo la campana de cristal del mostrador se encontraban todos los dulces que consumimos cada sábado y domingo que compartimos, inundando de olor a bizcocho el pequeño local. Sara y yo íbamos los miércoles, porque ella siempre decía que los miércoles no existen. Llegué a creerlo.

—Tía —siempre me llamaba tía. Cuando la conocí me dijo: «Te puedo llamar tía, ¿verdad? Espero que no te importe. Es que me recuerdas a mi amigo David y siempre lo llamo tía»—, no existen. Necesito aligerarlos con un bollo. Un miércoles la gente no folla, nadie ve a su pareja. Solo hay rutina.

Por eso los miércoles veíamos películas de amores imposibles, ella y yo bajo la manta del sofá, pero nunca las terminábamos, porque para imposible ya estaba el día a día.

Todos los lunes volvía a perderme. «Es como si la serotonina del cerebro se fuese de viaje los lunes», me dijo una chica que venía conmigo al gimnasio mientras estaba sentada encima de una pelota de yoga con menos ganas de moverse que yo, que ya era decir. Qué razón tenía. Los lunes no hay bares abiertos en los que invitarnos a cerveza porque es difícil sobrellevarse con la vida. Nadie se despierta con ganas y todas las camas se vuelven superficies unilaterales.

Todo el mundo vuelve a la rutina, y los que luchan contra la distancia por un amor, como tú y yo, vuelven a casa sin la mano que se posa encima de la suya cuando se cambia la marcha del coche.

Los lunes no nos enfadamos, por lo que no solemos hacer el amor. Leí que la BBC publicó un estudio que decía que uno de los días que menos orgasmos se tienen es el lunes. Son días ordenados, como un montón de sábanas recién planchadas dentro de un armario que no entiende de locuras —no como el mío—. No hay manifestaciones ni nadie que proclame a los cuatro vientos que se ha enamorado de la persona más guapa de la ciudad. El Orgullo, por ejemplo, no se puede celebrar un lunes. Los lunes no tienen color, y el amor desprende el color de la libertad, que es de colorines justamente. Por eso se suele celebrar el sábado. Por eso tú y yo nos celebrábamos en sábado.

El abrigo, el gorro, las botas, los guantes, el vaso de papel con el segundo café del día calentándome las manos como un termo portátil de felicidad, dieron paso, sin darme cuenta, a camisetas de manga corta, *shorts* y sandalias acompañadas de refrescos. El calor se apoderó de Nueva York a medida que la primavera —casi inexistente allí— se iba y el verano anunciaba su llegada. Y eso significaba algo: mi tiempo se había terminado. Uno de junio. Seis meses. Volver. Eso resonaba en mi mente.

—¿Qué vas a hacer? Cuando termines podrías venirte a Dallas una temporada después de que pasemos el verano en España.

Las Navidades pasadas, antes de que yo llegara, no habías vuelto a España. Deseabas volver, a pesar del miedo que te generaba por esa idea tuya de volver al pasado.

Me lo preguntaste una mañana, mientras me abrazabas en la cama. Me giré y te miré. Sonreías, con tu barba de tres días y tus hoyuelos, que cada mes que pasaba a tu lado notaba más marcados de tanto sonreír. Te asimilé desnudo como estabas. Desnudo y entregado, con el pecho ligeramente tonificado y los dedos rozando mi brazo.

Medité la respuesta: ¿razón o corazón?

—No voy a volver —dije finalmente tratando de tragar saliva y con el hilo de voz que sabes que pongo cuando sé que lo que voy a decir no va a sentar bien.

Algo había cambiado, quizá nuestro Nueva York me había cambiado. O puede que ya no fuéramos los mismos después de los meses que habíamos pasado separados. Éramos tan jóvenes...

Aquella mañana el sol asomaba, tímido, por debajo de las nubes disueltas como algodones de azúcar, pero en el interior de aquella habitación tuvimos la mayor disputa que habíamos mantenido nunca. Yo trataba de hacerte entender, tú te encerrabas. Tú me decías, yo te gritaba. Y te fuiste. «Me voy. Necesito un tiempo. Necesito pensar», me dijiste mientras te ponías unos vaqueros y me mirabas fijamente con los ojos llenos de lágrimas y rabia.

—Vete. Si quieres irte, vete. Pero yo siempre me acuerdo de los que se van.

Te fuiste, y el vacío que dejaste no fue lo que más me dolió. Fue darme cuenta de cuánto me había perdido a mí mismo en el proceso. Me habías arrastrado a Dallas, a Nueva York, todo en nombre del amor, pero poco a poco fui comprendiendo que el amor no era eso. El amor no es una cadena, no es un chantaje constante disfrazado de preocupación, ni un mapa de futuros ya trazados en los que nunca tuve voz. El amor no debía obligarme a elegir entre mis sueños y los tuyos.

Me habías convencido, sin decirlo directamente, de que mi vida sin ti no tendría sentido. Pero mientras te ibas, algo dentro de mí comenzó a despertar. Entendí que el amor no es el miedo sofocante a la pérdida, la sensación de que «si no estoy contigo, no soy nada». El amor verdadero no se impone, no te pide que renuncies a lo que eres, sino que te impulsa a crecer.

Aquella mañana no solo te dejé ir, también empecé a dejarme ir a mí mismo.

No insistí en que te quedaras conmigo. No tenía fuerzas para hacerlo. Llevábamos demasiado tiempo jugando a ganarle minutos al minutero del tiempo perdido. Era demasiado amor, demasiado agotador, más del que yo podía asimilar. Era uno de esos amores que pedían y pedían. Demasiado. Un ojo de huracán que invitaba a amar.

Y allí estábamos, en el umbral de una despedida velada, con el peso del silencio colgando entre nosotros como una cortina demasiado pesada como para apartarla. Habíamos construido un mundo juntos, un refugio contra la incomprensión del exterior, pero incluso los refugios más seguros pueden convertirse en prisiones si quienes los custodiamos decidimos hacer de verdugos.

—Quizá —dijiste con una voz que apenas reconocí —es hora de que aprendamos a vivir separados, para encontrar quiénes somos sin el otro.

Tus palabras, aunque dichas con suavidad, cayeron como martillos en mi pecho. No era solo una pausa; era el reconocimiento de que lo que teníamos estaba cambiando, transformándose en algo que ninguno de los dos sabía nombrar ni comprender.

Te miré, lo hice porque temía que fuera la última vez. Vi la tristeza en tus ojos, un reflejo de la mía, pero también vi la determinación: la de buscar tu felicidad, incluso si eso significaba explorar mundos desconocidos lejos de mí. Incluso si a mí ya no me incluía. El verdadero amor no trata solo de estar presente, sino también del coraje de dejar ir.

Y allí me quedé. Solo. Como cuando llegué a la ciudad. De un portazo. En medio de Nueva York. Como cuando me dijiste que te venías a este país. En una habitación que no era mía ni nuestra, que

en unas semanas ya sería de otro, cuando mi aventura americana terminara y tuviese que volver a la que fue nuestra realidad. Solo, como cuando me fui de la que fue nuestra ciudad. A una realidad que ahora sería tan solo mía.

Habías sido como un tifón en mi vida. Llegaste de repente, arrasando con todo lo que conocía, lo que creía ser. Al principio, tu presencia fue emocionante, una fuerza poderosa que me sacudía de la rutina, que me hacía sentir vivo de una manera que nunca antes había experimentado. Pero, como cualquier tifón, lo que trajiste no fue solo intensidad, sino destrucción silenciosa. Poco a poco, mientras me veía envuelto en tu caos, lo que antes parecía una ráfaga fresca empezó a transformarse en algo imparable que me desarraigaba de mí mismo.

No fue hasta mucho después, cuando ya estabas lejos, que pude ver los estragos que habías dejado tras de ti. No solo en mi vida, sino en mí mismo. Las cosas que había sacrificado, las oportunidades que había dejado pasar; todo porque me habías convencido —con una mezcla de amor y control— de que lo nuestro valía más que cualquier otra cosa. Que estar contigo, aunque significara perderme a mí mismo, era lo único que importaba.

Como un tifón, llegaste sin aviso, y cuando te fuiste, dejaste escombros. Mi vida estaba patas arriba, pero, sobre todo, lo que me quedó fue la sensación de haber sido arrasado, de que lo que una vez había sido mi vida, mis sueños, ahora no era más que un paisaje desolado. Había estado tan centrado en sobrevivir a tu paso que no me di cuenta de lo que se estaba destruyendo a mi alrededor.

Cuando te fuiste sin fecha de vuelta ni agendada en mi vida la de ida, tras aquel día, caminé mucho. Miré demasiadas veces los mensajes del móvil esperando uno tuyo, pero nunca llegaba. Quise llamarte, ¿sabes? Pero volvieron a jugar nuestros orgullos: el tuyo,

incapaz de retroceder y el mío, que una vez torcido no hay quien lo ponga recto. Fueron los días más oscuros.

La ciudad destellaba, toda de vidrio y cristal, con una reluciente sonrisa vertical, y yo terminaba los cafés que la panadera me seguía preparando y hacía planes sobre la marcha. Los tres sábados que no viniste a verme —o que no fui yo, aunque yo siempre iba menos porque siempre decías que Nueva York tenía mucho más para ofrecernos— aquella señora, tras el mostrador, siempre me preguntaba con su inglés cerrado: «¿Dónde está tu novio?». Supo que éramos pareja sin decirle nada. Nosotros, que siempre jugábamos nuestras cartas en la intimidad. La complicidad se huele a kilómetros, y tú y yo, al fin y al cabo, nunca fuimos amigos.

Nunca le conté la verdad. Mentí.

Poco a poco, los museos desaparecieron y llegó el momento del bullicio y la ciudad. Me despedí mentalmente de las visitas habituales en el MoMA cuando terminé los estudios. ¿Cómo podían haber pasado seis meses? Adiós, muchachas cubistas de la calle Avinyó, noche de locura estrellada de Van Gogh, fieras danzarinas de Matisse, beso enmascarado (terriblemente real porque nos veía reflejados en él) de los amantes de Magritte.

La realidad se fue empaquetando en cajas. El apartamento se convirtió en un desván de lo que podíamos llevarnos a España y lo que no, que fue desapareciendo entre nuestros conocidos del MoMA, nuestros amigos gallegos y los vecinos del edificio que no conocíamos de nada. Todo el mundo, por aquel entonces, necesitaba algo nuevo en Nueva York.

Sara también se iba. No teníamos nada más que hacer allí. Dos especialistas en arte rotos por todo lo que todavía los rodeaba. A ella la había llevado a la ciudad la vida, un cambio de aires, la necesidad de hacerlo. A mí, recuperar los aires del pasado.

Caminar despacio bajo el sol por las pintorescas calles del West Village, con sus características *brownstones* de ladrillo rojo y sus escaleras de incendios, fue uno de los placeres de las mañanas de verano que Sara y yo disfrutamos en Nueva York porque antes no nos había dado tiempo. Ella sabía que yo estaba mal, pero no me decía nada. Yo sentía todo en exceso: tu marcha impulsiva, lo que te dije, lo que me dijiste, las malas formas... pero ¿qué iba a hacer? El tiempo siempre gana y el aire de la primavera, que ya se iba más de lo que venía, a mí me empezaba a saturar.

MacDougal Street y su Minetta Tavern, llamada así por Minetta Brook, el arroyo perdido que fluye por debajo, que aún se puede percibir en el asfalto serpenteante de la calle y que desemboca en el ruidoso mar de coches de la Sexta Avenida. Fue uno de los tesoros que descubrimos caminando durante horas en nuestros primeros días en la ciudad, ¿recuerdas? Sigue siendo la taberna por excelencia de Nueva York, decorada con maderas oscuras, suelo de baldosas de tablero de ajedrez, banquetas rojas y paredes cubiertas de caricaturas. Los platos se remontan a la época de la Ley Seca, marcada por los gánsteres irlandeses brindaban junto a los gánsteres italianos antes de matarse entre ellos, los músicos de *jazz* del Blue Note, los duros reporteros de la Gran Guerra, las comprometidas feministas de pelo corto y falda estrecha o los poetas trágicos de la Beat Generation.

El día que fui con Sara, el camarero, un italiano de hombros anchos y sonrisa napolitana, con el pelo peinado hacia atrás, como salido de un anuncio de Armani, esperaba, paciente, aunque no había nada que esperar. Obedeciendo a una vieja tradición que empezó el día en el que tú y yo entramos por primera vez y yo tropecé con la mesa más cercana a la puerta —siempre llevo las piernas llenas de moretones de tanto tropezar—, pedí un Tom Collins

y una Black Angus Burger, que devoré con delectación porque se trataba, sin duda, de la mejor hamburguesa de la ciudad. Afuera el calor arreciaba y comenzaba a decaer la luz. Las farolas de Broadway se encendieron a la altura del número 828 mientras cruzábamos la avenida en dirección este, Sara y yo, por última vez, justo en la esquina con la 12th, y le pedimos a una señora que nos inmortalizara con una foto justo allí. Sonrientes. Cada uno aguantaba su vela. Ella no quería volver a Madrid, yo tampoco a mi realidad.

—¿Y si no volvemos?

Esa fue la conclusión a la que llegó mientras andábamos por las calles. Yo también iba llegando a ella. España cada vez quedaba más lejos de nuestros corazones. Cada vez te entendía más. ¿Para qué volver? Empezaba a entender más tus reacciones, los olvidos navideños y tus pasotismos. Irse de casa es duro, volver a ella todavía más. Sentía tu miedo a pesar de no tener noticias tuyas más allá de las cuatro fotos que subías a redes sociales para demostrar lo bien que estabas. Yo también lo hacía, pero quizá más por melancolía. ¿Sentías tú el mío? Mi miedo, quiero decir. Estaba tan asustado...

—¿Has sabido algo de él?

Eso fue lo que me preguntó Sara, para quien habías desaparecido también sin rastro.

Negué con la cabeza.

—¿Y por qué no le escribes? —insistió.

—Porque se fue. Se ha ido dos veces. Y porque en esta vida siempre hay alguien que quiere y otro que se deja querer. Y yo estoy cansado.

La noche se cerró en aquel último paseo por la ciudad, llena de luciérnagas de cristal entre los vidrios de los edificios, tan distintos

de los del barrio donde vivíamos. Estaba tan cerca del fin del viaje que casi podía olerlo, como un soldado cansado que vuelve a casa por Navidad sin haber ganado ninguna batalla. Las noticias que llegaban de Dallas dolían más que cuchillos, aunque no fuesen tuyas. Establecí, mentalmente, un mapa de los afectos donde tachaba cada lugar en el que habíamos estado juntos. Sentía cada roce en la calle, cada beso en el ascensor de casa y cada gemido en mi cama como si estuviesen pasando, como si siguieras en el sofá del salón con tu jersey color vino y tu pantalón vaquero, esperando a que terminara de vestirme para ir a desayunar. O cuando se empañaban las ventanas de mi habitación. El cerebro es inteligente. Derivé todos esos recuerdos a algún rincón inhóspito y desconocido del mío, al que estoy seguro que van a parar todos los recuerdos buenos, pero hirientes.

Sara se encogió de hombros y arrugó la nariz; todavía veo su cara si cierro los ojos. Envuelta entre modernidad.

Empecé a oler la sal del océano. Uno de esos olores que parecen provenir de vidas pasadas. La luna de Australia residía en Nueva York. Escuchábamos una música a todo volumen que provenía de algún lugar indeterminado, mientras chicos de ciudad atravesaban las calles embriagadas entre cantos de piratas. Aquella noche todos ellos iban a conquistar Manhattan.

El ferri que cruza el Hudson todos los días desde que la ciudad tiene memoria salió puntual hacia Brooklyn, que era mi Ítaca en este viaje. Sara y yo mirando el contorno de la otra orilla de la ciudad desde la isla que un día llamamos hogar antes de volver a casa, la que compartimos esa noche y algunas más, donde fuimos fraguando despedidas sin adioses con las que semanas más tarde separamos nuestros caminos, en aquel aeropuerto tan conocido por ti y por mí, por nosotros, para volver a España.

Nueva York nunca nos había parecido tan grande y tan vacía. Las luces de la ciudad, que antes parecían brillar solo para nosotros, ahora solo servían para recordarme tu ausencia. Cada rincón, cada calle, cada rascacielos, me recordaba a ti.

Esa noche, desde la ventana de mi pequeño apartamento en Manhattan, vi el horizonte de Brooklyn. Las luces de los edificios más bajos y dispersos brillaban en la oscuridad, creando un espectáculo que me dejó sin aliento una vez más en aquella jungla de cristal en la que los sueños se cumplen. A pesar de todo, me sentí afortunado de estar allí, en la ciudad de los sueños y las posibilidades.

Llegar a Nueva York solo por primera vez y marcharme de aquella ciudad de nuevo solo fueron experiencias que cambiaron mi vida. Me enseñaron a ser independiente, a apreciar la diversidad y a encontrar belleza en los lugares más inesperados. Aunque al principio fue intimidante, ahora no puedo imaginar otro lugar en el que preferiría estar.

Al final, de Nueva York entendí que lo que empieza solo termina solo. Me fui por ti, sí, pero decidí apostar por mí.

CAPÍTULO 10

SOBRE VOLVER A LA CIUDAD Y OTROS PROBLEMAS

El equilibrio es no dejar que nadie te quiera menos de lo que te quieres tú.

Elizabeth Gilbert

—Vente.

Eso fue lo primero que escuché al descolgar el teléfono dos días después de volver a casa. Después de seis meses en Nueva York, era como si nos hubiéramos visto la tarde anterior. Era Paula, quizá con dos copas de más o en su estado natural; se le enreda la lengua igual. Recuerdo que un día me llamó para decirme algo y no entendí nada. Era un enigma. No estaba de fiesta; resultó que acababa de despertarse de una siesta eterna.

—Nos vemos la semana que viene —dije mientras tiraba del edredón y el móvil se me resbalaba de la oreja.

Me pasa mucho, siempre se me cae el móvil, en la cara o en el suelo, depende de la posición en la que esté. Soy un desastre.

Colgué el teléfono y a los diez minutos sonó el timbre. Sabía perfectamente quién era. Dudaba si serían una o dos, al final estuve en lo cierto y eran dos. Nuria y Paula me esperaban allí, en vaquero, camisa y zapatillas y con el pelo liso. Dispuestas a salir a por todo. A olvidarlo todo.

Cuando las vi, las abracé. Lloré en sus brazos. Fue inevitable.

No había llorado antes de aquel momento. Me había hecho el fuerte. «Algún día vas a reventar», me había dicho Sara en el asiento del avión. Ya había pasado.

Una de ellas me apartó la cara de su hombro.

—Ya está —me dijo mientras me miraba fijamente—. No llores más. Nunca más.

Me sorbí los mocos mientras trataba de sacar un pañuelo arrugado del pantalón del pijama. Siempre me dejo pañuelos en todos los sitios, usados y a estrenar. Se me olvidan. No puedo evitarlo. Meto la ropa en la lavadora y la enchufo, y cuando suena el pitido del final está todo lleno de pequeños y microscópicos papelitos blancos de lo que fue un pañuelo de papel. Son una excusa barata para tirar los pantalones negros a la basura, y así esquivar la pereza y la amargura que me produce el quitarlos uno a uno con el rodillo quitapelusas. Lo uso muchísimo y siempre me produce la misma acidez.

El rodillo quitapelusas de superficie superadherente es un *must* en la vida de cualquier persona humana que no quiera ir hecho una mierda por la calle cuando se viste de negro. Es como el Carmex. El infinito está en uno de sus botes. Nunca he terminado ninguno, los pierdo antes. Son los bolis Bic de los adultos, pero con sabor a cereza o sandía. ¡Y el escozor! Tienes que probarlo, todavía me encuentro con gente que no sabe lo que es. Y mira que he impregnado ese bálsamo en bocas que no eran la tuya... pero sigo pensando en cómo se quedaba en las comisuras de tus labios.

El Carmex pica más que la vaselina neutra, pero mucho menos que el *gloss* labial de mi amiga Paula. ¡Pica muchísimo! Un día nos lo pusimos todos y nos subimos a un taxi —con la mascarilla puesta, claro— y bajamos llorando. Era tal el escozor que los vapores de la

respiración, hacía que se te metiera en los ojos. Laura lo definió a la perfección:

—Es un picor criminal.

Totalmente. Aquello era criminal. También lo soy yo, según dice, por gustarme el helado de fresa de los bufets libres japoneses. Ella se come el de vainilla. ¿Quién come helado de vainilla después de un atracón de *nigiris*? Laura. También conozco a gente que pide el de chocolate que, sin duda alguna, sabe a algarroba. Eso es más de Paula y Nuria. Cuando respiro sobre esa bola de helado vuelve a mí el garrobal que había en mi colegio, donde hacíamos cabañas y cosas de críos —justo antes de creer que éramos mayores y que aquello era ya una cosa de niños, lo de disfrutar el día a día sin importarnos lo que pensaran los demás, quiero decir.

Los helados de los restaurantes asiáticos son extraños, ¿no crees? Ninguno sabe a nada en especial, pero todos tienen un sabor tan insulso que nos obliga a pedirlo después de decir que no podemos más, y en mi caso repetirme internamente que nunca volveré a comer tanto. Eso también es criminal, pero menos que lo del *gloss* de Paula. Por eso yo uso Carmex, hidrata, pero no brilla; pica, pero no mucho; porque el infinito está en un bote de Carmex.

Tú siempre decías que mi bote de bálsamo labial era una parte de mí. Como lo son mis amigas. Dijiste que el que un día se case conmigo lo hará con todas ellas. Como un brazo o una uña, de esas que siempre llevaba feas porque soy nervioso y la espera la llevo mal, y nunca he conseguido dejar de morderlas. Es mi talón de Aquiles. El único vicio que no consigo quitarme. Si hasta dejé de fumar...

Con las uñas me pasaba como contigo. No conseguía dejarte fuera de mi cabeza. Que sí, que follar contigo es la hostia. Pero yo quería más. Ir contigo al cine en viernes, que me enviaras fotos sonriendo

al WhatsApp y que sintieras que conmigo tenías alguien en quien confiar, como me sentía yo cuando te tenía cerca. Que todo estuviera bien y cerca, que volvieras. Que parecieras igual de feliz conmigo que con los demás. Porque si me fui, no fue solo por mí. Y porque si tú te fuiste, fue por los dos y en silencio. No sabemos qué seremos en un futuro, ni por cuánto tiempo, pero si me dan a elegir, sigo pidiendo mesa para dos en algún bar de los que visitamos aquel invierno sin fin que vivimos en la ciudad a la que me tocó volver.

En mi regreso a Alicante tuve que cambiarlo todo. Es increíble cómo las personas cambiamos a otros cuando nos acercamos a ellos. Cuando me dejaste, no sabía si el mundo estaba al revés o era yo el que se había quedado cabeza abajo. Tuve que volver a aprender a dormir cuando tú no estabas a mi lado. Inocencia involuntaria.

Los espigones que dan al mar. Mi casa y tu barrio. Las torres que se alzan y las que ya no están en la ciudad. En los portales, donde yo te esperaba y desde aquel día, en mis sueños, te seguía esperando. De vuelta en la ciudad. Había jurado no echarla de menos, pero Alicante siempre está en mi memoria. Amores y odios. Las calles de Alicante, donde todos somos inmortales, aunque nos vayamos.

Olvidar a alguien es tristísimo. Nunca he podido llegar a hacerlo por completo. Lo que te dije mientras te subías la bragueta del pantalón vaquero en aquella habitación era verdad. El primer hombre que me gustó todavía me gusta, pero no desde un sentimiento de amor o cariño, sino más desde la desconfianza. Es todo un síndrome de Estocolmo. Lo mismo me pasa con mi primer exnovio, a pesar de que lo dejé yo. Con él fue diferente, fue un poco antes de conocerte a ti. Él me destrozó antes de ti.

Mi amiga siempre dice que tenemos que poner puertas al campo o se escapa el ganado. Con aquel chico todo fue diferente que contigo, con él se acabó de golpe. Supongo que es lo que pasa cuando te das cuenta de que, sin tú saberlo, la relación se ha abierto y han entrado muchos más. Supongo que es lo que sucede cuando el pan de ayer no es un buen postre para hoy.

Como un cuadro en la pared, me quedé inmóvil, suspendido en el tiempo y el espacio. Un testigo silencioso de los días que pasaban, de las estaciones que cambiaban, de la vida que seguía su curso. Estaba estancado, pegado a la pared, incapaz de moverme, de cambiar, de avanzar. Era como si una parte de mí se hubiera quedado contigo, como si, al irte, te hubieras llevado un pedazo de mi corazón. Y yo allí, colgado en la pared, esperando un regreso, esperando que el tiempo curara las heridas, que el amor volviera a florecer. Esperando un mensaje, el final del tiempo.

Pero el tiempo es un maestro cruel. No cura todas las heridas, solo las hace más soportables.

Y así, como un cuadro en la pared, aprendí a vivir «sintigo», como decía Sara cada vez me llamaba desde su Madrid. Aprendí a llenar el vacío con recuerdos, a pintar mi soledad con colores de esperanza. Aprendí que incluso cuando te sientes pegado a la pared, aún puedes cambiar. No somos solo cuadros en una pared, sino obras de arte en constante evolución. Y, aunque a veces nos sintamos pegados, estancados, siempre hay una manera de seguir adelante y seguir creciendo y amando.

Los días se convirtieron en semanas, que pasaban lentas. El día era un recordatorio de tu ausencia; la noche, un eco de su risa; el amanecer, una sombra de tu sonrisa; y los fines de semana, un recuerdo de la vida.

Empecé a redescubrirme, a reconstruirme sin ti. Empecé a llenar los espacios vacíos con nuevas experiencias, nuevos amigos, nuevos sueños. Empecé a pintar mi propio cuadro.

A veces me sentía perdido, desorientado, pero siempre encontraba el camino de vuelta a mí mismo. Poco a poco, empecé a despegarme de la pared. Empecé a moverme, a cambiar, a evolucionar. Aprendí que estaba donde necesitaba estar.

Aunque la vida a veces puede ser dura y puede doler, siempre hay belleza en el dolor, siempre hay luz en la oscuridad. A pesar de que nos sintamos perdidos, siempre hay un camino de vuelta a casa, a nosotros mismos.

Acababa de publicar mi primer libro e iba y volvía de la ciudad. Mi vida no había hecho más que empezar. Alicante, con su vibrante vida urbana y su mar tranquilo, se había convertido en mi hogar y mi refugio. Cada viaje, cada regreso, era un recordatorio de lo lejos que había llegado y de lo mucho que aún me quedaba por recorrer.

Mi vida no había hecho más que empezar. Había días que iban llenos de incertidumbre, noches llenas de dudas, pero también momentos de alegría inesperada y realización. Cada paso que daba y cada decisión que tomaba me colocaba más cerca de convertirme en la persona que siempre había soñado ser.

—No sé si es lo apropiado —les dije a las chicas una tarde de mediados de junio, antes de las fiestas. Estábamos en la terraza de un *pub* de la ciudad a la que éramos asiduos cuando salió en la conversación la idea de seguir pasando páginas y darle comba al chico que me hablaba por redes sociales.

Como había pasado contigo antes. En el mismo sitio. La historia siempre se repite. Realmente, no me parecía apropiado porque no

eras tú. Aquel chico no se parecía en nada a ti y yo te seguía buscando por las esquinas.

—Cariño, lo apropiado es lo que te parezca oportuno.

Eso fue lo que dijo Paula antes de que tu voz resonara diciendo mi nombre en mitad del bullicio de aquella plaza.

Allí estabas tú, como un faro en medio de la multitud, tu rostro iluminado por el sol de junio que se reflejaba en las aguas del puerto de Alicante. Tu voz, aunque suave, cortó el aire como una melodía familiar, una canción que había olvidado, pero que mi corazón aún recordaba. Me quedé paralizado, el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, mientras te acercabas a mí. ¿Eras real?

Tu sonrisa era la misma, cálida y acogedora, y, cuando pronunciaste mi nombre, sentí que el mundo se desvanecía a nuestro alrededor. De nuevo tú y yo, en medio de la plaza, rodeados por el alboroto de la ciudad, pero a la vez aislados en nuestra burbuja.

No sabía qué decir ni cómo reaccionar. Habíamos dejado cosas sin resolver, y ahora, de repente, teníamos la oportunidad de enfrentarnos a todo eso. Pero en ese momento, solo podía mirarte, recordando el pasado y preguntándome qué nos depararía el futuro.

Durante semanas había pensado en volver a nuestra terraza. A aquella frente al mar, a un par de calles de donde estábamos. Desempolvar tu número de teléfono y volverte a llamar. Quizá podríamos tener aquella conversación tonta que tienen las exparejas cuando se ven. Discutir un rato, como las últimas veces que nos vimos. O quizá podríamos terminar en tu cama, con tu sexo friccionando el mío y mis labios poseyendo tu cuello, lentamente, sin prisa y con los primeros rayos de alba como único despertador. Haciendo lo que mejor sabíamos hacer.

Los domingos podríamos volver a estar envueltos entre las sábanas blancas, desnudos todo el día, comiendo a deshoras y con el único propósito de esperar que el tiempo pasara y nos devolviera a la cruda realidad que son los lunes. Podrías venir a comer paella a mi casa, y yo a dejar mi cepillo de dientes en la tuya. Volver a empezar. Intentar reconocernos, aunque me sepa de memoria el mapa de constelaciones que forman tus lunares de la espalda.

Recordé la primera vez que te vi sin que estuviéramos tú y yo solos. Yo con mis amigos y tú con los tuyos. Ya nos sentíamos por aquel entonces. Estabas en una terraza a la que no he sabido volver. Creo que tuve que andar por las callejuelas que componían el casco antiguo. He tratado de repetir el trayecto sin éxito. Te vi. Tú, así como eras, con el pelo recién cortado y la barba de tres días. Me acuerdo hasta de lo que llevabas puesto: los vaqueros de corte recto que tantas veces te pusiste y la camiseta blanca con el parche de color negro en el pecho. Olía a mar. No debíamos de estar a más de dos calles de la playa más cercana. La noche empezaba a caer y el mar entremezclaba sus olores con los de las hogueras que ya empezaban a arder. Era la noche de San Juan y por culpa de aquella pequeña coincidencia no hay ni un 23 de junio en el que no piense en ti. Aunque sea un rato y acabe volviendo a dejarte a tu aire, estés donde estés. Miraste a mi grupo de amigos cuando aparecimos por el cruce que daba a la terraza. Imposible olvidar que me crucé con tus ojos de color castaño claro en ese mismo instante. No quedaban mesas y terminamos todos sentados en la misma, apretujados y con la piel, que rezumaba vida y verano, alerta. Estuvimos muy a gusto, cenamos muy bien y terminamos cerrando la terraza con una copa tras otra que siempre iba a ser la última.

Había decidido volver a esa terraza en las últimas semanas. Reencontrarme con el pasado de bruces. Te juro que lo había

intentado, pero no había llegado a ninguna parte. Siempre me metía en el entramado de calles que componen el casco antiguo, y cuando pensaba que estaba llegando, me perdía de nuevo. Quizá era una forma de proteger mi corazón. Mi mente se perdía de manera premeditada para evitarme revivir aquel momento. Porque ahora no estarías tú.

Les había preguntado a todos mis amigos, pero ninguno de ellos se acordaba de cómo llegamos hasta allí aquella tarde de finales de junio, atravesando las calles de un barrio escurridizo, enrevesado y precioso.

Me acordaba de algunas calles, pero no de todas. Me acordaba de que en la que tiene la escalinata, una vez me besaste el cuello, y que en la de la esquina que es de color rojo burdeos, tu boca fue a dar con la mía. En el museo de la plaza Quijano, frente a la contemporaneidad que desprendían los artistas expuestos, decidí que quería pasar la noche contigo. Una noche más.

Estabas cuando llegué y cuando me fui. Lo eclipsaste todo con tu mirada incidiendo en la mía. No pude ni fijarme. Tú hiciste que el sitio fuera especial y cuando por fin un día lo encontré por casualidad, ya nada era igual. Estaba apagado. El azul se había vuelto grisáceo y las sillas blancas se habían llenado de óxido. Los dos años que hacía de aquel día habían pasado sobre el bar, al igual que lo habían hecho sobre nosotros.

Me senté en una de aquellas sillas viejas y una camarera salió a tomarme nota. Pedí una cerveza, le di un trago enseguida y me metí un fruto seco en la boca. ¿Dónde estarías en ese mismo instante? Tuve el impulso de escribirte, pero pensé que las mismas reflexiones que habían pasado por mí lo habrían hecho por ti y que ya nada sería igual.

Pagué la cuenta y reservé una mesa para ese jueves. Tenía dos días para encontrar a alguien a quien traer a este sitio. Para hablar de nosotros, de lo que nos atemoriza y de todo aquello que nos dibuja una sonrisa en la cara cuando nos levantamos por la mañana. Habría sido genial que fueras tú, pero creía que no iba a ser posible. Ya no habría besos robados, ni mañanas entre tu colección de sábanas blancas. Ya no habría nada. No habría un nosotros, solo tú y yo por separado. Así que me acompañaron mis amigas.

Cuando me di la vuelta, me pareció oír las risas de aquella noche. A mis amigos sentados con los tuyos. Y tú y yo, aparte. Pensé que podría llamarte, preguntarte cómo estabas y tratar de volver a vernos. Venir al bar donde todo estaba bien.

Aunque, pensándolo bien, también podríamos ir a otro sitio.

Será por terrazas.

Creo que va a ser mejor que deje de fingir que no sabía dónde estabas y que admita que no había un día en el que no abriera el chat e intentase hablarte. Un tímido «Hola» que borraba rápidamente al pensar en lo tontos que fuimos.

Y de repente, de bruces, frente a mí. Tú. «Alicante es un pueblo», decías siempre. Y qué razón tenías.

Empezaste a preguntarme cosas con la fluidez que tiendes a mostrar cuando vuelves tras una desaparición, como si el tiempo no hubiera pasado. Y así, con la luna como testigo, comenzaste a llenar el silencio con preguntas que parecían danzar al ritmo de nuestro pasado reciente. «¿Cómo has estado?», me preguntaste, con una voz que resonaba con una familiaridad reconfortante. Cada pregunta era un puente hacia recuerdos compartidos, un intento de reconectar las piezas de un rompecabezas que solo nosotros podíamos completar.

Mientras la plaza a nuestro alrededor cobraba vida con el suave ronroneo del motor del atardecer, nuestras conversaciones se entrelazaban con la melodía de la noche. Hablamos de todo y de nada, rellenando los espacios que habían crecido entre nosotros con palabras y risas. En ese instante supe que no importaba cuánto tiempo pasara o cuán lejos nos llevase la vida, siempre encontraríamos el camino de vuelta el uno al otro.

—¿Podemos hablar?

Eso fue lo que me preguntaste mientras arrugabas la nariz. Yo te dije que sí y me despedí de las chicas. Tenían la mirada fulminante de quien ha resucitado un corazón enterrado y ve cómo se van a echar a perder sus esfuerzos. Habían salvado mi corazón de ti una vez, no querían hacerlo dos.

Nos alejamos de la multitud para buscar un lugar más tranquilo e íntimo. Podía sentir la tensión en el aire, como una cuerda a punto de romperse. Te miré, tratando de leer tus pensamientos, pero tu rostro era una máscara de indiferencia.

Finalmente, encontramos un banco solitario en un rincón de un parque desde el que se veía el puerto. Nos sentamos y durante unos minutos, a lo lejos, solo se escuchaba el murmullo de la ciudad, que empezaba a abrirse a las fiestas, como las que hacía un año habíamos vivido juntos cada noche en tu cama. Luego rompiste el silencio.

Que si tú, que si yo, tu boca y mis lágrimas, mis dientes y los tuyos. Todo eran mensajes difusos, pero seguía la conexión entre tus ojos y los míos. Hacía demasiado tiempo para recordar los detalles, pero muy poco para haberla olvidado, y, de vuelta en vuelta, terminamos en tu cama. Otro junio se repetía en la bruma de recuerdos y promesas rotas. Las sábanas contra las que me tiraste al llegar a tu casa, todavía desmantelada, aún guardaban el eco de

nuestras risas, el perfume de tu piel, la esencia de un amor que, aunque efímero, había sido intenso. Tus ojos, los ojos que me habían cautivado, ahora solo reflejaban la luna que se asomaba por la ventana de aquel barrio de Alicante en el que, una vez más, nos habíamos encontrado desnudos y entregados.

El silencio se apoderó de la habitación, solo roto por el suave murmullo de la ciudad nocturna. Y en ese silencio, encontré la respuesta a las preguntas que no me atrevía a formular. No éramos más que dos almas perdidas buscando consuelo en los brazos del otro, intentando llenar los vacíos con caricias y palabras dulces.

Te abalanzaste sobre mí tras quitarte la camiseta y lanzarla al suelo. Empezaste a besarme, suavemente y con desenvoltura, mientras tus manos reptaban por mi torso hasta buscar el botón del pantalón vaquero. Cuando me quise dar cuenta, el amanecer comenzó a teñir el cielo de tonos rosados y dorados, y supe que ese junio sería el último. Lo hicimos otra vez porque sí, pero ya nada era igual. No porque el amor se hubiera acabado, sino porque habíamos aprendido a amarnos a nosotros mismos por encima de todo. Todo había cambiado, eso era innegable. Y con esa certeza me levanté de la cama, te di un último beso en la mejilla y salí de la habitación, dejando atrás un mes de junio que nunca olvidaré.

Los días de inocencia y risas despreocupadas habían quedado atrás, en el año que habíamos vivido juntos en Alicante y que parecía que no fuese a terminar, pero fue reemplazado por la dura realidad de la vida adulta. Ya no éramos aquellos chiquillos que se querían sin límites, que soñaban con conquistar el mundo. Ahora éramos solo dos extraños, unidos por los recuerdos de un pasado que parecía pertenecer a otra vida. ¿Quería volver a aquello que me quitaba la respiración a miles de kilómetros? ¿Quería volver a nuestra indefinición?

Esa pregunta resonaba en mi mente mientras paseaba por las calles de Alicante, las esquinas, los callejones, los olores y sonidos, todo me traía recuerdos de aquellos días de verano. Días llenos de risas, juegos y amor. Días en los que parecía que el mundo entero estaba a nuestros pies.

Pero ahora, esos días parecían tan lejanos, tan irreales. Como si pertenecieran a otra vida, a otra persona. Miraba a mi alrededor y todo había cambiado. Los edificios, las calles, la gente, todo era diferente. Sin embargo, en mi corazón seguía sintiendo la misma conexión con el lugar. Con tu cama, el ritual.

¿Nos queríamos o solo nos recordábamos? No lo sabía. Tal vez no importaba. Tal vez lo único que importaba era que, a pesar de todo, de los años y las distancias, a pesar de las heridas y los errores, seguía recordándote. Seguía recordándonos. Y en esos recuerdos encontraba un consuelo, una paz y una felicidad que no había encontrado en ningún otro lugar.

No éramos ni tú ni yo, al menos no las versiones de nosotros que habíamos conocido y querido. Diría que aquellas por las que nos habíamos obsesionado. Habíamos cambiado, moldeados por las experiencias y las pruebas que la vida nos había impuesto. Algo había hecho clic en mí y ya no me venían bien cosas que antes veía perfectas. En ese proceso habíamos perdido algo. Algo intangible y precioso que no podíamos recuperar, por mucho que lo intentáramos. Y lo más doloroso de todo era que ya no había *nosotros*, esa entidad única y poderosa que habíamos formado juntos. Un vínculo que parecía inquebrantable se había disuelto. Ahora éramos solo tú y yo, dos individuos separados, cada uno luchando con sus propios demonios.

Pero, a pesar de todo, del dolor y la tristeza, no podía arrepentirme de nada. Y, sin darme cuenta, la noche de San Juan

aterrizó sobre nosotros como un 23 de junio que aparece implacable sobre el calendario. Las calles de Alicante estaban llenas de vida y color. Las luces de las farolas se mezclaban con las de los fuegos artificiales que iluminaban el cielo nocturno. La música de la verbena resonaba en cada rincón, y la risa de los niños se mezclaba con el murmullo de las conversaciones de los adultos. Y también estábamos tú y yo.

Habíamos quedado un par de días más desde que terminamos entre tus sábanas, pero todo era raro. No parecíamos nosotros. Las conversaciones se habían vuelto forzadas, las risas, escasas. Te enfadabas rápido y todo eran malentendidos que yo trataba de solucionar con perdones que no llegaba a entender por qué pedía. Los silencios, antes cómodos y acogedores, ahora eran tensos. Cada mirada parecía estar llena de preguntas, cada gesto parecía ocultar una duda.

La familiaridad que una vez nos unió ahora parecía un abismo que nos separaba. Cada encuentro parecía un intento desesperado de volver a lo que éramos, a los días en los que todo era fácil y natural. Pero algo había cambiado, algo se había perdido en el camino.

Nos encontrábamos en un limbo, atrapados entre el recuerdo de lo que fuimos y la incertidumbre de lo que podríamos ser. Y, aunque ambos sabíamos que algo no estaba bien, ninguno de los dos se atrevía a decirlo en voz alta, por miedo a que las palabras hicieran realidad nuestros temores.

Así que continuamos, día tras día, esperando que las cosas volvieran a ser como antes, sabiendo en el fondo que eso probablemente nunca sucedería. Y, aunque dolía, había una extraña belleza en esa tristeza, en esa melancolía que se había instalado entre nosotros. A pesar de la incertidumbre, seguía habiendo amor. Tal vez, solo tal vez, eso sería suficiente.

En medio de todo el bullicio de la noche de San Juan, allí estábamos, en un rincón apartado de la plaza principal. Yo, con mi chaleco negro, y tú, con tu camiseta de Keith Haring. Nuestras manos estaban entrelazadas, pero las miradas vagaban perdidas en la distancia.

Habíamos estado juntos, con nuestras idas y venidas, más de un año, pero esa noche, algo había cambiado. Había tensión en el aire y una tristeza en los ojos que no podíamos ocultar.

—Estoy arrepentido —dijiste finalmente, y esas palabras cayeron como una losa sobre mi corazón—. No debería haber dejado que las cosas llegaran tan lejos en Nueva York. No debería haber jugado con tus sentimientos. Voy a estar solo un par de meses aquí, luego volveré a Estados Unidos.

Tu confesión me dejó sin palabras. Un año fuera se convertía en otro más a medida que dejabas de articular tus palabras.

Durante semanas, había estado luchando contra mis sentimientos, tratando de convencerme de que lo nuestro, era real, de que significaba algo para ti. De que solo yo sentía esa falta de complicidad. Pero tus palabras me hicieron darme cuenta de que todo había sido una ilusión, como una esperanza demasiado vana, una torre demasiado alta a la espera una caída inminente.

Miraba el infinito, aquella calle en cuesta que venía hacia nosotros. Estaba abarrotada. No tenía nada que añadir.

—Lo siento —continuaste—. Sé que no es suficiente, y sé que probablemente no me perdonarás. Pero necesitaba decírtelo. Necesitaba que supieras la verdad. Te quiero, como en Nueva York, pero quiero volver a Estados Unidos. Y necesito que desaparezcas de mi vida porque contigo aquí siempre hay algo que me tira del hilo, que hace que quiera volver a este lugar cuando mi vida la siento allí. Necesito que te vayas o que te vuelvas conmigo. Te echo de menos

Aunque tus palabras me dolieron, también sentí un extraño alivio. El amor que sentía por ti era real, pero también sabía que merecía algo mejor. A alguien que me amara de la misma manera que yo. Lejos de mensajes y del sentimiento de sentirme colgado. Con muchas palabras y pocos silencios, lo contrario de lo que acostumbrabas a hacer.

Te miré con lágrimas en los ojos y te dije:

—Gracias.

Y así, en medio de la vorágine, nos encontramos en un punto de inflexión. Dos chicos que se querían, o eso pensaba por aquel entonces, pero cuyos caminos parecían divergir en lugar de converger. Dos chicos que, a pesar de su amor, no podían ver un futuro juntos. Dos amantes que, sin darse cuenta, habían perdido la complicidad en las alas de un avión. Agradecí tu perdón, pero aquel giro de guion me había servido para saber qué quería hacer y qué no; adónde quería ir y qué infiernos no quería volver a visitar.

El silencio se apoderó de nosotros, un silencio que parecía más estridente que cualquier palabra que pudiéramos decir. Te miré a los ojos, esos que una vez me habían dado tanto consuelo, y todo lo que vi fue la tristeza de un adiós inminente.

—Tenemos que dejarlo —logré decir, rompiendo el silencio. Mi voz sonaba extraña, como si viniera de muy lejos.

Asentiste, tu rostro era una máscara de resignación. Y añadiste:

—Pero eso no hace que sea más fácil.

El silencio que siguió a esas palabras fue ensordecedor. No era el tipo de silencio al que me tenías acostumbrado, cuando tus ausencias y tus miradas frías llenaban el espacio, dejándome siempre con la sensación de estar colgado de un hilo invisible. Esta vez, el silencio era mío. Era un espacio que necesitaba para procesar

lo que acababa de decir. Para darme cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, estaba tomando las riendas de mi vida.

Tus ojos se encontraron con los míos, pero ya no veían lo mismo que antes. Donde alguna vez hubo una conexión profunda, ahora solo había un abismo insalvable, una tristeza que no nos pertenecía del todo, pero que habíamos cultivado a lo largo de los meses. Sabía que tus palabras, aunque duras, habían sido lo más cercano a la verdad que habías admitido en mucho tiempo. Querías huir, no solo de mí, sino de todo lo que yo representaba. Y, en el fondo, yo también lo deseaba.

—No creo que podamos seguir así —continué, sorprendiéndome de la firmeza en mi voz, aunque por dentro temblaba. Había sido tan difícil llegar a este punto, reconocer que lo que habíamos construido, lo que yo había sostenido durante tanto tiempo, ya no tenía bases sólidas. Me había aferrado a la idea de ti, de nosotros, con tanta fuerza que no me había dado cuenta de cómo me estaba rompiendo por dentro.

Por un momento, pensé que te opondrías. Que insistirías en lo que tantas veces habías dicho antes: que podíamos arreglarlo, que solo necesitábamos tiempo, que lo nuestro, era especial. Pero no lo hiciste. En lugar de eso, tus hombros se hundieron levemente, como si una parte de ti también hubiera sabido desde hacía mucho tiempo que esto era inevitable.

—Tienes razón —dijiste, pero ya no sonabas como antes. Tu voz estaba cargada de resignación, no del control que solías ejercer sobre cada conversación y cada situación. Era como si finalmente hubieras soltado el poder que habías tenido sobre mí, y sobre ti mismo.

Te veía allí, frente a mí, vulnerable por primera vez y, aunque una parte de mí quería abrazarte, consolarte y decirte que todo estaría

bien, sabía que no debía hacerlo. Había pasado demasiado tiempo cargando con nuestras heridas, con las tuyas y las mías, y por fin entendía que el amor no era eso. El amor no debía ser un sacrificio constante, ni un chantaje emocional disfrazado de preocupación.

Me había llevado tanto tiempo darme cuenta de que no estaba siendo amado de la manera que merecía, que tus palabras dulces y tus gestos de cariño venían con condiciones, con expectativas que yo nunca había pedido, pero que siempre había sentido la presión de cumplir. Tus ausencias, tus silencios, tus exigencias encubiertas como sugerencias habían sido el verdadero peso en nuestra relación, y ahora, por fin, podía liberarme de ellos.

—Lo siento por todo —dijiste, pero esta vez no me importaba escucharlo. Ya no estaba buscando tu disculpa, ya no necesitaba tu perdón. Necesitaba el mío. Necesitaba perdonarme a mí mismo por haberte permitido tantas veces tomar el control de mi vida, por haber ignorado mis propios deseos, por haberte dado tanto mientras yo me quedaba con tan poco.

—No tienes que disculparte —respondí, con una calma que no había sentido en mucho tiempo—. No tiene sentido buscar culpables aquí. Solo somos dos personas que tomaron caminos distintos, y está bien. No creo que el perdón solucione nada.

Con cada palabra, sentía que el peso que había estado cargando durante meses, incluso años, empezaba a desvanecerse. Me armaba de valor, sabiendo que esta vez no volvería a mirar atrás. Ya no habría más promesas vacías ni más ciclos de dolor y arrepentimiento. Esta vez, mi decisión era definitiva y, aunque me doliera, sabía que era lo correcto.

Te contemplé entero: tus labios mientras pronunciaban aquella frase, tus ojos, donde me había perdido tantas veces, tratando de desviar la mirada para que fuese más fácil asumir lo que vendría.

Observé cada detalle. Tu sonrisa, tan genuina y llena de vida, que iluminaba cualquier habitación. Tu risa, tan contagiosa que no podía evitar unirme a ti. Tu voz, tan suave y calmada, que me tranquilizaba incluso en los momentos más difíciles. Tus manos, tan fuertes y seguras, que me hacían sentir protegido. Tu inteligencia, que te predisponía a aprender y a enseñar, me impresionaba constantemente. Y finalmente, tu valentía. A pesar de las adversidades, siempre te mantuviste firme y te enfrentaste a todo con una determinación inquebrantable.

Nos abrazamos por última vez aquel día; un abrazo, el último que sabía que iba a darte, que parecía contener todas las palabras no dichas, todos los sentimientos no expresados. Y te besé. Sentí tus labios húmedos sobre los míos, cortados por el viento. Sentí cómo sabías. Te había aprendido de memoria.

—Cuídate —te dije suavemente, y, sin esperar una respuesta, abrí la puerta y salí de tu vida, armado con una nueva certeza: merecía algo mejor. Merecía ser feliz, y eso era algo que ya no podía encontrar a tu lado.

Me fui, dejando que el silencio volviera a llenar el espacio entre nosotros. Pero esta vez, era un silencio diferente, un silencio de cierre, no de abandono. Caminé y sentí la extraña mezcla de tristeza y alivio que acompaña el final de una etapa.

Antes de alejarme más, me giré por última vez, no para buscar tu aprobación ni para confirmar que estaba haciendo lo correcto. Me giré porque, a pesar de todo, te había querido. Y parte de ese amor, el amor que alguna vez fue real, merecía una despedida.

Después del último adiós, nos separamos. Cada uno se fue por su camino, llevándose consigo los recuerdos de un amor que pudo

haber sido, pero que nunca llegó a ser del todo por lo que a cada uno nos dictaba el tiempo, tan dispar y violento.

Cada paso que daba me alejaba más de ti, de nosotros. Pero también me acercaba a un futuro incierto, a un nuevo comienzo. A pesar del dolor y la tristeza, sabía que tenía que seguir adelante. Me sentía colgado, me sentía perdido, pero también sabía que merecía algo mejor.

Con el corazón colgado de un hilo, me encontré a mí mismo bajando la cuesta, en silencio. Un silencio lleno de promesas rotas, de sueños que se habían desvanecido. Un silencio que estaba lleno de ti.

Cada mensaje, cada llamada perdida, cada nota que dejé, eran como ecos de un pasado que ya no existía. Resonaban en mi mente, recordándome una y otra vez lo que había perdido. Ya no existías. ¿Habías existido?

Merecía a alguien que me amara de la misma manera que yo lo hacía. Alguien que no me dejara colgado, que no me dejara esperando, que abriera su agenda de par en par y no un par de meses. Alguien que, a pesar de mis defectos y mis errores, me amara por quien soy. Tú lo hacías, a tiempo, con tus tiempos. Pero el amor no encaja en calendarios. Los rompe. Merecía alguien con quien estar por amor y no por miedo a que, si nos dejábamos, pudiésemos destruirnos.

—Es lo que pasa con las almas gemelas —fue lo que me dijo mi editora con un café en la mano meses después, en el Cristina Oria del barrio de Salamanca. Siempre tan correcta y acertada en cada momento.

—¿Almas gemelas? Pero si no podíamos ser más distintos.

—Es que eso es un alma gemela. La gente piensa que es alguien en quien mirarte, pero eso es un error. Un alma gemela es un espejo

en el que te ves reflejado precisamente, por lo contrario, porque es distinto a ti, porque complementa el parche. No tendría sentido buscar a alguien igual a nosotros, por eso siempre buscamos a un alma gemela, pero solo durante un tiempo. ¿Vivir toda la vida con un alma gemela? ¡Ni hablar! Ahora solo te queda escribirlo.

Sonreí. Tenía razón. Como siempre.

Porque sí, éramos distintos. En cada detalle, en cada gesto, en cada pensamiento. Tú, con esa manera de entender la vida a través de tus propios tiempos, siempre un paso adelante o un paso atrás, sin definir nada y sin buscar la sincronía conmigo. Y yo, tan desesperado por aferrarme a lo que creía que era el amor, que pasaba por alto las señales evidentes de que no estábamos hechos para durar.

Tal vez fue eso lo que más me dolió al final. No el hecho de que no estuviéramos destinados a estar juntos, sino que me hubiera engañado al creer que sí lo estábamos. Creí que lo nuestro podría romper todas las barreras, saltar por encima de los vacíos y tejer algo que pudiera sobrevivir a la distancia, a las ausencias, a los silencios. Pero al amor, como aprendí a la fuerza, no se le puede exigir que encaje donde no hay espacio para él.

Y es que, por más que intentaba convencerme de que todo era cuestión de tiempo, de que solo teníamos que esperar a que nuestras vidas se alinearan, la realidad era otra. Yo te esperaba, mientras tú vivías, y en esa espera me perdí. El hilo que sostenía mi corazón se fue deshilachando poco a poco, hasta que un día, sin que me diera cuenta, ya no quedaba nada. Era yo el que me había dejado colgado, aferrado a un ideal que nunca fue real.

Las palabras de mi editora me hicieron pensar en todo eso. En cómo, durante tanto tiempo, había visto nuestra relación como un reflejo de lo que siempre había soñado cuando, en realidad, era todo

lo contrario. Tú eras el caos en mi orden, el silencio en mi ruido, la distancia en mi cercanía. Y quizá, por un momento, eso funcionó porque éramos dos mitades tratando de completarse. Pero las mitades no siempre encajan, y lo que al principio era complementariedad, se fue convirtiendo en fricción. Cada pequeña diferencia se agrandaba con el tiempo, hasta que no quedó más que una grieta que ya no podíamos cerrar. Porque ese era el problema: que queríamos encajar cuando en el amor solo hay que fluir y en esa neblina encontrar la paz. Y tú pedías demasiado, más de lo que yo podía y estaba dispuesto a dar.

Me detuve en medio de la calle, con las luces de los escaparates iluminando mi camino. El barrio de Salamanca estaba lleno de vida esa tarde, pero dentro de mí seguía sintiendo vacío. El silencio que me habías dejado como herencia. Y pensé en lo que mi editora me había dicho: «Ahora solo te queda escribirlo». Tal vez tenía razón. Quizá la única manera de soltar el pasado, de dejarte ir de una vez por todas, era ponerlo en palabras.

Escribir sobre ti, sobre nosotros, sobre todo lo que fue y lo que no pudo ser. Escribir para encontrar el sentido en medio del caos, para darme cuenta de que merecía algo más. Algo mejor. Alguien que, como yo, estuviera dispuesto a romper los calendarios, a no vivir pendiente de los tiempos y las distancias. Alguien que me viera realmente, y no solo como un espejismo de lo que necesitaba en ese momento.

Mientras caminaba hacia lo desconocido, ya podía sentir cómo las primeras palabras se iban formando en mi mente. No sería una historia sobre almas gemelas ni amores perfectos. Sería una historia sobre lo que somos cuando nos enfrentamos a nosotros mismos en el espejo de la vida, y sobre cómo a veces, para encontrarnos de

verdad, tenemos que perdernos primero. Yo me he perdido mucho. Sé perderme.

Sonreí, tal como lo hice frente a mi editora. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que el silencio que me rodeaba no era solo vacío. Era el principio de algo nuevo.

Creo que en esta vida nos tiene que pasar de todo. A mí me pasa de todo. En su orden y desordenado. Todos, si vivimos una vida completa, seremos la bruja, el mentiroso, el mal amigo, el verdugo, el que pone los cuernos, el odiado por alguien... Todos mentimos y todos tenemos miedos. Todos somos todos. A todos, la vorágine nos ha llevado a sitios en los que no queríamos estar y de los que cuesta mucho salir. Porque la movida de la vorágine no es que nos lleve, sino hacer el camino de regreso y volver herido y cansado.

Podría decirse que esto es el diario de lo que tú y yo vivimos de nuestra vorágine; de mi vorágine y quizá de la tuya. Una historia que empezó a tomar forma en el trayecto de un AVE Alicante-Madrid. Una historia sobre noches y días; sobre noches sin dormir y días de migrañas; sobre las pocas cosas que me importan de verdad y todas aquellas que finjo que me hacen gracia porque se espera que me ría con ellas; noches de sobra y miedos y mañanas con la implacable sensación de que la vida se me queda corta y de que, de la vida contigo, aprendí a ganarle segundos al minutero del tiempo; de nuestro pasado y mi presente y futuro, en el que, a pesar de mis pensamientos, la caricia de una mano amiga existe junto con el anhelo de lo permitido y la espera de lo deseado; de amigas y de todos los cócteles de más que hemos tomado aprendiendo sobre el arte de perder y hablando sobre los hombres que besé y terminé demonizando por mi conformismo emocional, y sobre aquellos que nunca besé por miedo a que todo cambiara, pero me quedé con las

ganas de hacerlo en la penumbra del salón. Un diario sobre la vida, sobre estar vivo.

El silencio después de ti fue inconmensurable, pero en él encontré una extraña paz palpitante. Similar a la de tu partida a Dallas, pero sin la ansiedad interior. Una paz que venía de aceptar que, aunque nuestros caminos se hubieran separado, cada uno seguía adelante, llevando consigo los recuerdos de lo que una vez fue, conservando los recuerdos sanos y desechando los que no lo eran. Es de humanos olvidar lo traumático.

Recordaba tus ojos, la forma en que me mirabas, como si pudieras ver a través de mí. Recordaba tu risa, tan contagiosa que no podía evitar unirme a ti. Recordaba tus manos, siempre buscando las mías, proporcionándome una sensación de seguridad que nunca antes había experimentado. Pero también recordaba las despedidas, los adioses que parecían durar una eternidad. Las promesas de «nos vemos pronto» que se convirtieron en un «quizá algún día». Las noches en vela, esperando una llamada o un mensaje que nunca llegó.

Podría decirse que esta historia es una manera de lidiar con todo lo que quedó después de ti. Una forma de poner en palabras lo que nunca supe cómo expresar cuando estabas aquí, cuando tenías tu sitio en mi vida. Porque, si bien hay una cierta paz en tu ausencia, también hay una nostalgia latente, una sensación de que dejaste más huecos de los que creía. Como si, en cada rincón de mi día a día, algo de ti todavía estuviera presente, aunque solo sea en la forma en que me acostumbré a hacer espacio para ti, a esperarte, incluso cuando ya no estabas.

Es curioso, porque uno nunca se da cuenta de cuánto cambia por alguien hasta que esa persona ya no está. Hasta que miras a tu alrededor y te das cuenta de que todos los pequeños gestos, las

rutinas, los silencios, estaban teñidos de su presencia. Eso me pasó contigo. Sin darme cuenta, me convertí en alguien que vivía a medias, que se conformaba con los destellos de algo que nunca llegó a ser del todo. Te esperé más de lo que debía, creyendo que cada minuto invertido en ti sería recompensado con algo tangible, algo que justificara la espera.

Pero eso nunca sucedió. Al final, lo único que me quedó fue la vaga sensación de que lo que construimos fue una ilusión. Una de esas historias que parecen reales mientras estás inmerso en ellas, pero que, cuando te alejas un poco y las ves con perspectiva, te das cuenta de que eran proyecciones de lo que querías que realmente sucediera. Nosotros éramos eso: un cúmulo de expectativas que nunca se cumplieron, de posibilidades que nunca exploramos, de palabras que nunca dijimos, de silencios y demandas de uno y otro.

Aun así, me aferro a los recuerdos. A los buenos, a los que no duelen. Porque es más fácil vivir con lo que fue bonito que con lo que nos hirió. Es más fácil recordar las risas, las miradas cómplices, las noches en las que todo parecía alinearse y el mundo se hacía pequeño cuando estábamos juntos. Aunque esas noches fueron pocas, las estiro en mi memoria como si pudieran llenar el vacío de todo lo demás.

En definitiva, ¿qué fue lo nuestro sino una sucesión de muchas preguntas sin respuesta? Muchas conversaciones que nunca tuvimos, sentimientos que dejamos en suspenso porque ninguno de los dos sabía cómo abordarlos. Nos dejamos llevar por la corriente, creyendo que el tiempo nos daría las respuestas, que todo se resolvería por sí solo. Pero el tiempo no hace eso, solo pone distancia, y en nuestro caso, esa distancia se volvió insalvable.

Sin embargo, aquí estoy, escribiendo esto. No para ti, sino para mí. Para entender, para liberar. Porque si bien el silencio después de

ti fue atronador, me permitió algo que no había tenido antes: espacio. Espacio para mí, para redescubrir lo que quiero, para aceptar que no todo tiene que resolverse, que algunas historias simplemente se quedan inconclusas. Y así está bien.

Ahora, cuando pienso en lo que podría haber sido, ya no siento una punzada de dolor o arrepentimiento. Siento una suave melancolía, una nostalgia de lo que fue bueno, y una aceptación de lo que no pudo ser. Supongo que eso es lo que significa crecer, ¿no? Saber cuándo soltar, cuándo dejar que la vida siga su curso, sin aferrarse a lo que ya no tiene lugar.

Quizá esto no sea solo la historia de lo que tú y yo vivimos, sino el diario de mi propio renacimiento. Un proceso lento, sí, pero necesario. Y, aunque en mi presente y futuro aún llevo algo de ti, ya no lo hago como una carga, sino como un recordatorio de que la vida sigue, de que hay algo más allá que las promesas no cumplidas y los «quizá algún día».

Al final, tal vez sea eso lo que me dejaste: la certeza de que merezco más. La tranquilidad de saber que, aunque nuestros caminos se separaron, eso no significa que me haya quedado sin rumbo. Después de ti, aprendí a encontrar mi propio camino. Y por primera vez en mucho tiempo, estoy dispuesto a seguirlo.

Desde el primer momento en que nos vimos, supe que éramos dos almas destinadas a encontrarse. Tus ojos, tan llenos de vida y promesas, me hablaban de un futuro que ambos anhelábamos. Un futuro lleno de risas, de amor, de momentos compartidos bajo el cielo estrellado de Alicante.

Recuerdo cuando nos sentábamos en la ventana, observando el mundo pasar mientras compartíamos sueños y esperanzas. Las conversaciones, los gestos y las miradas eran el testimonio de un amor que crecía y se fortalecía con cada día que pasaba.

La primera tarde que nos vimos, aquella primavera floreciente de veranos, dijiste que estabas seguro de que nuestras relaciones iluminarían nuestra vida. Llegaste a la mía como en Alicante recibimos en las ventanas el mes de junio tras un invierno estrellado. Deseé que nuestra ventana se quedara abierta mucho tiempo, pero cuando solo entró oscuridad, soledad y miedo, la cerré, aun en contra de mis deseos. No iba a permitir que mi felicidad se viera encadenada a un avión. No estaba dispuesto a sentir que cada día me faltaba algo. No podía conformarme con que el pan de ayer era un buen postre para el mañana por mucho que mi corazón tratara de disfrutar de mi conformismo emocional, de tu cama y mis rituales.

Intentaste hablarme varias veces después de que saliera de tu vida. Insististe: «Lo siento, ¿podemos vernos? Quiero hacerlo bien contigo», me decías arrepentido. Yo dudaba, quería creerte, pero algo en mí no me dejaba. Era mi amor propio quizá, o la sensación de que ya se había terminado y que yo, al final, estaba mejor solo. A medida que avanzaban las semanas, sentía paz. Nunca pensé que fuera a sentirla de nuevo. Reía, vivía y sentía de nuevo, pero seguiste insistiendo. «No cedas, ya cediste una vez», me repetía Paula. Cuando tenía la intención de llamarte, de decirte que vale, que volvíamos, apagaba el teléfono; cuando iba a responderte, aprovechaba para enviarles un pódcast a mis amigas. Así sobreviví.

Cuando lo pienso ahora, me doy cuenta de que cada mensaje que ignoraba, cada intento tuyo de hablar conmigo, era una pequeña victoria. No porque quisiera castigarte o porque ya no me importaras, sino porque cada vez que elegía no responderte, estaba eligiéndome a mí. Estaba reconstruyéndome. Volvía a poner ladrillos en esos muros que tú habías derribado, sin darme cuenta de lo frágil que me habías dejado. Y en ese proceso, volví a encontrarme.

Con el paso de los días, ya no sentía que reír fuera un esfuerzo. Las carcajadas salían naturalmente, como si la vida volviera a tener su color. Ya no me despertaba con una sensación de vacío, el peso en el pecho que me recordaba que te habías ido. Al contrario, empecé a sentirme más ligero, como si con cada día que pasaba sin ti, me liberara un poco más. Y un día, ya no insististe más.

A partir de aquel momento, quemaste todos los puentes que me unían a un pasado contigo. Como si no hubieras existido. Cuando me quise dar cuenta, me habías echado de todos los rincones de tu vida. Como si todo hubiese sido un sueño, habías desaparecido. Me habías bloqueado de rabia. Como si hubieras sido un sueño, te desvaneciste. Todos los recuerdos, todas las risas y las lágrimas, todo se volatilizó en el aire. Como si nunca hubieras estado allí, como si nunca hubieras sido parte de mi vida. Habías perdido a tu saco de boxeo.

Me encontré vagando por los pasillos de la memoria, buscando algún rastro de ti, alguna señal de que alguna vez estuviste allí. Pero no había nada. Solo el eco de las risas, el fantasma de tu sonrisa, la sombra de tu presencia. Desapareciste por completo de todos los lugares que nos habían unido. Al hacerlo, me obligaste a recordar algo que se me había olvidado: que yo podía sobrevivir por mí mismo ante lo que viniese. Nunca te estaré lo suficientemente agradecido por ello.

POSFACIO

EL AVE FÉNIX

He aceptado los cimientos que me componen, dispuesto a avanzar con la firmeza de las legiones romanas, dejando de lado las vivencias que un día tanto daño me hicieron. Contarlas para sanar. Exteriorizarlas para cicatrizar. Y escribirlas para no olvidarlas jamás.

Quizá me haya convertido ya en una de esos, ave fénix que envidio cuando ando por la calle. Nunca me he preguntado qué se siente al serlo. Me miro en el espejo y no me veo con el tono dorado que les caracteriza, ni tengo alas para volar hasta el lugar en el que fundir mis cenizas para seguir avanzando.

No tengo nada, pero ahora siento que lo tengo todo.

Antes, cuando recordaba mi pasado, terminaba por ponerme histérico y esperaba que nadie recordara las veces en las que fui odiado, acosado y ninguneado por mi condición sexual. Ahora, ya no me importa. Supongo que era así como debía empezar a contar lo que quería decir de verdad.

Miedo.

Miedo.

Miedo.

No debemos olvidar que decir en alto quiénes somos, a quién queremos y cómo lo queremos es algo que ha costado décadas de activismo y vidas destrozadas.

Años de miedo.

Miedo.

Miedo.

Y esta es nuestra verdad. La verdad que hay en el silencio. La verdad de saber quien eres en un mundo que no entiende nada ni a nadie.

La homofobia existe.

La transfobia existe.

La bifobia existe.

Las fobias al género fluido y al género binario existen.

Y el miedo a expresarse fuera del colectivo es una realidad que tristemente seguimos viviendo en la calle. Miedo a cogerlo de la mano por si te llaman «maricón», miedo a abrazarla por si acabas recibiendo odio y un «tortillera», miedo a ser quien eres porque no quieres que te llamen «monstruo» o «invertido».

Miedo.

Miedo.

Miedo.

Siempre el mismo. El miedo de unos por culpa del odio de otros.

Quieren silenciarnos sin saber que nosotros somos una manada de ave fénix que resurge de sus cenizas.

Quizá sí, quizá ya sea un ave fénix...

Sin miedo a ser.

Sin miedo.

Sin mie...

Sin.

Solo siendo.

Quizá, al final de todo, eso era lo que quería y esta historia iba mucho más allá. Esta es una historia que habla de muchos. De amores que no lo eran, de llantos por la mañana por no entender nada, de dolores de cabeza por pensar demasiado. Igual es una

historia del amor que no fue, de empezar a vivir, de renacer. Del primer amor. De cuando no sabías, todavía, que en ese juego se permitía empatar.

Porque supongo que eso es algo que viene con los años y va creciendo con la edad.

Quizá esta es la historia de todo un colectivo.

Quizá, solo quizá.

Sobre nosotros
Luis Sala

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del diseño de la portada, Júlia Gaspar
© de la ilustración de la portada, Júlia Gaspar

© Luis Sala, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Lunwerg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 - 28027 Madrid
lunwerg@lunwerg.com
www.lunwerg.com
www.instagram.com/lunwerg
www.x.com/Lunwerglibros
www.facebook.com/lunwerg

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre 2025

ISBN: 979-13-87761-30-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Cita
PREFACIO
SOBRE MÍ
PRÓLOGO. EN UN AVE A MADRID
Primera parte. Nosotros. De abril a diciembre de 2022
- CAPÍTULO 1. CUANDO TE CONOCÍ
- CAPÍTULO 2. CUANDO EMPEZAMOS
- CAPÍTULO 3. CUANDO TODO ESTABA BIEN
- CAPÍTULO 4. CUANDO ME LO CONTASTE
- CAPÍTULO 5. CUANDO NOS QUITAMOS LAS CORAZAS
- CAPÍTULO 6. CUANDO TE FUISTE
- CAPÍTULO 7. CUANDO ME VI SOLO
- CAPÍTULO 8. CUANDO ME FUI

Segunda parte. Primera persona del singular, yo. De enero a julio de 2023
- CAPÍTULO 9. SOBRE LLEGAR
- CAPÍTULO 10. SOBRE VOLVER A LA CIUDAD Y OTROS PROBLEMAS

POSFACIO. EL AVE FÉNIX
Créditos